

Jazmín®

Amor y honor

Cathie Linz

Argumento

¿Cómo era posible que la promesa que le había hecho a un amigo lo hubiera llevado hasta el altar?

El marine Ben Kozlowski no estaba del todo seguro, pero sabía que los maravillosos ojos castaños y la suave piel de Ellie Jensen tenían algo que ver con lo que le pasaba: cada vez que se acercaba a ella se le aceleraba el pulso. Desde el momento que la conoció había estado inventando cuentos de hadas para su hija y había sentido cómo se le derretía el corazón con su pequeña familia.

Aquélla se había convertido en la misión más arriesgada de su vida. ¿Se atrevería a bajar la guardia y rendirse al amor de Ellie y de su hija?

Capítulo 1

BEN KOZLOWSKI era marine del ejército de Estados Unidos y tenía mucho dinero, pero no era feliz. Cuando se enteró de la fortuna que iba a heredar de su abuelo, un acaudalado petrolero, se sintió culpable. No había hecho nada para merecerla.

Pero aquel sentimiento de culpa no era nada comparado con el que le había llevado a aquella comunidad rural en mitad de Carolina del Norte, a un pueblo llamado Pine Hills. No había ido allí a ahogar sus penas en una botella de whisky, aunque la idea le resultaba tentadora. Había llegado allí buscando a una mujer.

Y no a una mujer cualquiera. Buscaba a Ellie Jensen.

Un vecino le había dicho que estaba trabajando y le había dado el nombre de aquel lugar.

Ben había estado en muchos bares en su vida, desde cantinas en Sudamérica a exóticos refugios en Asia. Cada uno tenía su olor característico mezclado con el habitual humo de tabaco. Aquel lugar en particular olía a cebollas quemadas. Un pizarrón anunciaba que la especialidad de la casa eran las hamburguesas, picantes y jugosas.

El bar estaba lleno de gente y la música country salía a todo volumen de una gramola. Había tipos en vaqueros, con camisetas pegadas al cuerpo y barrigas cerveceras que apenas cabían en los taburetes de la barra. Lucían una gran variedad de gorras con las marcas de sus bebidas alcohólicas favoritas. El resto del local estaba atestado de mesas que apenas dejaban espacio a las camareras para maniobrar.

Pero eso no parecía importar a los clientes. Las camareras, todas mujeres, vestían faldas vaqueras muy cortas y ajustadas y diminutas camisetas de tirantes. Cuanto menos espacio hubiera, más fácil resultaba ser rozado por una de ellas al pasar.

Ben se sacó de la cartera una foto desgastada y la acarició con un dedo. John Riley había sido uno de sus amigos más íntimos, y Ellie era su hermana, su única familia.

«Cuida de mi hermana. Prométeme que cuidarás de mi hermana».

John se lo había pedido cuando yacía en sus brazos mortalmente herido. Por eso estaba allí.

Y allí estaba ella. La localizó al otro lado de aquella estancia llena de humo, esforzándose por mantener el equilibrio con una bandeja llena de grandes jarras de cerveza y por mantener a raya las manos largas de un cliente.

-Deje en paz a la señorita.

Su voz seria de marine atrajo la atención del cliente, a pesar de que éste llevaba unas cuantas cervezas de más.

-¿Y tú quien eres? -farfulló el tipo.

-Soy el que te hará lamentar haber nacido si no la sueltas ahora mismo.

El tipo obedeció. Levantó las manos con gesto de rendirse.

-Vamos, tío. No estaba haciendo nada malo.

Ben ignoró al tipo y miró a Ellie. Ella ya estaba atendiendo otra mesa, poniendo las jarras en la mesa con rapidez. En cuanto terminó se apresuró a volver a la barra por más cervezas.

Tenía las piernas increíblemente largas y sus movimientos eran elegantes. Tenía el pelo oscuro y lo llevaba recogido con horquillas, pero un mechón se había escapado. Tenía la piel muy blanca y la espalda tan recta como la de cualquier soldado del cuerpo de marines en formación.

¿Qué demonios hacía una chica como aquélla en ese lugar?

Ellie se dio cuenta de que aquel hombre la miraba. Se había fijado en él desde el mismo instante de su llegada. Era uno de esos hombres que atraen irremediablemente las miradas. Tenía el pelo oscuro y era peligrosamente guapo, sus ojos eran de color avellana y llamaron su atención incluso desde el otro lado de un bar lleno de humo.

También se dio cuenta, por su pelo rasurado, de que debía de ser un militar. Eso explicaba su complexión musculosa y el aura de hombre peligroso que proyectaba. Camp LeJeune, uno de los más importantes centros de entrenamiento de marines, estaba a una hora de allí, por lo que de vez en cuando, alguno de ellos aparecía por el pueblo.

Ellie se sintió agradecida hacia el desconocido que la había rescatado de aquel borracho. Pero eso no significaba que quisiera empezar algo con un recién llegado. Sabía de sobra que lo importante era saber defenderse sola.

Se había olvidado de algo tan importante al enamorarse de su ex marido, Perry Jensen. La había conquistado con sus dulces palabras y su encanto personal. Nada bueno había salido de aquella relación, excepto su hija, Amy, su motivo para levantarse cada mañana. Especialmente después de la muerte de su hermano Johnny. Todavía no podía creer que se hubiera ido para siempre. Le gustaba creer que estaba con los marines, en algún destino muy lejano. Pero la llegada de un representante del cuerpo de marines para comunicarle la noticia del fallecimiento así como la gratitud de su país y las condolencias de los miembros del cuerpo, había sido dolorosamente real.

Fuego no enemigo. El caso se estaba investigando. Aquello era lo único que había logrado entender de lo que le había dicho aquel militar hacía ya seis semanas. Johnny había sido enterrado con

honores militares y ella había recibido una bandera cuidadosamente doblada como homenaje oficial.

Pero Ellie no podía pensar en eso en aquellos momentos. Tenía mucho trabajo. No podía permitirse el lujo de darle razones al dueño del local para que la despidiera. Necesitaba dinero.

El forastero seguía mirándola fijamente. Podía sentir sus ojos clavados en ella, pero no era una mirada babosa como la de los otros. Llevaba unos vaqueros y camiseta negra, algo muy habitual en aquella zona rural, pero los llevaba con una presencia que destacaba entre los demás.

¡Y se acercaba a ella!

Genial, no le apetecía hablar con él. Pero pensó que sería mejor enfrentarse a él, así que con una sonrisa, y tratando de mantener la calma, habló primero.

-Gracias por tu ayuda.

-Necesito hablar contigo.

Sí, claro. ¿Cuántas veces había oído esas palabras desde que era camarera?

-Lo siento, pero ahora estoy muy ocupada.

-Ellie...

-¿Cómo sabes mi nombre?

-¿Podemos ir a hablar a algún sitio?

-No.

Se puso nerviosa al sentir la intensidad con que la miraba.

-No quiero hacerte daño. He venido a ayudarte.

Sí, claro.

-Ya te lo he dicho, ahora estoy muy ocupada.

-¿Te está molestando este hombre? -intervino Earl, el fornido barman.

Había sido luchador de lucha libre y su calva era tan reluciente como los músculos de sus brazos. Pero el recién llegado no parecía en absoluto intimidado.

-¿Dónde estabas tú cuando ese borracho la estaba molestando?

-Sirviendo copas -respondió el forzudo-. No he visto nada, pero si es necesario a ti también puedo darte tu merecido si me obligas.

-Eso no será necesario -dijo Ellie posando la mano en el grueso brazo del hombre, entre un tatuaje de alambres de espino y otro de un bulldog.

-¿Ex marine? -preguntó el forastero a Earl.

Éste asintió y el recién llegado se levantó la manga de la camiseta para mostrarle su propio tatuaje de un bulldog.

-¡Hurra! -gritó Earl sobresaltando a Ellie y a la mitad de la gente

del bar.

-¡Hurra! -repitió el forastero con tanto entusiasmo como Earl, estrechando la mano que éste le ofrecía.

-¿Te importa que hable con Ellie unos minutos? Es un asunto oficial.

El corazón de Ellie se detuvo.

-¿Es por Johnny? ¿Ha sido un error? ¿Está vivo?

Sólo alcanzó a ver a Earl negando con la cabeza. Después todo se volvió negro.

Ben agarró a Ellie antes de que ella se desplomara en el suelo y la llevó apresuradamente en brazos a la salida de empleados, siguiendo las indicaciones de Earl. Afuera había más de veinte grados, y eso que estaban a primeros de marzo. La luz del sol iluminaba el pálido rostro de Ellie. Parecía tan frágil en sus brazos...

Ben se maldijo por no haber llevado mejor las cosas. Pero últimamente todo le salía mal. Además, no estaba allí por un asunto oficial de los marines, sino para cumplir el último deseo de su amigo muerto.

Se dirigió con Ellie en brazos a su coche. La sentó en el asiento junto al conductor y, rodeándola con un brazo, empapó en agua una toallita de papel que tenía allí y se la puso sobre la frente. Le tomó el pulso poniéndole las yemas de los dedos en el cuello. Su piel era muy suave.

-¡Quítame las manos de encima! -exclamó ella de repente, empujándolo con una fuerza sorprendente.

-Tranquila -dijo él intentando calmarla-. No voy a hacerte daño.

Eso no era cierto. Su sola presencia allí ya le había hecho daño. Ellie se sentía furiosa con él por haber aparecido en su lugar de trabajo. Se sentía como una idiota por haberse desmayado de aquella manera. Lo miró con rabia. Odiaba mostrar debilidad.

-¿Desde cuándo los marines envían a gente sin uniforme para hacer algo oficial? Será mejor que me digas lo que quieres o haré que Earl se ocupe de ti. ¿A qué idiota se le ocurre entrar en un bar y hablarle así a alguien que acaba de perder un hermano?

-Lo intentaré de nuevo. Me llamo Ben Kozlowski. Conocía a tu hermano. Era un buen amigo mío.

-¿Cómo de bueno? ¿Estabas con él cuando murió?

Ben asintió con la cabeza.

-¿Y por qué no hiciste nada para salvarlo?

Ben sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Él mismo se había hecho aquella pregunta miles de veces desde que ocurriera la tragedia.

-Lo siento.
-Eso no me lo va a devolver.
-Lo sé.
-¿No serías tú quien le disparó?
-No, no fui yo.
Sin embargo, se sentía tan mal como si hubiera sido él. Pero no estaba allí para limpiar su conciencia, sino para cumplir una promesa.
Así que Ben trató de contener sus propias emociones y centrarse en las de Ellie. Ella estaba enfadada con él y no podía culparla. No estaba haciendo muy bien las cosas.
Ella seguía pálida, pero en absoluto parecía una mujer débil. Su barbilla erguida era orgullosa. Él la miró atentamente. Ellie sintió aquella mirada y la mantuvo desafiante.
-Johnny me hablaba de ti en sus cartas -dijo ella tratando de mantener la voz firme.
Ya había hecho bastante el ridículo desmayándose y preguntándole después si había disparado él a su hermano. Estaba deshecha de los nervios, y eso no era propio de ella. Tenía que sobreponerse. Aquel día no había tenido tiempo para comer. Una bajada de azúcar, eso era lo que le había pasado.
-No estuviste en el funeral.
-No pude. Lo siento mucho. Estaba en el extranjero cumpliendo destino.
-¿Para eso has venido hasta aquí? ¿Para darme el pésame?
-Quería asegurarme que estabas bien.
-Te lo agradezco -dijo ella en un tono que parecía decir todo lo contrario-. Pero no era necesario.
-Yo creo que era muy necesario. No deberías trabajar en un sitio como ése.
-Puedo cuidarme yo sola.
-No fue eso lo que me pareció a mí.
Ellie se estiró la cortísima camiseta que llevaba antes de contestar.
-No necesito que nadie aparezca en mi vida para decirme lo que tengo que hacer. Lo que necesito es volver al trabajo.
-¡Acabas de perder el conocimiento!
-Porque tú me asustaste diciendo que habías venido para decirme algo de Johnny.
Había sido una reacción ridícula creer que el ejército había cometido un error. Ella había estado junto a su tumba, había visto el féretro hundirse en la tierra. Pero aquella misma noche había tenido un sueño muy real en el que su hermano, con aquella sonrisa traviesa que tenía, le anunciaba que lo de su muerte había sido un gran error.

-Lo siento, no debí expresarme de aquella manera.

-Sí, bueno...

Ellie sacó las piernas del coche, zafándose así del brazo de él. Él se levantó rápidamente y le ofreció la mano para ayudarla a salir del coche, pero Ellie prefirió salir sola.

Era más alta de lo que le había parecido a primera vista. Le llegaba más arriba de la barbilla. Le apartó un mechón de pelo del rostro.

-¿Desde cuándo no comes nada?

-Estoy bien —insistió ella, dando un paso atrás.

-¿No estarás embarazada?

-No, no estoy embarazada -dijo ella ofendida.

-Mira, sólo intento comprender qué es lo que te pasa.

-Lo que pasa es que me estás haciendo enfadar. ¿Qué te da derecho a aparecer aquí y empezar a interrogarme como si yo fuera uno de tus marines? No lo soy. Soy una madre responsable de una niña de cinco años. Puedo enfrentarme a cualquier cosa.

Ellie confiaba en que, a fuerza de repetirlas, aquellas palabras se hicieran realidad.

Quizás ella pudiera hacer frente a cualquier cosa, pero Ben no. No podía soportar que Ellie apenas pudiera sostenerse en pie, que tuviera que trabajar tanto para sobrevivir.

-¿Por qué trabajas aquí? Johnny me dijo que trabajabas en un agradable restaurante familiar.

-Y así era, pero cerró hace unos meses, y esto ha sido lo único que he podido conseguir. No tengo estudios.

Había dejado la escuela para ponerse a trabajar, para que Perry pudiera sacarse su título universitario. Una prueba más de las cosas estúpidas que se pueden llegar a hacer por amor.

-No quería que Johnny se preocupara, así que no le dije nada del nuevo trabajo. Lo que me recuerda... ¿cómo me has encontrado?

-Tenía tu dirección. Por Johnny. No estabas en casa y un vecino me dijo que trabajabas aquí. Déjame que te ayude. Puedo darte algo de dinero hasta que las cosas te vayan mejor.

-No puedo aceptar dinero de ti. ¿Quién te crees que soy?

-Johnny habría querido que te ayudara y le habría gustado que aceptaras mi ayuda.

-No te atrevas a decirme lo que le habría gustado a mi hermano -saltó ella con fiereza-. Lo conocía mejor que tú. Crecimos juntos, dando tumbos de una casa de acogida a otra. Solo nos teníamos el uno al otro. Conocí a mi hermano durante veinticinco años. Así que ni te ocurra tratar de convencerme de algo usando su nombre.

Ellie dijo eso golpeando con el índice el pecho de Ben. Él tomó sus

manos entre las suyas.

-Lo siento. No debería haber dicho esto. Todo lo hago mal hoy.

Ella sí que estaba haciéndolo todo mal, pensó. Primero el desmayo y ahora perdiendo los nervios de aquella manera.

Y ahora que él tenía sus dedos en sus manos, sintió algo nuevo... el cosquilleo de una atracción. Aquella reacción inesperada la desconcertó. La dolorosa necesidad de sentirse abrazada, consolada, amada, amenazaba con abrumarla por completo.

Su mirada confundida se encontró con la de él. Estaban tan cerca que podía distinguir destellos verdosos en aquellos ojos de color castaño claro, podía ver las finas líneas de expresión alrededor de sus ojos, podía ver una tenue cicatriz en la mandíbula.

El calor de aquellos dedos despertó en ella ciertos deseos traicioneros. Hacía mucho tiempo que no sentía una atracción tan poderosa, un torbellino semejante de sensaciones peligrosas.

No podía dejarse llevar. Tenía que ser fuerte.

Pero era difícil, puesto que tenía las emociones a flor de piel desde la muerte de su hermano. Cada vez se sentía más y más acuciada por los problemas que se le venían encima amenazando con ahogarla.

No podía derrumbarse. Tenía que pensar en Amy.

Sólo pensar en su hijita le devolvía las fuerzas. Amy era la mejor niña del mundo. Y Perry era escoria por no darse cuenta, por no cuidar y adorar a aquella niña como se merecía y abandonarla cuando se enteró de que tenía asma hacía dos años.

No. Tenía que ser fuerte, no sólo por sí misma, sino por su hija. No podía dejarse llevar por un momento de química sexual.

-Tengo que volver al trabajo -repitió apartando su mano.

-¿Por qué no me dejas que te ayude?

«Porque podría terminar dependiendo de ti y de tu ayuda, y cuando te vayas, estaré peor que ahora. Eso ya lo he vivido antes».

-Porque es mejor que me cuide yo sola.

-¿Me estás diciendo que tienes tantos amigos que no necesitas otro? Puedes contar conmigo, Ellie. No he venido hasta aquí sólo para saludarte y marcharme. He venido a quedarme.

-Eres un marine, Ben. Los marines no se quedan en ningún sitio mucho tiempo.

-Tengo destino relativamente cerca de aquí, en Camp LeJeune. No te librarás de mí tan fácilmente.

Tenía una sonrisa encantadora, y su tono de voz era realmente reconfortante. Pero ya había oído aquello antes. Perry también le había dicho que podía contar con él, que siempre estaría allí apara ayudarla. Hablar no costaba nada.

Como para demostrar que estaba decidido a mantener su palabra, Ben se quedó en La Taberna de Al hasta que ella terminó su turno. Le abrió la puerta cuando salió e insistió en acompañarla hasta el coche. Era un vehículo tan viejo que parecía mantenerse de una pieza de milagro. No era exactamente una preciosidad. Las puertas eran plateadas y el resto estaba pintado con una multitud de colores de entre los que destacaba el verde. Un amigo de un amigo se había ofrecido a arreglarle la carrocería después de que alguien se estrellara contra él en el aparcamiento de un supermercado. Ella no tenía dinero para arreglarlo, y no quiso comunicarlo a su compañía de seguros para que no le subieran las cuotas, que a duras penas conseguía pagar.

-¿Cuántos kilómetros tiene? -preguntó Ben como si no pudiera creerse que aquel vehículo pudiera aguantar un kilómetro más.

-El cuentakilómetros se paró en 299.999. Puede que no sea muy bonito, pero me lleva de un sito a otro.

-¿Vas directamente a casa?

Ella asintió. No tenía ya ganas de discutir.

-¿Os gustaría a ti y a tu hija cenar conmigo esta noche? Invito yo. Me han dicho que hay un asador muy bueno cerca de aquí.

Las fuerzas la abandonaron. En casa la esperaba una lata de macarrones con queso y otra de judías verdes. Lo mismo que había cenado el día anterior. Al día siguiente era día de cobro, y podría comprar más comida, pero hasta entonces...

Un filete. ¿Cuánto tiempo hacía que no comía uno? ¿Qué daño podía hacerle aceptar la generosidad de Ben sólo aquella vez? Amy podría cenar bien.

Lo que podía hacerle daño era imaginar que Ben se quedara por allí una o dos semanas más, creer en sus amables palabras. Eso sería un tremendo error.

Pero Ellie se había hecho más sabia en los últimos tiempos. Por mucho que le gustara el contacto de aquellas manos, por mucha química que hubiera entre ellos, sabía que la única persona en la que podía confiar era ella misma.

Y eso era lo que tenía que tener presente... por muy atractivo que fuera el capitán Ben Kozlowski.

Capítulo 2

-¿QUÉ ME dices? -dijo Ben con voz tentadora-. ¿Cenaréis conmigo? Las dos, tú y tu hija.

Ellie se sintió muy tentada. Sopesó sus opciones: los macarrones con queso y judías de lata... o un bistec. Decir que sí no significaba que fuera débil. Significaba que podía ser realista dadas las circunstancias. Cenar con Ben no iba a hacer que volviera a creer en los finales felices.

-Vamos, me apetece tener compañía para cenar -insistió él.

Ben hizo que pareciera que era él quien necesitaba algo, y no que estaba haciendo un acto de caridad.

En ese momento, la valoración que Ellie tenía de Ben aumentó. Pero era normal que tuviera cosas positivas. Al fin y al cabo, era amigo de su hermano, y Johnny era muy bueno juzgando a las personas. Como ella, no confiaba fácilmente en la gente y, sin embargo, había confiado en Ben.

Ellie no quería que se le notara el profundo dolor que siempre sentía al recordar a Johnny. Ya había demostrado demasiada debilidad aquel día, nada propio de ella.

Sólo tenía dos debilidades: su hija y su hermano. Y su hermano se había ido. Así que Ellie tendría que trabajar más que nunca por su hija. En ese momento sus tripas se quejaron, recordándole que no podría cuidar de Amy si no se cuidaba ella misma.

-Está bien. Acepto.

Ben sonrió.

-Estupendo. Te sigo hasta tu casa y vamos juntos desde allí.

Ben miró con desconfianza el coche de Ellie mientras se dirigía al suyo. Pero aquel coche llevaba toda la vida al servicio de Ellie. Lo había comprado de segunda mano cuando iba a empezar a ir a la universidad y aún seguía con ella. No podía decir lo mismo de su marido. La llevaba donde quería, siempre que no fuera muy lejos, cargaba la compra, los muebles si era necesaria una mudanza, podía oír la radio, aunque sólo tres emisoras... Era un coche de confianza, aunque a veces le hacía alguna que otra mala jugada.

Desgraciadamente, aquélla fue una de esas veces. El Toyota se negó a arrancar. Ellie se bajó del coche, abrió el capó y agitó un cable.

-¿Qué haces? -preguntó Ben acercándose a ella.

-Magia.

Ben la creyó. Ya había obrado un pequeño milagro con él. No era en absoluto como la había imaginado. Se había imaginado a una dulce muchachita. Sabía que tenía un hijo, y por tanto no era tan inocente, pero no se había imaginado que tendría una voluntad de acero. Y que

supiera de coches. Nunca había conocido a una mujer que levantara el capó del coche para solucionar un problema ella sola.

-Ya está.

Ellie se sorprendió al ver que Ben le bajaba el capó de coche, como si ella fuera una flor delicada. No estaba acostumbrada a que cuidaran de ella. Su ex solía abrirle las puertas y le separaba la silla de la mesa para sentarse en los restaurantes cuando eran novios, pero había dejado de hacerlo gradualmente cuando se casaron.

Ellie respiró hondo y apartó a Perry de sus pensamientos. Tenía que concentrarse en el presente. Gracias a Dios, el coche arrancó por fin y no volvió a darle ningún susto en el corto trayecto a casa.

Ellie vivía en un bloque de apartamentos de ladrillo de dos plantas. Desde fuera no llamaba especialmente la atención, pero tenía un parque al otro lado de la calle. Además, tenía suelo de parquet, muy apropiado para el asma de Amy. Y luego tenía a Frenchie Sánchez.

A sus sesenta y pocos años, Frenchie no era en absoluto la típica abuela. No era alta y esbelta, pero se movía como si lo fuera. Estaba orgullosa de las pocas arrugas de su rostro y llevaba el pelo muy corto, un pelo que se teñía cada vez que se aburría. El mes anterior había sido rubia platino y aquel día era pelirroja. Tenía los ojos castaños, una risa escandalosa y gran afición por los pendientes grandes. Llevaba vestidos vaporosos y pantalones de colores fuertes, como papaya y limón.

Frenchie atribuía su colorida apariencia a su matrimonio con un trompetista cubano hacía muchos años con el que se había ido a vivir a Europa. Tenía el gusto de una parisina para las bufandas y un corazón de oro.

Ellie sabía lo afortunada que era por tener una vecina como Frenchie, que la ayudaba con Amy y se quedaba con la pequeña cuando ella iba a trabajar. Frenchie se negaba a aceptar dinero por ello, diciendo que la niña le hacía mucha compañía. Ellie insistía y le pagaba algo de vez en cuando, aunque nunca tanto como merecía aquella buena mujer.

Frenchie recibió a Ellie con una enorme sonrisa.

-¿Qué tal el trabajo, ma chére?

-Mami, ¡mira lo que he dibujado! -dijo Amy corriendo con una hoja de papel en la mano.

Era pequeña para sus cincos años. Tenía el pelo y los ojos oscuros como Ellie y aquel día llevaba su conjunto favorito, unos pantalones cortos y una camiseta con un gato con ojos brillantes.

Ellie sintió que el corazón se le salía del pecho al mirarla. Parecía ayer cuando la dio a luz y la tuvo en sus brazos por primera vez,

maravillada de ver aquellas manitas con dedos y uñas perfectos, abrumada por la intensidad de su amor por ella.

El tiempo había pasado muy rápido. Su niña ya no era ningún bebé, había crecido muy rápido y odiaba perderse momentos importantes de su crecimiento.

-Déjame verlo -dijo Ellie dándole un fuerte abrazo antes de mirar su obra de arte-. Es un dibujo precioso.

-Es un gato.

-Ya lo veo.

No era cierto. Sólo distinguía un círculo con ojos, pero si lo había hecho su pequeña, era maravilloso.

-¿Quién es? -preguntó Amy señalando a Ben.

-Es un amigo del tío Johnny. Se llama Ben.

-El tío Johnny está en el cielo ahora -dijo Amy señalando hacia arriba-. ¿Vienes del cielo?

-Soy marine.

-¿Entonces no eres un ángel?

-No.

-Qué pena. Pensé que podrías llevarle un mensaje a mi tío de mi parte. Y enseñarle mi dibujo.

-Ojalá pudiera.

Ellie se dio cuenta del gesto de dolor contenido de Ben.

Frenchie interrumpió la tensión del momento con su habilidad habitual.

-Bienvenido a mi casa, Ben. ¿Te apetece beber algo?

-No, gracias, señora.

-Llámame Frenchie. Así me llaman mis amigos. Me pusieron el apodo por todos los años que viví en París con mi marido.

-Es un placer conocerte, Frenchie.

La voz de Ben había recuperado su tono normal. Era profunda y masculina.

-Cariño -dijo Ellie acariciándole con suavidad el pelo a su hija-, Ben nos ha invitado a cenar fuera esta noche.

-¿No tendremos que comer judías verdes otra vez? ¡Bien! -exclamó Amy mientras recogía su pequeña mochila-. Ya estoy lista.

-Primero tenemos que ir a casa para que me cambie -dijo Ellie confiando en que su sonrojo no fuera evidente.

El entusiasmo de Amy hacía pensar que llevaba comiendo judías un mes entero.

-Está bien, pero cámbiate rápido, ¿vale, mamá? ¿Puedo pedirme un Happy Meal?

Para Amy, un restaurante de comida rápida era el mejor sitio del

mundo.

-No, vamos a ir a un sitio aún mejor.

-No sabía que había un sitio mejor.

-¿Quieres venir con nosotros, Frenchie? -preguntó Ben.

-Es muy amable de tu parte invitarme, pero no, gracias, hay un maratón de películas de Antonio Banderas en un canal de cable y no puedo perdérmelo.

-Gracias una vez más por cuidar de Amy, Frenchie.

-De nada, ma chére. Pásalo bien. Te lo mereces.

Amy salió corriendo por el pasillo del edificio hasta la puerta de su casa. Ellie abrió, Ben agarró la mochila de la niña y sostuvo la puerta hasta que Ellie hubo entrado.

-Sólo tardaré uno o dos minutos. Siéntate y pon la tele si quieres mientras me cambio.

Ellie trató de no pensar en lo que Ben opinaría de su apartamento. Era marine, no decorador de interiores, pero seguro que se había dado cuenta de que no había casi muebles.

-No tardo nada. Vamos, Amy.

Ellie sentó a la niña en su cama con uno de sus libros, agarró algunas prendas de ropa limpia de su dormitorio y se metió en el cuarto de baño. El olor a tabaco que le impregnaba la ropa y el pelo por trabajar en La Taberna de Al no era bueno para Amy. Ni tampoco para Ellie, pero cada vez que había solicitado que la zona de no fumadores fuera más grande, había recibido por toda respuesta las risotadas de su jefe.

Ellie se aclaró el pelo, cerró el grifo y agarró una toalla. Utilizó el secador unos tres minutos y con el pelo aún húmedo se hizo una trenza. Se vistió rápidamente. De todas formas, en su armario no había mucho donde elegir. No recordaba la última vez que se había comprado ropa. Cuando tenía algo de dinero extra, compraba cosas para Amy.

Ellie se puso unos pantalones negros, un top de punto rojo y unas sandalias que había comprado hacía un par de años en una tienda de saldos. Se echó un rápido vistazo en el espejo del baño. Limpia y respetable. Justo el efecto que buscaba. Se puso una pizca de maquillaje, se aplicó con ágiles movimientos un poco de sombra de ojos y de pintalabios y dio por terminado...

-¡Mamá! ¿Estás lista? —preguntó Amy al otro lado de la puerta.

-Lista -dijo Ellie saliendo del cuarto de baño.

Ben dejó de mirar los deportes en la televisión y se puso en pie.

-Estás muy bien.

A Ben le dio la impresión de que sus palabras sonaban torpes,

porque en realidad Ellie estaba mejor que bien. Y olía a limones frescos. Lo sintió cuando ella pasó junto a él para agarrar su chaqueta y su bolso.

-Permíteme.

Ben le quitó la cazadora vaquera de las manos y la ayudó a ponérsela.

-Mamá, ¿necesitas ayuda para vestirte? Creía que sabías.

-Claro que sé. Ben sólo está siendo amable.

Ellie echó los brazos atrás, pero no pudo encontrar los agujeros de las mangas. Sus dedos chocaban una y otra vez con la pierna de Ben.

-Perdona.

-No pasa nada -dijo él acercándose a ella para guiar su mano hasta la chaqueta.

Dejó las manos un instante en el hombro de ella, y Ellie sintió sus dedos en los hombros desnudos cuando se sacó la trenza de la chaqueta. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, desde el principio de la nuca hasta los pies.

-Así. ¿Qué tal ahora? -dijo Ben.

¿Que qué tal? Se supone que tenía que mantener la objetividad, no derretirse.

Ellie no se calmó hasta que estuvieron sentados a la mesa en el asador. Amy observaba el menú infantil como si pudiera leer todas las palabras. Se había llevado dos muñecas al restaurante y las tenía sentadas mirando el menú con tanto interés como ella.

-¿Quieres los palitos de pollo? -le preguntó Ellie.

-Quiero pulpo -anunció Amy orgullosamente.

-Aquí no sirven pulpo.

-Frenchie dice que ella lo ha comido en París.

-Cuando seas tan mayor como Frenchie podrás comer pulpo.

-¡Pero entonces tendré doscientos años!

-No -dijo Ellie conteniendo la risa-. ¿Qué prefieres, palitos de pollo o un perrito caliente?

-Pollo. Pero sin judías. Por favor, mamá. Y brocoli tampoco, que no me gusta.

Después de pedir, Amy se inclinó llena de curiosidad sobre Ben.

-¿Quieres jugar con mi Barbie? Tengo dos.

La niña le ofreció una y Ben no se atrevió a decirle que no.

-Mi Barbie trabaja en un hospital. ¿Y la tuya?

-La mía es marine.

-¿Qué lleva puesto?

-Un uniforme.

-¿Se irá también al cielo como mi tío Johnny?

A Ben se le hizo un nudo en el estómago.

-No, sólo cuando sea muy, muy viejecita.

-¿Puede trabajar en el hospital con mi Barbie?

-Claro que sí.

-Muy bien. Tú primero.

Ben estaba tan perdido que la niña le explicó lo que tenía que hacer.

-Tu Barbie habla con mi Barbie.

-Hola.

-Tienes que hacer que suene más como una chica.

-Hola -repitió Ben con la voz más aguda.

-¿Cómo te llamas?

-Barbie.

-Yo también me llamo Barbie. Vamos a merendar. ¿Tienes el aparato para hacer tortitas? Es asombroso. No se pega nada.

-Lo ha visto en uno de esos anuncios que echan por las mañanas -explicó Ellie.

-¿Tiene asma tu Barbie? -dijo Amy-. Deberías llevarla al médico. Algunos médicos son muy amables. Mi Barbie es médica -continuó arreglándole la ropa a la muñeca-. Por eso trabaja en un hospital. Vamos a dar un paseo en coche. La mía conduce.

La niña continuó con un incesante monólogo al que Ben sólo tenía que responder con algún «sí» o «no» con voz aguda.

-¿Capitán Kozlowski?

Ben levantó la mirada y se encontró con un compañero del cuerpo y su esposa, que lo miraban como si fuera un bicho raro. Ben soltó la muñeca como si lo quemara y se levantó inmediatamente.

-No esperaba encontrarlo aquí, señor -dijo el sargento Handley.

-Estoy aquí con unas amigas.

-No lo interrumpo. Me alegro de verlo, señor.

Ben asintió con la cabeza y esperó a que el marine y su esposa se hubieron alejado antes de sentarse.

-Deberías haber visto la cara que has puesto. No tenía precio —afirmó Ellie.

-Me alegra haber proporcionado un momento jocoso a esta velada.

-¿Qué es jocoso? -preguntó la niña.

-Jocoso significa divertido.

-Yo puedo ser divertida. Sé poner caras de risa. ¿Quieres verlo?

Amy se aplastó la nariz con la mano.

-Aquí viene tu cena -dijo Ellie, quitando las muñecas de la mesa.

Amy las sentó en su regazo.

La comida fue bien. Ellie se comió hasta el último bocado de su

enorme bistec y de su guarnición de patatas asadas y verduras a la plancha. Amy se comió casi toda su comida y no insistió en dar de comer a sus Barbies.

-¿Van a tomar postre? -preguntó la pizpireta camarera mientras recogía los platos vacíos-. Nuestra especialidad son las delicias de chocolate.

-Suena bien -dijo Ben.

Cuando la camarera regresó con el enorme plato de postre, a Amy casi se le salieron los ojos de las órbitas.

-¿Puedo comerme la mora?

-Afirmativo -contestó él.

-¿Qué quiere decir eso?

-Significa que sí.

-¿Qué se dice? -dijo Ellie cuando Ben le dio a la niña la mora que adornaba el postre.

-Gracias.

Amy sonrió de oreja a oreja y apoyó la cabeza en el hombro de Ben.

-Me caes bien.

A Ben el corazón le dio un pequeño salto de alegría. Siempre había sido un sentimental, con debilidad por los que necesitaban ayuda. Había sido así desde que rescató siendo niño a un gatito asustado de un aparcamiento al aire libre en un supermercado. Una pandilla de chicos más grandes intentaban pincharlo con un palo y el pobre animal, aterrorizado, se había escondido debajo de un contenedor de basura. Ben se peleó con ellos. Rescató al gatito de su escondite y se lo llevó a casa metido debajo del abrigo. Todavía recordaba cómo el animalillo había dejado de temblar apoyado contra su pecho.

Sí, ayudar al más débil siempre había sido su especialidad. Y ver el agradecimiento en aquel rostro infantil había despertado su instinto protector.

A la salida, Ellie miró discretamente a ver si había carteles de «Se necesitan camareros» en el restaurante. Pero no los había.

El camino de vuelta fue corto y tranquilo.

-¿Puede quedarse Ben? -preguntó Amy cuando llegaron a la puerta del apartamento.

-Tenías que estar en la cama ya hace rato -dijo Ellie.

-Quiero que Ben me cuente un cuento.

Amy lo arrastró al interior del apartamento y tiró de él hasta su habitación.

-Cielo, lo más seguro es que Ben no se sepa ningún cuento. ¿Qué te parece si te leo La Cenicienta?

-No. Quiero un cuento nuevo.
-Primero ponte el pijama y lávate los dientes -dijo Ellie, llevándola suavemente al baño.
-No te vayas, Ben -gritó Amy antes de que se cerrara la puerta del baño.
Ben esperó en el cuarto de la niña. Se sentía como un elefante en una cacharrería. El cubrecama era rosa con volantes fruncidos. Un peluche desgastado ocupaba el lugar de honor junto a la almohada. Había una manta con dibujos de gatos doblada a los pies de la cama. En la mesilla de noche había una pila de libros de cuentos.
-¿Por qué no puede Ben leerme un cuento? -preguntaba Amy de regreso a la habitación, saltando encima de su cama.
-Porque él no tiene hijos, así que no conoce ningún cuento.
-Sí que conozco algunas historias —dijo Ben.
Puede que no fueran apropiadas para una niña de cinco años, pero, como marine, era hombre de recursos.
-Puedo hacerlo. No hay problema. Érase una vez, hace muchos años, en un país maravilloso, un señor malvado con gran poder. Había sido bueno hacía mucho, pero se dejó arrastrar por el camino del mal. Su nombre era... conde Malón.
-¿Era malo?
-Muy malo -asintió Ben con solemnidad.
Ellie interrumpió a Ben y lo arrastró a una esquina de la habitación.
-El objetivo de los cuentos no es que mi hija tenga pesadillas -le susurró-. Los niños a esta edad se lo toman todo al pie de la letra.
-Lo entiendo. No es mi intención asustarla. Confía en mí, ¿de acuerdo?
Ben regresó a la cama de Amy con Ellie pegada a él.
-¿Y qué le pasó al conde Malón?
-Pues que él y su pandilla de caballeros negros salieron en sus caballos al anochecer y apresaron a Rosalinda, la hija de... del duque Bonachón, que era un hombre muy bueno.
-¿Era un papá bueno?
-Sí.
-¿Y quería a Rosalinda?
-Muchísimo.
-Mami dice que mi papá me quiere, pero yo no creo que sea un papá bueno.
Ben no sabía cómo reaccionar ante semejante confesión.
-Cuéntame más -pidió la niña.
-Bueno, como decía, el duque Bonachón era bueno, hacía cosas

buenas y la gente lo quería. Mucho más que al conde Malón. Y eso enfurecía al conde. Así que por eso fue al castillo de Bonachón para raptar a Rosalinda.

-¿Era una princesa?

-Algo parecido. Así que el duque Bonachón estaba fuera de sí. Sabía que sólo había una persona que podía devolverle a su hija. Y ése era el caballero Blanco.

Ben estaba empezando a meterse realmente en su propia historia.

-El caballero Blanco tenía un escuadrón de caballeros, conocidos como los caballeros de la Piedra Negra, que habían vivido muchas aventuras. Aceptó ayudar al duque Bonachón a rescatar a Rosalinda, y se reunió con los demás caballeros para planear lo que debían hacer.

Ben no se dio cuenta de que estaba tratando de temas logísticos y militares con demasiado detalle hasta que sintió la mano de Ellie en su brazo.

-Se ha dormido.

-Menudo cuentacuentos estoy hecho -dijo Ben con voz triste-. Se ha dormido de aburrimiento.

-Era muy imaginativo para ser de un marine.

-Los marines pueden ser creativos si la situación lo requiere.

Salieron sigilosamente de la habitación. Ellie dejó la puerta entreabierta.

-¿De dónde has sacado los nombres?

-Mis hermanos se ríen porque dicen que soy demasiado creativo.

Ben esbozó una enorme sonrisa con hoyuelos. Ellie miró aquellos labios. Nunca antes había olvidado todos sus problemas sólo mirándole la boca a un hombre.

-Eh... yo... sólo quería darte las gracias por esta noche -dijo apartando la mirada para no perder el equilibrio-. La cena estaba deliciosa... y gracias por inventarte esa historia para Amy. Ha sido muy bonito.

-Puedo ser un buen tipo cuando hace falta.

-Un caballero con su brillante armadura, ¿eh? Como el caballero Blanco.

Ben levantó una ceja con gesto desafiante.

-¿Tiene eso algo de malo?

-Nada. Siempre que seas consciente de que yo no soy ninguna damisela en apuros.

-¿Quieres decir que no necesitas un caballero que te rescate?

-La armadura no me vendría mal. Pero no quiero ningún caballero.

-¿No piensas en volver a casarte?

-No.

-¿Por qué no? Eres joven y guapa. ¿Por qué no quieres un final feliz para ti misma?

-¿Has estado casado alguna vez?

-No.

-Confía en mí. El matrimonio no siempre significa final feliz.

-Amy dice que no cree que su padre sea un buen padre. ¿Por qué? ¿La pegaba?

-No, nada de eso.

-¿Te pegaba a ti? -preguntó con la mandíbula en tensión.

-No.

Perry nunca había recurrido a la violencia física. No le había hecho falta. Sus comentarios sarcásticos podían ser casi igual de destructivos. Nunca supo si su intención era hacerle daño o simplemente era tan egoísta que no le importaba cómo se sintiera ella. Probablemente era lo último.

-Entonces, ¿qué pasó?

-¿Por qué te importa tanto?

-Porque quería a Johnny y tú eres su hermana. ¿Qué tiene de malo hablar conmigo de tu matrimonio? A no ser que sigas tan enamorada que te cueste hablar de él.

-No quiero hablar de ello, pero no porque esté enamorada de Perry. Lo amaba al principio. Ciegamente. Lo conocí en mi primer año de universidad. Yo quería estudiar Literatura Inglesa. Me pidió los apuntes y nunca me los devolvió. Eso me tenía que haber servido de aviso: a Perry sólo le preocupaba él mismo. Pero podía ser muy dulce y era increíblemente guapo. Me conquistó por completo. Me prometió el mundo entero. Nos casamos unos pocos meses después y yo dejé los estudios para mantenerlo. Sé que parece estúpido, pero Perry hacía que pareciera un plan sensato. Él iba a obtener un título en Económicas, iba a conseguir un buen trabajo y yo podría quedarme en casa y tener la familia que deseábamos. Al principio éramos muy felices. Entonces, me quedé embarazada, y eso no entraba en sus planes, al menos hasta después de licenciarse. Aún así, fingió estar contento, y todo funcionó hasta que nació Amy.

-¿Qué pasó entonces?

-Perry se comportaba como si estuviera orgullosísimo de su hijita. Le enseñaba sus fotos a todo el mundo, pero empezaba a haber síntomas de que las cosas no iban bien. Siempre andábamos mal de dinero. Perry maquinaba planes que nos haría ricos, uno detrás de otro. «Esta vez saldrá, nena», me decía. Pero nunca funcionaba nada. Se licenció cuando Amy tenía dos años. Unas semanas más tarde le diagnosticaron el asma.

Ellie suspiró. Hablar de su matrimonio la entristecía y la hacía sentir ridícula.

-Perry no se lo tomó muy bien. Era un perfeccionista, y, de repente, Amy ya no era su niñita perfecta. Se largó de casa pocos meses después y no hemos sabido mucho de él desde entonces.

-¿No mantiene contacto con su hija?

-No. Yo siempre le digo a Amy que su padre la quiere, y posiblemente sea cierto, a su manera. Pero la verdad es que Perry es incapaz de amar a nadie más que a sí mismo.

-¿Te pasa al menos el dinero que le corresponde para su manutención?

Ellie no se movió, pero Ben sintió que se estaba alejando de él.

-Mira, no debería haber hablado tanto. A veces, cuando estoy cansada, me voy de la lengua. ¿Quieres beber algo? -preguntó ella incorporándose en el sofá-. ¿Un refresco?

-Cálmate -dijo poniendo la mano en su brazo para impedir que huyera a la cocina-. Estoy bien.

Ben concluyó por su reacción que el sinvergüenza de Perry no pagaba la pensión de la niña. No lo sorprendía. Por lo que sabía de él, no parecía un tipo responsable. Johnny nunca había entrado en detalles sobre el ex de su hermana, aparte de decir que era escoria y cosas mucho peores. Tampoco sabía si Johnny lo sabía todo. Sospechaba que Ellie habría ocultado a su hermano los detalles más dolorosos de aquella ruptura.

Sintió tal rabia contra el ex marido de Ellie que estuvo a punto de perder la compostura.

-Necesitas dinero -dijo sacándose la cartera del bolsillo-. Más de lo que yo pueda necesitar o usar. Aquí tienes -dijo tendiéndole un puñado de billetes de cien dólares-. Tómalo.

-¡No estoy a la venta! -gritó Ellie poniéndose en pie un salto y señalando la puerta-. ¡Fuera de aquí!

Capítulo 3

BEN SE dio cuenta inmediatamente de su error y se guardó corriendo la cartera en el bolsillo.

-Lo siento, no debería haberlo dicho de forma directa.

-No deberías haberlo dicho en absoluto -dijo Ellie llena de rabia.

-Deja que te explique. Por favor, escúchame.

Ella lo miró con impaciencia y él se apresuró a explicarse.

-Hace poco más de año heredé mucho dinero de mi abuelo. Yo creía que me había desheredado. Nunca perdonó a mi madre que se casara con un marine desconocido. Y nunca aprobó que mis hermanos y yo nos uniéramos al cuerpo de marines en vez de a su compañía petrolera en San Antonio. Como te decía, tengo mucho dinero que no he hecho nada para merecer.

-Dáselo a alguna institución benéfica.

-Prefiero dártelo a ti. Quiero ayudarte.

-Pues no lo hagas. No soy responsabilidad tuya. Gracias, pero no. No acepto dinero de desconocidos.

-Si nos llegamos a conocer mejor, ya no seré un desconocido.

-Eres muy testarudo -dijo ella con tono de desesperación.

-Tú también.

-Efectivamente, así que no pierdas el tiempo pensando que voy cambiar de opinión.

-No creo que pasar algún tiempo contigo sea una pérdida de tiempo.

-Puede serlo si lo haces para convencerme. No has hablado mucho de Johnny -dijo ella cambiando bruscamente de tema-. ¿Es para que no me ponga triste?

Y para no ponerse triste él. Pero eso no importaba. Mantener la promesa hecha a su amigo era su única prioridad. Que se sintiera atraído por Ellie, que sintiera su corazón acelerarse al mirarla o que su sonrisa despertara en él deseos de besarla era algo irrelevante.

-No quería darte más razones para disgustarte.

-A mi hermano le encantaba ser marine. Le gustaba formar parte de un equipo. Sé que los marines forman un grupo muy unido y Johnny nunca antes había sido parte de algo así. Prefiero no hablar mucho de ello ahora mismo, la herida está demasiado reciente.

Ben asintió con la cabeza. La entendía perfectamente. En el cuerpo de marines había aprendido que el dolor es una debilidad del cuerpo. Pero, ¿y la culpa? El sentimiento de culpa no lo abandonaba, lo obsesionaba y lo reconcomía por dentro.

-Lo entiendo. Es muy pronto todavía. Pero tenemos tiempo. No pienso irme de aquí. Como te dije, estoy destinado en LeJeune, y

quiero conoceros mejor a Amy y a ti. ¿Qué te parece si quedamos para mañana?

-No me parece muy buena idea -respondió Ellie sacudiendo la cabeza con firmeza.

-¿De qué tienes miedo?

-Yo no tengo miedo de nada.

-Todos tenemos miedo de algo -insistió él.

-¿De qué tienes tú miedo?

-De los caracoles. Me producen escalofríos -afirmó Ben.

-¿De los caracoles?

-Bueno... están húmedos y llenos de babas.

-Me tomas el pelo, ¿no? -dijo Ellie.

-No. ¿De qué tienes tú miedo?

-Desde luego, no de los caracoles.

-Adelante, búrlate de un hombre que te abre su corazón.

-No me has abierto tu corazón, sólo me has contado tus fobias.

-¡Eh! No es una fobia. Simplemente no me gustan. Sería fobia si viviera en constante temor de encontrarme con un caracol por ahí, pero normalmente, no es algo que uno se encuentre muy a menudo. Pero volvamos contigo. Aún no me has dicho qué te da miedo. Vamos -incitó con una sonrisa juguetona que aceleró el corazón de Ellie-. Tiene que haber algo.

Había muchas cosas. Ser madre soltera de una niña de cinco años. De lo que sería de Amy si le pasara algo a ella. Con Perry no podía contar y con su madre aún menos. Tenía pesadillas sólo de pensar que su hija terminara en régimen de acogida como ella y Johnny.

Ellie sabía por experiencia los vuelcos que daba la vida. Su padre los había abandonado poco antes de que Johnny naciera y moriría poco después en un incendio. A los siete años, perdió a su madre en un accidente de coche, víctima de un conductor ebrio que invadió el carril contrario. Sin otros parientes, el Estado se quedó con su custodia. Gracias a un comprensivo asistente social, nunca la separaron de su hermano.

Por eso también la ruptura de su matrimonio la había afectado tanto. Ella buscaba desesperadamente tener su propia familia, un poco de seguridad. Tener a alguien con quien compartir los buenos y los malos momentos.

Una voz en su interior le decía que a lo mejor era algo bueno contar con Ben en su vida. Los marines tenían fama de ser responsables. Quizás fuera alguien en quien se pudiera confiar. Alguien que pudiera ayudar a Amy si a ella le pasara algo.

¡Acababa de conocerlo y ya lo estaba convirtiendo en un caballero

de blanca armadura!

-Olvídalo. Prefiero que me digas qué cosas te hacen feliz -dijo Ben al ver que no respondía.

-Eso es fácil. Mi hija.

-¿Y qué más?

-El chocolate. El chocolate negro.

Un pensamiento travieso cruzó la mente de Ellie: un marine sexy como Ben también podría hacerle feliz, pero rápidamente apartó esa idea de la cabeza. No creía en los finales felices de los cuentos que leía a su hija. Ellie sabía por experiencia que no existían en la vida real.

-Vamos, amiga mía. Dame todos los detalles.

Latesha y Ellie estaban sentadas en La Taberna de Al, rellenando los servilleteros. El lugar estaba aún vacío.

Latesha, compañera de trabajo y amiga de Ellie, era algo mayor que ella y mucho más escandalosa.

-Quiero hasta el último detalle.

-Pero si no hay ninguno.

-¡Por favor! -exclamó Latesha entornando los ojos con incredulidad-. ¿Te largas anoche con un tipo que está tan bueno que no se puede ni describir con palabras y no tienes nada que contar? ¡Vamos! Dime qué pasó.

-No pasó nada. Nos llevó a Amy y a mí a cenar, y luego nos llevó a casa.

-¿Y...?

-Le contó a Amy un cuento muy interesante.

-¿Y a ti? ¿Qué cuento te contó? -preguntó Latesha con una sonrisa picara.

Antes de que Ellie pudiera contestar, Cyn se unió a ella. Cyn tenía unos veinticinco años, le gustaba vestir de negro y morado y las joyas de plata con motivos celtas. Rubia y de ojos verdes, era físicamente opuesta a Latesha, pero eran de personalidades parecidas.

-¿De qué estáis hablando?

-Ellie me iba a dar los detalles más jugosos de su noche con ese tipo tan guapo.

-Se llama Ben, y no pasó la noche en casa.

-Me revienta que se vayan nada más conseguir lo que quieren.

-¡No consiguió nada!

-Entonces dinos qué ocurrió.

-Lo intento, pero no dejáis de interrumpirme. No me acosté con Ben.

-¿Por qué no? -preguntó Cyn.

-Porque acabo de conocerlo y porque soy madre de una niña

pequeña.

-Eso no quiere decir que no puedas sentirte atraída por un típico chico malo y sexy como ése -puntualizó Latesha.

-Si tú no lo quieres, ¿puedo quedármelo? —preguntó Cyn.

-Olvídalo -dijo Latesha-. Yo estoy primero. Yo hablé de él antes.

-Mira qué cara pone -dijo Cyn señalando a Ellie-. Quiere quedárselo ella.

-No -contestó Ellie poniéndose roja.

-¡Por favor! -exclamó Latesha-, Deberías haber visto la cara que has puesto.

-Es tu imaginación.

-Ya me gustaría dejar volar mi imaginación con ese bombón -dijo Cyn con sonrisa ensoñadora.

-Es un marine.

Ellie lo dijo sin saber por qué. Quizás esperaba que mostraran más respeto. Debía haber imaginado que no sería así.

-¡Guau! ¡Con lo que a mí me gusta un hombre con uniforme! -exclamó Cyn.

-Sí, y te gustan todavía más sin él -replicó Latesha-. Por eso salías con aquel policía.

-¿Y qué más sabes de ese Ben? No estará casado...

-Creo que no.

-¿Sólo crees? -dijo Latesha enarcando las cejas-. Eso es lo primero que hay que comprobar, amiga mía.

-No llevaba anillo -respondió Ellie tratando de no mostrarse demasiado a la defensiva.

-Eso no significa nada —intervino Cyn-. Es sabido que algunos hombres se quitan el anillo cuando vienen a un sitio como éste.

-Ben no haría eso -dijo Ellie con firmeza.

Cyn saltó inmediatamente.

-Así que ya lo conoces lo suficiente para saber eso, ¿eh?

-Era amigo de mi hermano.

La expresión de Cyn cambió de burlona a comprensiva.

-¿Vino a darte el pésame?

-Vino a ofrecerme dinero.

-¿Cómo? -saltaron las dos amigas al unísono.

-Dejadlo, no importa.

Ellie agarró unos cuantos servilleteros y trató de alejarse, pero Latesha tiró de ella y la obligó a volver a sentarse.

-Ni hablar, amiga. De aquí no te vas hasta que no expliques eso.

La aparición de su jefe salvó a Ellie, si se podía usar esa palabra. JayJay Lange era el típico chico malo de instituto hecho adulto. Según

Cyn, era un cruce entre un mapache rabioso y una taimada comadreja. Tenía los ojos hundidos, era de complexión muy delgada y tenía un bigote fino y oscuro.

-No os pago para que estéis sentadas contando chismes -gritó desde el umbral de la puerta de su despacho-. Cyn, tú ni siquiera trabajas hoy, ¿qué haces aquí?

-He venido por mi cheque -contestó ella poniéndose en pie de un salto.

-Pues ven aquí a firmar. Y vosotras dos, volved al trabajo.

-Sí, amo -murmuró Latesha.

-¿Qué has dicho?

-He dicho que sí, señor Lange.

Latesha agarró la bandeja llena de servilleteros y se puso también de pie.

-Luego -le murmuró a Ellie, dejando claro que pensaba retomar el tema más tarde.

Ben llegó a La Taberna de Al poco antes de las seis. El local ya estaba lleno. No le costó encontrar a Ellie. Estaba en la barra, esperando a que Earl terminara de llenar unas jarras. Su falda vaquera le acariciaba las caderas y dejaba al descubierto sus larguísimas piernas. Llevaba una camiseta negra de tirantes, y el pelo recogido en una trenza igual a la que había llevado el día anterior cuando salieron a cenar.

Recordó cómo le había rozado la nuca con los dedos cuando la ayudó a ponerse la chaqueta.

En ese momento, ella se dio la vuelta y casi tropezó con él. Ben la agarró de los hombros para impedir que se cayera, pero los dejó allí una vez que ella recuperó el equilibrio. Tocarla hacía estallar algo en su interior que lo empujaba a querer tomarla entre sus brazos y besarla.

-Lo siento -dijo ella liberándose de sus brazos con un hábil movimiento de bandeja.

Él la miró alejarse y volvió a quedarse embelesado con la elegancia de sus movimientos. Su balanceo de caderas era sexy sin que ella se lo propusiera, y Ben sintió que la sangre le ardía en las venas.

-¿Disfrutando de las vistas? -le preguntó Earl. Sin responder, Ben se sentó en la barra, se tomó unos cacahuetes y pidió una cerveza.

-He estado indagando acerca de ti por medio de algunos amigos que conservo en el cuerpo -dijo Earl poniendo un posavasos ante él-. Hablan bien de ti. Dicen que eres un buen tipo. Espero que sea cierto.

-¿Por qué?

-Porque como antiguo marine, no me gustaría tener que pelearme

con un camarada, pero lo haré si le haces daño a Ellie.

-Su hermano era íntimo amigo mío.

-Lo sé. Sé que estabas con él cuando le alcanzó el disparo. Por lo que cuentan, murió en tus brazos.

-Te lo han contado bien -dijo Ben con voz sombría.

-Confío en que no hayas venido aquí para seducirla aprovechando que todavía está llorando a su hermano muerto.

-Y yo confío en que sepas tener cuidado con lo que dices -dijo Ben con mirada amenazante.

Earl no se amilanó.

-Quiero que me des tu palabra de marine de que no vas a hacer daño a Ellie.

-Tienes mi palabra. He venido para ayudarla, pero es demasiado testaruda, no me deja.

-No es la única. Su amiga Latesha es aún más cabezota -explicó Earl señalando con la barbilla a la mujer que estaba sirviendo copas cerca de ellos.

Ben se quedó en silencio viendo cómo Ellie terminaba de repartir las copas de su bandeja y regresaba a la barra.

-¿Qué estás haciendo aquí?

-¿No me dices hola? -preguntó él en tono de broma-. ¿No te alegras de verme?

-¿Qué estás haciendo aquí? -repitió ella.

-Vine a ver si a ti y a Amy os apetecería ver una película de video y pedir una pizza mañana.

-Mañana trabajo hasta medianoche -respondió colocando una nueva remesa de cervezas en su bandeja.

-El domingo lo tiene libre -intervino Earl.

-¡Genial! ¿Dejamos la pizza y la película para el domingo por la noche?

-¿Por qué? -preguntó Ellie con desconfianza-. Ya te he dicho que no pienso cambiar de opinión.

-Lo sé. Sólo es un poco de pizza y una peli. Ya te dije que me gustaría conocerte mejor.

Ellie se dio cuenta de que JayJay la observaba con mirada asesina.

-Está bien. El domingo. Ahora será mejor que te vayas.

-¿Por qué? Soy un cliente que paga sus cervezas -protestó Ben mostrándole su jarra.

Ellie levantó su bandeja cargada de jarras.

-Si te quedas tienes que prometerme que no me causarás problemas.

-Lo prometo -dijo haciéndose una cruz sobre el corazón.

Eso atrajo la atención de Ellie a la camiseta de color azul marino que llevaba. Le quedaba muy bien. Y el brillo travieso de aquellos ojos de color avellana aceleraba su ritmo cardíaco. Pero no pensaba rendirse.

-Lo digo en serio. No puedo permitirme perder este trabajo.

Ellie se alejó antes de que Ben pudiera recordarle que sí podía permitirse perder aquel trabajo de mala muerte, si dejaba de ser tan testaruda y aceptaba su oferta. Pero probablemente, en su difícil vida había necesitado esa testarudez para sobrevivir.

Le indignaba imaginarse a Ellie y a su hijita haciendo sacrificios innecesarios. El dinero no significaba nada para él, pero para ellas podía cambiarlo todo.

Así que se quedó en la barra, acariciando su jarra mientas que veía cómo La Taberna de Al se llenaba de hombres. Había muy pocas mujeres. Las mesas de billar, que estaban al otro lado del local, apenas se distinguían en la densa nube de humo. Decidió sentarse en una de las mesas, y allí fue atendido por Latesha.

-¿Vas a quedarte ahí sentado toda la noche?

-Es posible -dijo él dándole tres billetes de veinte dólares de propina-. A no ser que te parezca mal.

-A mí no. Pero mi jefe, JayJay, es retorcido como una serpiente y es posible que a él no le guste. Se enteró de que causaste problemas aquí anoche.

-Lo único que hice fue impedir que un borracho le metiera mano a Ellie.

-El borracho era uno de los mejores amigos de JayJay.

-A mí como si es el mejor amigo del presidente. No es excusa para tocar a una mujer.

-Así que conocías al hermano de Ellie -él asintió-. Me ha dicho que le has ofrecido dinero -dijo ella afilando la mirada-. Ellie no es de ese tipo de chicas. Así que lo mejor va a ser que te vayas de aquí con viento fresco y no le hagas más difícil la vida. Ya es bastante complicada.

-No quiero hacérsela más difícil, sino más fácil

-¿Ofreciéndole dinero? ¿Y qué es lo que buscas a cambio?

-Nada.

-Ya, seguro.

-Lo digo en serio. Le prometí a su hermano que cuidaría de ella. Tengo un dinero extra que no necesito y prefiero que lo tenga ella. ¿Por qué es tan difícil de creer?

-Porque la gente no da dinero a desconocidos sin esperar nada a cambio -afirmó Latesha.

-No hay truco. Sólo quiero ayudarla. ¿Puedes ayudarme a conseguirlo?

-¿Qué quieres decir?

-Eres amiga suya, ¿no? A lo mejor puedes ayudarme a convencerla de que acepte mi oferta.

-No intentes conquistarla con tus encantos. Eso no te va a funcionar. Su ex era de los que conquistaba a una mujer con palabras.

-¿Lo conocías?

Latesha negó con la cabeza.

-He oído hablar de él. Créeme, si lo hubiera conocido, le habría dado una buena patada en el trasero. Abandonar a una hija de esa manera... Amy es una niña adorable, se merece algo mejor.

-Estoy totalmente de acuerdo.

-Entonces será mejor que demuestres tus intenciones con hechos y no con palabras, como hacía el otro. ¿Te apetece una hamburguesa para acompañar la cerveza?

-Si me la pones con queso y patatas fritas, acepto.

-Otra cosa: no me importa que seas marine. Si haces daño a Ellie o su hijita, tendrás que vértelas conmigo. Y con Earl -añadió mirando al barman, que los observaba con curiosidad-. A Earl no le gusta que disgusten a Ellie. ¿Comprendido?

-Comprendido -asintió Ben-. Alto y claro. Earl ya me ha advertido, por cierto.

-¿Ah, sí?

Ben se dio cuenta de Latesha miraba al robusto barman con un interés sin disimular.

-Gracias por ser tan buena amiga -dijo Ben-. Me alegra ver que tiene amigas para ayudarla.

«Este hombre parece demasiado bueno para ser verdad», pensó Latesha mientras se alejaba.

Una mujer vestida de negro y púrpura se acercó a Ben en el Videoclub Vinnie mientras él miraba las estanterías con las películas.

-Parece que necesitas ayuda.

-¿Tan obvio resulta? No tengo hijos, así que no sé qué películas son buenas para niños.

-No tienes hijos. ¿Significa eso que no estás casado?

-Así es -contestó él sorprendido por la pregunta-. Busco una película que pueda gustar a una niña de cinco años.

-Te refieres a Amy, claro. Trabajo con Ellie en el Bar de Al. Me llamo Cyn. Y tú eres Ben, ¿no?

Él asintió.

-Latesha me ha dicho que ha hablado contigo. Mira, Amy no ha

visto ésta todavía. Ya te han advertido de que no hagas daño a Ellie, ¿verdad?

-Verdad.

-Entonces va a ser un poco repetitivo que yo también lo haga, pero lo voy a hacer de todas formas.

-¿Queda alguien más en el pueblo por amenazarme físicamente si hago daño a Ellie?

-Es posible que queden un par de personas -contestó Cyn sonriente-. Ya conoces a Frenchie, ¿no? Créeme, no querrás conocer su lado malo. No es la típica abuelita.

-¿Qué te hace pensar que quiero hacer daño a Ellie? ¿O que necesita que la protejan de mí?

-Más vale prevenir que curar, ¿no te parece? Aquí tienes, Ellie no ha visto ésta -añadió, pasándole la última película de Sandra Bullock-. Es una película para chicas, pero tendrás que aguantarte.

-Soy marine. Puedo enfrentarme a una película de chicas.

-Ya lo veremos -repuso Cyn con una sonrisa.

Ben estaba ya esperando que el tipo de la pizzería también le advirtiera sobre Ellie, pero no fue así. El camino a casa de Ellie era corto, así que la pizza llegó aún humeante. Amy salió a la puerta a recibirlo.

-¡Está aquí! ¡Está aquí! -exclamó la niña saltando de alegría.

-Debes de tener mucha hambre -dijo Ben con una sonrisa.

Era gratificante tener a alguien que se alegrara tanto de verlo.

-¿Te gusta la pizza?

Amy asintió, lo tomó de la mano y lo empujó al interior de la casa.

-Cuéntame más cosas de Rosalinda.

-Le gusta la pizza. Y es casi tan guapa como tu madre.

-Espero que recuerdes en qué quedó tu historia -avisó Ellie-. Amy tiene muy buena memoria.

Ben se preguntó si Ellie tendría también buena memoria. Él recordaba vividamente cada momento en que la había rozado la velada anterior. Esa noche estaba increíblemente sexy con unos vaqueros y una camiseta rosa. Nada elegante, pero Ella no necesitaba ponerse nada elegante para calentarle la sangre.

-¡Ben! -dijo Amy-. ¿Ésta es la película que vamos a ver?

Él asintió y la niña sonrió encantada. ¡Era tan fácil complacerla! Ben deseó poder hacer más por ella. Lo que le gustaba a un marine era la acción, no los deseos.

Desgraciadamente, cuando la película terminó hora y medía más tarde, seguía sin saber qué hacer. Era hora de que Amy se fuera a la cama. Ellie se la llevó, pero la niña volvió a los pocos minutos,

llevando un pijama azul con un estampado de gatos sonrientes.

-Y ahora cuéntame el cuento, Ben.

La niña lo agarró de la mano y lo arrastró por el pasillo hasta su cuarto.

-¿Te has lavado los dientes? -preguntó Ellie a la niña.

-¿Rosalinda se lava los dientes? -preguntó Amy a Ben.

-Todo el tiempo.

Amy echó a un lado el edredón y se bajó de la cama.

-Voy por mi cepillo para lavarme los dientes todo el rato.

Ellie lanzó una mirada que significaba claramente: «¿Lo ves? Te lo advertí. Los niños se lo toman todo al pie de la letra».

-Quería decir que se los cepillaba tres veces al día.

-¡ Ah, bueno! Empieza el cuento, por favor.

-Érase una vez, en un país muy lejano...

-No has dicho «hace muchos, muchos años».

-Está bien. Érase una vez, hace muchos, muchos años, en un país lejano, un noble malvado que mandaba en las cosas del reino. Era el conde Malón, que había raptado a Rosalinda. El caballero Blanco se puso manos a la obra para salvarla. El castillo del conde Malón estaba en una alta colina, por lo que desde él se podía divisar a cualquiera que intentara acercarse. Por eso el caballero Blanco y sus hombres decidieron atacar por la noche. Se acercaron por la parte de atrás mientras en la puerta principal, algunos de ellos organizaban jaleo para distraer la atención.

-¿Para qué?

-Para que el conde Malón, ocupado viendo lo que pasaba en la parte delantera del castillo, no se diera cuenta de lo que se avecinaba por detrás. El plan era que el conde Rock, que era el trovador de los caballeros de la Piedra Negra tocara ante la puerta el único laúd eléctrico que había en el reino. Pensaba tocar con mucho acierto We are the Champions de Queen, que siempre gusta mucho a todo el mundo.

Amy miró a su madre.

-Mamá, ¿porque te ríes?

-Porque me parece que el conde Rock es muy gracioso.

-Mientras el conde Rock tocaba, el caballero Blanco y los suyos escalarían la fachada trasera del castillo del conde Malón para pillarlo por sorpresa y rescatar a Rosalinda. A medianoche se reunieron para llevar a cabo su misión, preparados con cuerdas, escaleras y ropa de escalada.

-Mamá, te estás riendo otra vez.

-Lo siento -dijo Ellie intentando ponerse seria.

-Mientras tanto, el conde Rock y su banda se preparaban para rocanrolear. El caballero Blanco se puso unas gafas de infrarrojos para ver a los malos en la oscuridad, y dio la señal para el comienzo de la misión. Mientras los guardias bailaban al ritmo de la música del conde Rock, los otros se colaron en el castillo. Todo salió según lo planeado. El caballero Blanco corrió por las mazmorras y encontró la puerta que buscaba. Era muy pesada, pero consiguió abrirla, pero... la habitación estaba vacía. ¡Rosalinda se había ido! Amy abrió de par en par sus enormes ojos marrones.

-¿Dónde se había ido?

-El caballero Blanco no lo sabía. Tenía que investigar nuevos datos.

-A lo mejor Rosalinda se había ido a casa -aventuró la niña.

-Lo dudo. Pero te contaré más cosas el próximo día.

-No, lo quiero saber ahora.

-Es hora de apagar la luz -intervino Ellie.

-¿Estará bien Rosalinda?

-Seguro que sí. ¿Verdad, Ben? -Ellie lo miró con un gesto de advertencia.

-Claro que sí.

-¿Y si no? -preguntó Amy-. ¿Qué pasa si su papá la da por perdida y no la busca más?

-Sí que la buscará. Su padre y el caballero Blanco la buscarán -dijo Ben con decisión.

-¿Y si su papá cree que ha sido mala y ya no la quiere?

A Ellie se le partía el corazón. Tomó a la niña en brazos y la abrazó con fuerza.

-Eso nunca podría ocurrir, porque Rosalinda es una niña casi tan buena como tú, cielo. Y ya sabes que hay mucha gente que te quiere muchísimo. Yo, Frenchie, Cyn, Latesha...

-¿Y papá?

-Papá también. Lo que pasa es que no lo dice. Pero te dio a Rabú -dijo Ellie entregándole un conejo de peluche amarillo desgastado. Era uno de los pocos regalos que Perry le había hecho, antes de desaparecer.

-Rabú es amarillo. Puedes darle un beso de buenas noches -explicó Amy somnolienta extendiéndole el muñeco a Ben.

Ben le dio un beso al muñeco y Ellie sintió que se le rompía el corazón. Arropó a Amy y le dio la manta de gatitos con la que la niña dormía abrazada cada noche.

-Hasta mañana, cariño.

Ellie y Ben regresaron al salón y se sentaron en el sofá. En un principio, Ben tenía pensado ver con ella la película para chicas que

Cyn le había recomendado, pero era evidente que Ellie no estaba de humor para seguir una película.

-Estás muy tensa. ¿Es por el comentario de Amy sobre su padre? -Ellie asintió-. Ven aquí.

Ben la giró, de forma que quedó sentada justo delante de él.

-Necesitas relajarte -dijo frotándole los hombros con suavidad.

La camiseta rosa que ella llevaba resultaba muy suave. El pelo lo tenía recogido en una coleta que se movía con cada movimiento de cabeza.

Ellie se dio la vuelta sin darse cuenta de lo cerca que estaba de él.

Entonces, la poca distancia que los separaba desapareció, pues Ben unió sus labios con los de ella en un beso.

Capítulo 4

ELLIE cerró los ojos y centró toda su atención en el beso de Ben. El no se comportó como un guerrero conquistador, sino que le rozó suavemente los labios hasta que Ellie se relajó, entreabrió los labios y finalmente le devolvió el beso.

Ben recorrió sus mejillas con los dedos, y se detuvo en la barbilla a medida que el beso se hacía más profundo. Saboreó cada rincón de su boca y le hizo sentir como si ella fuera la única razón por la que vivía y respiraba.

Ellie sintió desasosiego por lo cómoda que se sentía, por lo bien que aquellos labios respondían a los suyos. Las manos de Ben en sus hombros le transmitían fuerza y ternura a la vez. Cada vez la abrazaba con más fuerza. Sentía que ardía a su contacto. Parecía saber instintivamente cómo proporcionarle placer, cuándo ir más despacio, cuándo hacer un avance. La lógica se vio desplazada por una avalancha de placer físico.

Ben le quitó la pinza del pelo y el cabello le cayó por los hombros como una cascada. La mano de Ben se abrió paso entre aquella sedosa melena hasta que las yemas de sus dedos le acariciaron la nuca. Después deslizó la otra mano por debajo de la camiseta y le recorrió la espalda con el pulgar.

Las cosas se fueron haciendo más intensas a partir de ese punto. El intercambio de ardientes caricias y besos ansiosos aumentó. Los jadeos de excitación de Ben la excitaban. Se apretó con fuerza contra él y sintió su duro cuerpo contra el suyo. Ellie sintió que su apetito sexual se desataba. Sus cuerpos respondían en perfecta sintonía, como nunca antes había experimentado. Y al darse cuenta, sintió que la invadía el pánico y se escabulló de entre sus brazos, huyendo de aquel cuerpo tan sexy y de las tentaciones que en ella había provocado. Ellie se puso de pie tratando de recuperar el control y volver ser de nuevo ella misma.

Aún le palpitaban los labios por los besos y por el deseo. Pero el miedo a lo que había estado a punto de ocurrir la dominaba. Apenas hacía unos días que conocía a aquel hombre, y la inesperada intensidad de su reacción la desconcertaba. No solían temblarle las rodillas por un tipo, por muy atractivo que fuera.

¿Se estaba repitiendo la historia? ¿Corría el peligro de volver a hacer el ridículo con otro tipo guapo y seductor capaz de decir lo que ella quisiera oír para conseguir sus propósitos? Retrocedió unos pasos.

-Será mejor que te vayas.

-Ellie...

Sólo oír su nombre pronunciado por aquella voz profunda la hacía

flaquear. Pero no podía permitirse el lujo de ser débil. Tenía que pensar en su hija.

-Esto no va a funcionar. Será mejor que no vuelvas a venir.

-¿Crees de verdad que eso sería lo mejor para Amy? Aquello supuso un golpe en su talón de Aquiles. Era evidente que su hija se había encariñado con Ben.

-¿Por qué has hecho esto?

-¿Besarte?

-Todo. Contarle cuentos a Amy. Traernos una pizza.

-Quiero conoceros mejor, y quiero que Amy y tú me conozcáis mejor.

-¿Para qué?

No podía contarle la verdadera razón. No podía decirle que el sentimiento de culpa lo atormentaba y no lo dejaba dormir.

-¿Porque le prometiste a mi hermano que cuidarías de nosotras? Ya te he dicho que no hace falta.

-Vamos poco a poco, ¿de acuerdo? A Amy le gusta verme y escuchar mis historias.

Tenía razón. A Amy le encantaba pasar tiempo con él y era increíblemente dulce con la niña. Ellie odiaba disgustar a su hija, que tantas decepciones había sufrido ya a tan temprana edad.

-Está bien. Poco a poco. Pero nada de besos.

-¿No te ha gustado?

-Eso no tiene importancia. Lo que cuenta es que no quiero complicar mi vida aún más.

-Comprendido.

Ben tampoco quería complicar su vida. Pero al contacto con aquellos labios habían saltado suficientes chispas para iluminar la costa Este. En ningún momento había previsto sentirse atraído por la hermana de su amigo.

Si John estuviera vivo, le habría dado una palmadita en el hombro y le habría preguntado por sus intenciones. Y todo sin dejar de sonreír.

Pero John no estaba vivo. En parte por culpa de Ben.

Costara lo que costara, Ben pensaba cumplir el último deseo de su amigo. Pensaba cuidar de Ellie y de su hija.

-¡Ben está aquí! ¡Ben está aquí!

Ellie había oído gritar esas palabras a su hija varias veces en el transcurso de aquella semana. Un día que llovía, él había traído una cesta de picnic y habían almorzado sentados en el suelo del salón. Una mañana, Ben se había presentado con pastelillos y una cometa para hacerla volar en el parque.

Ellie tenía que reconocer que se estaba portando muy bien. No había vuelto a intentar nada con ella. Lo de aquella noche no había sido sólo culpa de él. Ella había reaccionado a sus besos como un personaje de Sexo en Nueva York.

-¡Ben está aquí! ¡Ben está aquí!

Ben no podía evitar sentirse feliz al ver la alegría de la niña. Deseaba que Ellie se sintiera igual de contenta.

Ella no había vuelto a mencionar el increíble beso que habían compartido, y Ben se preguntaba si ella pensaría en eso.

Amy le tiró de la mano para recuperar su atención.

-¿Podemos ir hoy al Palacio del Pirata? Voy vestida como Rosalinda. ¿Ves?

Amy dio una vuelta con su disfraz de princesa.

-Claro.

Ben no sabía lo que era el Palacio del Pirata, pero pensó que sería algún parque de atracciones.

-¡Bien!

-No grites -dijo su madre saliendo de la cocina.

A Ben le pareció guapísima con sus vaqueros y su blusa blanca, que dejaba la suave y delicada piel del cuello al descubierto.

-¡Vamos al Palacio del Pirata! -exclamó Amy bailando de alegría y levantando el vuelo de su vestido rosa-. Lo ha dicho Ben.

-¿De verdad? -dijo Ellie mirándolo sorprendida.

-Eh... ¿Qué es el Palacio del Pirata?

-Es el mini-golf que hay enfrente del supermercado.

-¿Mini-golf? -repitió intentando disimular su horror.

Ellie asintió.

-¿Algún problema?

Claro que había un problema. Los hombres de verdad no jugaban al mini-golf. Pero ya había dicho que sí a Amy, así que no podía echarse atrás.

-No, ningún problema.

-¿Has jugado alguna vez al mini-golf, Ben? -preguntó Ellie.

-Lo suficiente para defenderme.

Nunca había puesto un pie en una pista de mini-golf, pero no podía ser tan difícil. Si podía entender complicadas estrategias militares, aquello no iba a ser ningún problema.

-¿Y tú?

-Nunca -contestó Ellie.

Gracias a Dios. Así ella no se daría cuenta de si hacía algo mal.

-Y Amy tampoco...

Mejor. No le habría gustado tener que recibir lecciones de una niña

de cinco años.

-Pero lleva queriendo ir desde que vio el lugar y el castillo que tiene.

-Apuesto a que no es tan grande como el del conde Malón. ¿Nos vamos ya?

Amy los agarró a los dos de las manos y tiró de ellos.

-Claro que sí.

Diez minutos más tarde, Ben miraba a su alrededor los decorados extravagantes y cursis del Palacio del Pirata con expresión incrédula. El lugar había sido construido en la ladera de una colina y tenía dragones, un barco pirata, molinos de viento y fuentes repartidos por muchas hectáreas de césped artificial.

-¿El castillo del conde Malón se parece a éste? -preguntó Amy señalando una imitación de castillo con muchas torres pintadas en colores chillones que ocupaba el lugar de honor del lugar.

-Espero que no -murmuró Ben entre dientes.

-¿No te gustan el negro y el morado? -preguntó Ellie burlona-. A una amiga mía le encantan.

-¿Cyn?

-¿Cómo sabes su nombre?

-Creo que coincidí con ella en el videoclub el otro día.

-¿Y qué te dijo?

-No mucho.

Ellie no se lo creyó.

-Eso no es propio de Cyn. Ella siempre tiene algo que decir. ¿Por qué no me lo dices?

-Me dijo que necesitas mejorar tu swing -dijo Ben poniéndose muy cerca, detrás de ella—. Intenta agarrar el palo así.

Él la rodeó con sus brazos. Se había remangado las mangas de la camisa azul dejando al descubierto sus poderosos antebrazos. Ellie podía sentir en la espalda el calor de su pecho. Él tomó sus manos en las suyas y sus dedos se entrelazaron con los de ella.

Al balancear las caderas para practicar el swing, los glúteos de ella se pegaron a su cuerpo. Ellie perdió la concentración y, cuando se separó de él para intentar golpear la bola sola, el palo se le cayó al suelo. Hasta Amy estaba jugando mejor que ella.

Pero Ellie tenía que hacer frente a una enorme distracción: un marine tremendamente sexy llamado Ben. Incluso sin el uniforme, aquel hombre tenía una presencia de seguridad en sí mismo que resultaba tan impresionante como sus ojos.

-Eh, vamos a intentarlo otra vez.

Ben volvió a acercarse a ella y de nuevo Ellie se sintió invadida de

tentaciones.

-Recuerda: apunta, balancea las caderas y golpea. Pero esta vez no sueltes el palo.

Ben no sabía si aquélla era la terminología adecuada del golf, pero le daba la impresión de que lo estaba haciendo muy bien. Y la posibilidad de volver a tener a Ellie en sus brazos era un premio en sí mismo.

Tenía la cabeza de ella justo debajo de la barbilla. Podía oler su champú y sentir que el tejido vaquero que cubría sus caderas se apretaba contra su cuerpo era suficiente para hacerlo enloquecer.

-Ya lo he pillado -dijo ella-. Puedes soltarme.

Ben la soltó a regañadientes, con una enorme sensación de pérdida.

-¡Mírame, mírame! -chilló Amy.

-Ten cuidado -dijo Ellie-. No levantes tanto el palo, que le vas a dar a alguien.

Al principio Amy parecía creer que el palo de golf era igual que un bate de béisbol. Ben tuvo que hacerle comprender que la bola tenía que permanecer en el suelo y que el palo servía para hacerla avanzar por él.

Ellie volvió a quedar sorprendida de lo bueno que era Ben con la niña. Se moría de ganas de preguntarle si tenía sobrinos, pero no quería parecer demasiado chismosa.

-¡Buen tiro, Amy! -felicitó Ben pasándole la mano por el pelo a Amy-. Choca esos cinco, princesa. ¡Muy bien!

Amy esbozó una enorme sonrisa.

-Ahora vamos a ver si puedes meter la bola en la boca del dragón.

-¿Hay algún dragón que quiera asustar a Rosalinda? -preguntó la niña.

-Ya lo veremos cuando continúe el cuento esta noche. ¿Tú quieres que haya alguno?

-Sólo si su mamá y el caballero Blanco pueden salvarla muy rápido. Nunca me cuentas nada de la mamá de Rosalinda. ¿Dónde está?

-Eh... está lejos, de viaje de negocios.

-¡Oh! Mi mamá nunca se va lejos. Sólo cuando se va a trabajar, y entonces me quedo con Frenchie. Incluso cuando voy al hospital a veces, mi mamá siempre está conmigo. Y entonces no tengo miedo. Las mamas son muy buenas en eso. Te hacen sentir mejor.

-Sí, mi mamá también me hace sentir mejor.

-Eres demasiado viejo para tener mamá.

Ben y Ellie se echaron a reír.

-Puede que las mamas sean buenas haciéndote sentir mejor -le dijo Ellie a Ben-, pero los niños son muy buenos poniendo a cada uno en su sitio. ¿No tienes hijos?

-No. Nunca he estado casado, pero quiero casarme y tenerlos.

-Se te dan bien los niños. ¿Tienes sobrinos?

-Sólo uno de mis hermanos está casado, Striker. Lleva un año casado y aún no tienen niños.

Por fin se sentía a gusto preguntándole por su vida privada.

-¿Vienes de una familia numerosa?

-Tengo cuatro hermanos. Todos marines.

-Tiene que ser bonito crecer en una familia con muchos hermanos. Johnny y yo sólo nos teníamos el uno al otro.

Se mordió los labios para contener la emoción. Le ocurría a veces. Como cuando sonaba el teléfono y por un momento creía que sería su hermano. O miraba el buzón y esperaba sin darse cuenta alguna carta suya. Y entonces se daba cuenta de la realidad. Nunca más recibiría llamadas ni cartas de él.

Por eso la mayor parte del tiempo prefería fingir que él estaba en alguna misión en el extranjero. Era consciente de que vivía en estado de negación, pero era lo único que la ayudaba a sobrellevarlo.

Había hecho lo mismo de pequeña, cuando ella y Johnny fingían que su estancia en la casa de acogida era algo temporal hasta que su madre volviera a por ellos. Sabían que eso nunca ocurriría, pero a veces ignorar la realidad hacía la vida más fácil.

Aunque uno nunca podía huir de sus emociones. Y normalmente a ella la atrapaban por la noche. Entonces sentía pánico al darse cuenta de que estaba sola en el mundo con la responsabilidad de cuidar de Amy.

Ellie hubiera querido que creciera en un hogar estable, con un padre y una madre que la quisieran y que se quisieran. Por eso había permanecido junto a Perry, y había hecho cosas que había lamentado después, como abandonar sus estudios. Porque lo amaba y creía en el sueño de una vida juntos.

-Sí, las familias numerosas son especialmente interesantes cuando sólo hay un cuarto de baño -dijo Ben-. Mi padre tuvo que idear un horario. Tuvimos que aprender a ducharnos al estilo de los marines a edad muy temprana.

-¿Y cómo es eso?

-Rápida y eficazmente.

Amy le tiró de la mano.

-Te toca a ti meter la bola en la boca del dragón.

Al mirar a su hija, Ellie se dijo a sí misma que enamorarse de Ben

sería lo mismo que meter la cabeza en la boca del dragón. Una enorme imprudencia.

-¿Entonces, ¿qué os parece? -preguntó Ellie a sus amigas del trabajo al día siguiente.

Estaban sentadas alrededor de una mesa rellenando las botellas de ketchup. La Taberna de Al abría en quince minutos.

-¿Estoy comportándome como una tonta?

-¿Que si estás siendo tonta por sentirte atraída por ese marine tan guapo? -indagó Cyn.

-Yo no he dicho que me sintiera atraída por él.

-¿Y quién no se sentiría atraída por un ejemplar como ése?

-Lo que quiero decir es, ¿estoy haciendo bien permitiendo que Amy se encariñe con él? Se pone tan contenta cuando viene que se le ilumina la cara. No estaba tan feliz desde que su padre se fue. Quizás debería haber hecho más para que su padre mantuviera el contacto y la visitara.

-¿Cómo ibas a hacer eso si ni siquiera sabes dónde está?

-Su madre tiene que saberlo, aunque diga que no. Estoy segura de que le envía dinero a donde esté.

-Si ella tiene dinero para darle, ¿por qué no te ayuda económicamente con Amy?

-Porque me culpa de que Perry se marchara. Para ella su hijo es incapaz de hacer algo mal. Pero al menos llama a Amy de vez en cuando. Y contribuye a que reciba buenos regalos para su cumpleaños y para Navidad.

-¡Vaya mérito! Esa mujer te pone verde siempre que tiene ocasión. ¿Crees que no la he oído? Vino al videoclub a alquilar una película y le oí contarle a otra mujer lo malísima que era su cuñada.

-¿Qué alquiló? -preguntó Latesha.

-La última de Van Damm. Parece que le gustan las violentas.

Ellie se echó a reír.

-¿Qué? ¿Te encuentras mejor? -dijo Latesha.

-Claro. Me encanta enterarme de que mi ex suegra va por ahí hablando mal de mí a mis espaldas.

-¿Te sentirías mejor si te dijera que no le dejé llevarse la película, porque me inventé que tenía muchas películas pendientes de pago?

-A ver si te vas a meter en un lío.

-Vinnie es mi primo. Tu ex suegra le cae tan mal como a mí. Siempre le dice que tiene mucho polvo en las estantería y no es verdad, que debería usar desinfectante para las carátulas de las películas, y cuando alquila alguna la limpia con una toallita húmeda antes de llevársela. Le encanta quejarse.

-Volviendo a Amy, ¿creéis que hago bien permitiendo que Ben pase tanto tiempo con nosotras?

-Tú misma has dicho que no veías a la niña tan contenta desde hace años. ¿Y tú?

-¿Yo qué?

-Que qué te parece a ti, Ellie -se explicó Cyn-. ¿Estás tú contenta de pasar tanto tiempo con Ben?

-No hay nada entre nosotros. Ya le dije cuando me besó que...

-¿Te ha besado y no nos lo has contado? -gritó Cyn dándole una palmadita en el hombro a Ellie-. ¿Cuándo ha sido? ¿Cuándo andabas pegadita a él ayer en el mini-golf?

Ellie puso cara de desconcierto.

-¿Qué creías? ¿Que no nos íbamos a enterar? Pero si ese mini-golf es de otro primo mío.

-Ben sólo me estaba enseñando a jugar.

-Sí, claro. Seguro que estaba enseñándote a jugar.

Ellie le tiró una servilleta, pero Cyn la esquivó hábilmente.

-¿Entonces dónde y cuándo tuvo lugar ese beso?

-Olvida lo del dónde y cómo -intervino Latesha-. Dinos primero cómo fue. ¿Besa bien?

-Mírala -dijo Cyn-. Lleva escrita la respuesta en la cara.

Ellie sabía que no podía ganar; sus escandalosas amigas no iban a concederle un momento de paz hasta que contestara esa pregunta.

-Sí. Besa muy bien.

-Me alegra que pienses así -dijo él a sus espaldas.

Capítulo 5

ELLIE no podía creer su mala suerte. ¡Qué momento tan poco oportuno para que apareciera Ben! No supo ponerse a la defensiva, fue directamente al ataque.

-Deberías avisar de tu presencia en vez de acercarte a escondidas.

-¿Por qué iba a hacerlo, si de esta manera me entero de cosas muy interesantes?

-Es una cuestión de educación. Se supone que los marines tienen educación, ¿no, Earl?

El barman se había acercado a ellos después de llevar una caja de botellas del almacén.

-A mí no me metáis en líos.

Earl miró a Ben como queriendo decir: «Lo siento, amigo, pero tendrás que defenderte tú solo». Latesha le dio un beso en la mejilla como recompensa.

-No soy ningún niño al que se le gane con un besito. La próxima vez que me beses, que sea en serio.

Earl se fue dando grandes zancadas y Latesha se marchó en dirección contraria.

-Mira lo que has conseguido -dijo Ellie, mirando enfadada a Ben. Sí, tú. Si no hubieras aparecido de esa manera, Earl y Latesha no se habrían peleado.

-¡Eso no ha sido ninguna pelea! -exclamó él, quejándose.

-Tú. Fuera -dijo Ellie tirándole de una manga-. Quiero hablar contigo. Ahora mismo.

-Parece que ahora te vas a enterar de lo que es una pelea, Ben -dijo Cyn.

Ben se dejó arrastrar hasta la calle. Él también quería hablar con ella, porque Ellie había hecho todo lo posible para evitarlo en los días anteriores.

Había olvidado lo sexy que se ponía cuando se indignaba. Llevaba una camiseta rosa de tirantes con la habitual minifalda vaquera. Su piel blanquísima se había sonrosado y sus maravillosos ojos castaños brillaban como ascuas de rabia. Ellie era una mujer apasionada. Lo sabía por la forma en que besaba.

Y al sorprenderla contándole a sus amigas que él besaba muy bien, Ben había engordado diez kilos.

-¿Estás orgulloso? -preguntó ella por fin.

Él no sabía muy bien qué contestar. Además, prefería mirarla antes que hablar. Aunque en realidad, lo que prefería era besarla.

-Me prometiste que no ibas a causar ningún problema -comenzó a decir Ellie, pero titubeó al darse cuenta de que Ben sólo la miraba a

los labios, como si se sintiera fascinado por ellos-. ¿Tengo algo en la cara?

-No -dijo él-. Tienes una cara perfecta.

-Entonces, ¿por qué me miras con esa cara tan rara?

-Define rara.

Hacer eso habría significado fijarse demasiado en él, y no quería, porque era tan atractivo que le resultaba difícil mantener la calma. Ya debería haberse acostumbrado. Llevaba unos vaqueros y una camiseta que ya le había visto. Nada especial. Simplemente estaba muy guapo. Más que guapo. Sentía un hormigueo sólo de mirarlo.

«No le sigas el juego. Intenta provocarte. Si has podido parir y sacar adelante a una hija, también podrás con este marine».

Pero deseaba a aquel marine. Deseaba pasar las manos por su pecho, sentir los latidos de su corazón en las yemas de sus dedos. Deseaba besarlo, vivir la experiencia sensual de unir su lengua con la de él, sentir su cuerpo hundiéndose en el de ella. ¡Oh, Dios mío!

Debían de ser las hormonas. Acababa de pasar la regla, quizá fuera ésa la causa por la que le asaltaban aquellos pensamientos clasificados X.

-Define rara -repitió Ben acercándose-. Dime cómo te estaba mirando.

Ben sabía buscarle las vueltas. ¿Acaso esperaba que ella se rindiera y cayera en sus brazos?

-Óyeme, amigo. Estos juegos de seducción no te van a funcionar conmigo -Ellie golpeó el torso de Ben con el dedo índice repetidamente sin darse cuenta del efecto que ese contacto físico causaba en él-. ¿Y sabes por qué?

-Me muero de ganas de saberlo.

Lo dijo como si se muriera de ganas de besarla, y Ellie se preguntó cómo era capaz de lanzar un mensaje así sin decirlo.

-Porque no me gustan los juegos.

-El otro día jugaste al mini-golf. Y el otro día me diste una paliza jugando a la Oca.

Maldita sea, estaba volviendo a utilizar esa voz tan seductora, capaz de fundir el acero.

Ella intentaba ser fuerte, agarrarse a la rabia que sentía a pesar de que ésta se estaba desvaneciendo por momentos.

-Entonces no seas así.

-¿Cómo soy? -si pensaba que se iba a escapar de la situación con sus encantos, estaba equivocado-. ¿Quieres que te pida perdón?

-Sólo si lo dices en serio.

-Nunca nadie ha dudado de mi sinceridad tanto como tú.

-Soy desconfiada.

-Ya lo veo -dijo él recogiendo un mechón de pelo que le caía sobre la cara y colocándoselo detrás de la oreja-. Por eso estoy esforzándome todo lo que puedo para ganarme tu confianza.

Ellie se acercó. Él no la tocaba, pero su presencia la atraía como un imán, tentándola para dar ella el primer paso, para rendirse a las emociones y deseos que recorrían su cuerpo. Era como si una cuerda invisible los atara, uniendo sus corazones.

Lo miró. Era fácil adivinar sus pensamientos. La deseaba. El fuego que veía refulgir en sus ojos se lo confirmaba. Estaba tan cerca de él, que podía observar lo oscuras que eran sus pestañas con todo detalle. ¿Cómo no había reparado en ellas antes?

Se pasó la lengua por los labios, que se le habían resecado de repente. Su corazón se detuvo y la mente se le quedó en blanco. Estaba totalmente sumida en Ben, se sentía consumir por el olor a jabón masculino, por sentir su aliento en la piel. Sólo los separaban unos pocos centímetros. En ese momento, el petardeo de un coche la sobresaltó y rompió el mágico momento que había empezado a tejerse entre los dos.

-Yo... tengo que volver al trabajo -dijo ella dándose la vuelta.

-Espera.

Él le puso la mano en el hombro desnudo, reavivando así la llama que la consumía.

-Creo que tenemos que hablar.

-Aquí no -dijo ella negando con la cabeza.

-¿Y entonces cuándo?

-Trabajo hasta medianoche.

-Entonces mañana. ¿Libras?

-Sí, pero voy a estar ocupada todo el día. Tengo que limpiar el apartamento.

-Te veo allí.

Antes de que ella pudiera protestar, Ben ya se había ido. Tampoco habría conseguido nada, porque Ben tenía todo el aspecto de ser un hombre que sabía lo que quería, y que no iba a dejar a nadie interponerse en su camino.

Ellie estaba pasando la aspiradora por el suelo al ritmo de una canción de Madonna y casi no oyó el timbre de la puerta.

Cuando abrió, Ben estaba allí con una bolsa llena de productos de limpieza.

-He venido a ayudarte.

-Gracias por tu ofrecimiento, pero...

-No era ningún ofrecimiento, era una afirmación.

Ella intentó dejar en evidencia su farol.

-De acuerdo, muy bien. Entra. Puedes hacer la cocina.

Seguro que un machito como él no aceptaría de buen grado esa tarea. Pero él la aceptó sin titubear. Y no se limitó a pasar un trapo sin ganas por la encimera y los fuegos, sino que limpió minuciosamente hasta el último rincón, incluso cambiando botes y electrodomésticos de sitio.

Cuando terminó de quitar el polvo del salón, Ellie se dio cuenta de las miradas encendidas que Ben le lanzaba. Ella llevaba unos viejos vaqueros cortos y una camiseta desgastada de propaganda de Los Crepés de la Abuela. No era un modelo demasiado sexy, aunque los pantalones deshilachados eran bastante cortos. Especialmente si se agachaba. Intentaría no tener que hacerlo.

-Bonita camiseta -dijo él.

Ellie lo miró para asegurarse de que no le estaba tomando el pelo. Parecía sincero. O quizás sólo buscara algo de conversación. No podía culparlo por ello.

-Es del lugar donde trabajaba antes.

-Menudo cambio. De Los Crepés de la Abuela a La Taberna de Al.

-He sobrevivido a cosas peores. La abuela Baxter, que era la que regentaba el negocio, cerró después de cuarenta años. El negocio estaba en declive, y tuvo que vender. No le gustó que el único lugar donde pude encontrar trabajo fuera La Taberna de Al.

-¿Dónde está Amy? -preguntó Ben, mientras limpiaba el frigorífico por fuera, incluyendo la parte de arriba.

-Está en casa de una amiga. Es mejor que no esté aquí mientras limpio, porque ella no puede respirar con todo este polvo por el aire. Es muy malo para su asma.

-Tengo entendido que el asma puede tratarse.

-Se puede, si se tiene el médico adecuado y un equipo médico de apoyo trabajando juntos y no en tu contra. Y además hay que encontrar el tratamiento adecuado para cada persona. Amy tiene un inhalador y sabe usarlo. Yo me aseguro que, vaya a donde vaya,

ya sea a casa de Frenchie o a casa de una amiguita, tengan la información necesaria, además de mi número de teléfono y el del médico de Amy.

-He estado leyendo sobre el asma en Internet -dijo Ben.

-¿Has estado leyendo sobre el asma?

-¿Por qué te sorprende?

-A Perry nunca le interesó nada de la enfermedad.

La expresión de Ben se oscureció.

-¿Cuántas veces tengo que decirte que no tengo nada que ver con

esa escoria de ex tuyo?

-No fue siempre escoria.

Tenía que dejar eso claro. Si no, habría parecido una estúpida por casarse con él.

-No me puedo creer que lo estés defendiendo, sabiendo cómo ha tratado a Amy.

-Nunca nos maltrató ni a Amy ni a mí. Y puede ser encantador cuando quiere.

-Cuando quiere algo, quieres decir.

-Hubo veces en las que fue muy bueno con Amy, cuando era un bebé. Quizá yo tendría que haber hecho algo más para darle seguridad en su papel de padre.

Ahí estaba el sentimiento de culpa de Ellie. Quizás no habría sido una buena esposa...

-¿Como por ejemplo qué? ¿Por qué piensas eso? Él desapareció sin dar explicaciones.

-No lo sé. Es que cuando veo la atención con que Amy escucha todo lo que dices...

-Es cierto -dijo Ben con una sonrisa-. Es increíble.

-... me hace darme cuenta de lo mucho que se está perdiendo creciendo sin padre, sin tener una influencia masculina en su vida. Antes tenía a mi hermano, pero ya no está.

-John hablaba de ti todo el tiempo. Siempre presumía de lo lista que era su hermana y lo linda que era su sobrina.

-Y yo siempre presumía de mi hermano, el marine. Aún no puedo creer que se haya ido -dijo Ellie con voz temblorosa.

-Lo sé -contestó Ben tomando en su mano la barbilla de Ellie-. Es muy duro.

Ella asintió con la cabeza. Hablar de su hermano mostraba su vulnerabilidad más de lo que deseaba. Tenía que cambiar de tema. Abrió la nevera y agradeció el golpe de aire frío en la cara.

-¿Te apetece beber algo?

No se dio cuenta de que Ben estaba justo detrás de ella, agarrando una lata de refresco que estaba encima de la nevera, hasta que sintió el calor de su cuerpo contra el de ella. No pudo decir nada hasta que fue demasiado tarde.

Nada más tirar de la pestaña de la lata, un chorro de refresco empapó la camisa de Ben. Ella tuvo el tiempo justo para dar un salto y evitar que le salpicara a ella también.

-Normalmente prefiero beberme los refrescos, no ducharme con ellos -dijo Ben con seriedad.

Colocó la lata llena de espuma en la pila y se quitó la camiseta

-Lo siento -dijo ella aplicándole en el pecho una toalla de papel para secarlo, rozando con sus dedos aquel torso musculoso-. Pensaba advertirte de que Amy estuvo jugando con esa lata cuando volvimos del supermercado esta mañana. Por eso no la puse en la nevera con las otras.

-No pasa nada.

Pero sí pasaba. Ellie sintió algo que habría preferido no sentir al tocarlo.

Y sin embargo, no era capaz de apartarse de él. Sus manos seguían apoyadas en la cálida piel de Ben, con los dedos extendidos. Podía sentir los latidos de su corazón en las manos.

Levantó la vista para mirarlo a los ojos. A tan poca distancia, podía apreciar los destellos verdosos de sus ojos y la fina cicatriz que le cortaba la mandíbula.

-¿Cómo te hiciste esto? -preguntó ella recorriéndole la piel con los dedos, palpando la seductora aspereza de su barba incipiente, que apenas se veía, pero que daba un aspecto algo peligroso a su aspecto.

-Me caí cuando tenía dieciséis años. Me golpeé contra el borde de una mesa y me tuvieron que dar veinte puntos.

-Tuvo que ser una caída tremenda.

-Es una mala costumbre que tengo -dijo él tomando un mechón del cabello de Ellie y acariciándolo-. No me caigo muchas veces, pero cuando me caigo, me caigo en serio.

Se le daba muy bien decir cosas con posibles dobles sentidos.

-¿Entonces tienes más cicatrices?

-No de las que se ven.

Sí, eso Ellie lo entendía muy bien. Ella también tenía de ese tipo de cicatrices. Heridas que se curaban pero que nunca desaparecían. Su mirada se detuvo en el tatuaje que Ben llevaba en el antebrazo derecho, un bulldog.

-¿Te dolió mucho cuando te lo hicieron?

Ben negó con la cabeza.

Ellie lo miró a los ojos y reparó en el gesto de tristeza que había nublado su rostro.

-¿Qué te pasa?

-Nada -dijo apartándose de su lado-. Estoy bien. Ellie se dio cuenta de que no era verdad, pero no tenía ni idea de qué podía hacer para que se abriera a ella. Había veces en las que era consciente de una profunda tristeza en sus ojos que no parecía propia de una naturaleza tan vitalista como la de Ben. ¿Qué o quién le había hecho tanto daño como para que tuviera que hacer esfuerzos para ocultar su dolor? ¿Tendría algo que ver con su hermano o era por alguna otra razón?

Pero lo que debía hacer en ese momento era centrarse en lo que estaba ocurriendo en su cocina. Ben estaba medio desnudo en ella.

-Tengo que hacer la colada, así que puedes dejar tu camiseta en aquel cesto.

-¿Qué hace Rabú en la cesta de la ropa sucia? -preguntó Ben sacando de allí el peluche favorito de Amy.

-Rabú se lava todas las semanas.

-Por eso está tan desgastado.

-Lavándolo en agua caliente mato a los ácaros que pueden provocarle una crisis de asma. Por eso tengo el apartamento tan limpio y despejado. Por eso no tengo juguetes por los estantes, ni cuadros en las paredes, ni cortinas. Y por eso tengo ese caro filtro de aire siempre encendido.

-Eso es mucho trabajo. ¿Adónde vas con toda la colada?

-A la lavandería de la esquina.

Ben insistió en que fueran en su coche. La ayudó a llevar una segunda cesta, la puso en el asiento de atrás y le sostuvo la puerta a Ellie para que entrara. Para él era importante hacer esas cosas: ayudarla a ponerse la chaqueta, ofrecerle la silla en el restaurante, esperar a que ella se sentara antes de hacerlo él...

Para evitar quedarse mirándolo, Ellie fijó la vista en su propio coche, aparcado con aspecto abandonado allí cerca.

-Chiqui está empezando a pensar que no te gusta nada.

Bajó la ventanilla del coche. Era un precioso día de primavera. El sol brillaba y la enredadera empezaba a florecer en la verja que rodeaba el aparcamiento de coches.

Y la primavera era la época del polen, lo que significaba que Ellie tendría que mantener las puertas y ventanas de su casa y de su coche siempre cerradas por Amy. Habían tenido suerte de haber podido ir a jugar al mini-golf aquel día. Aquella semana los niveles de polen habían estado muy bajos.

-¿Quién es Chiqui?

-Mi coche.

-¿Le has puesto nombre a tu coche?

-¿No se lo pone todo el mundo?

-No, y menos cuando tiene un aspecto tan malo como el tuyo.

-Es que no he tenido tiempo de cambiarle el aceite y hacerle una puesta a punto.

-¿Dónde has aprendido a hacer eso?

-Me enseñó mi hermano. Decía que era la peor estudiante que había tenido porque nunca podía acordarme de las piezas y sus nombres, pero me las apaño, aunque llame a cada pieza «cosita»,

«chisme» o «como se llame».

-Lo que demuestra que lo llames como lo llames...

-Un carburador sigue siendo un carburador.

Sonrieron. A Ellie le sorprendió estar tan a gusto a su lado, bromear, hablar, relajarse... Lo que no era fácil para ella, pues él seguía sin camiseta.

Tenía un estómago plano como el de los personajes de portada de las novelas románticas que tanto gustaban a Cyn. Y unos abdominales bonitos. Pero su musculatura no era en absoluto exagerada.

Llegaron a la lavandería y Ben cargó las pesadas cestas sin dejarle tiempo a ella para hacer nada. Y aún así, todavía fue capaz de abrirle la puerta.

-¡Así usted no puede entrar aquí! -exclamó ofendido el señor Drysdale, el dueño de la lavandería señalando a un cartel que había en la pared: «Prohibida la entrada sin camisa».

-Acaba de derramarse algo en la camiseta -trató de explicar Ellie-. íbamos a lavarla...

-Las reglas son las reglas -insistió el señor Drysdale-. Hay una gasolinera aquí al lado que vende camisetas.

Ellie iba a protestar, pero una mano sobre su brazo la detuvo.

-Ahora mismo vuelvo.

Y así fue. Al poco rato, regresó con una camiseta negra con un logotipo que decía: «Los pilotos de fórmula uno lo hacen más rápido».

-Se refiere a la colada -bromeó él al ver el interés de Ellie por la camiseta.

Ben puso la ropa de cama en dos lavadoras y utilizó otras dos para el resto de la ropa. Observó atentamente cómo ella ponía un detergente perfumado en cada una. Le fascinaba la forma en la que se mordía el labio inferior mientras medía la cantidad con el tapón. Le daban ganas de besarla allí mismo.

Y ese deseo no se le pasó en la media hora siguiente, mientras miraba su camiseta dar vueltas en la secadora junto con la ropa de ella; un camisón de seda rosa se pegaba provocativamente una y otra vez a su camiseta para separarse a continuación.

Perfecto. Ahora sí que estaba perdido. Si tenía fantasías en las que la lencería de ella coqueteaba con su camiseta, estaba mal de la cabeza. Sintió alivio al oír el zumbido que avisaba que el programa había terminado.

Pero aquello fue a más cuando empezó a ayudar a Ellie a doblar las sábanas. Aparentemente, una actividad nada sexy. Pero todo lo relacionado con Ellie le provocaba reacciones impredecibles.

El material de algodón aún estaba caliente de la secadora cuando

ella se acercó a él para juntar las dos esquinas opuestas de la sábana. Ben sólo podía pensar en el aroma de limón de su champú, en el tacto de sus dedos con los suyos, en hacer el amor con ella, desnuda en aquellas sábanas. Casi podía imaginarse aquellos cabellos negros cubriendo la piel blanquísima de sus pechos, aquel cuerpo acurrucado bajo el suyo...

Se le cayó la sábana.

Ellie agarró la tela antes de que tocara el suelo. Cuando le había pedido que la ayudara a doblar la sábana, nunca se le habría ocurrido que algo tan inocente pudiera provocar pensamientos tan sugerentes. Al verlo doblar la tela de flores, había empezado a imaginar cómo sería tenerlo en la cama, con los brazos detrás de la cabeza mirándola esperándola. Lo imaginaba con la sábana a la altura de sus caderas, por debajo del ombligo...

Apretó las sábanas y se las llevó al pecho. El corazón le latía con violencia.

-Lo siento -dijo Ben con voz ronca-. ¿Lo intentamos de nuevo?

Sus dedos se entrelazaron con los de ella mientras se esforzaba por volver a encontrar las dos esquinas. Sus dedos rozaron accidentalmente sus pechos y ella le lanzó una mirada sobresaltada.

¿Era pasión lo que Ellie advertía en esos ojos castaños? Se lamió los labios, un gesto típico suyo cuando estaba nerviosa. Él acercó su rostro al de ella. Sólo los separaba unos milímetros...

-¿Tenéis algún problema? -gritó el señor Drysdale desde el otro lado de la tienda.

-No, ninguno -mintió Ellie dando un respingo. Como sí tener fantasías eróticas con Ben no fuera un problema. Especialmente en medio de la lavandería, que no era precisamente el lugar más romántico del pueblo, con aquella luz fluorescentes parpadeantes y el constante olor a lejía.

Si era capaz de excitarse y acalorarse así con Ben sólo por doblar una sábana con él, no quería ni imaginar cómo sería hacer el amor con él. Bueno, en realidad sí quería pensar en ello; de hecho, últimamente lo hacía mucho.

Su primera reacción había sido echarse atrás, alejarse de su radio de influencia. Pero Amy lo adoraba y Ellie no quería con su debilidad hacerle daño a su hija.

Así que hizo una bola con la sábana arrugada y la echó a la cesta de la ropa. Cuando llegaron a la casa, Ellie había recuperado el control de sus emociones.

-Amy me está diciendo todo el tiempo que quiere saber cómo continúa la historia de Rosalinda. Estaba muy contrariada por haberse

quedado dormida después de cenar el día del mini-golf sin oír el final.

-Ya tengo preparada la historia de un dragón llamado Fogatón -Ellie se echó a reír-. ¿Te parece un nombre gracioso? Pues tiene muy mal genio, aunque por dentro es muy tierno.

-Me recuerda a alguien que yo conozco.

-¿Yo? ¡Yo no tengo mal genio! Y tú...

-¿Y yo qué? -peguntó ella con una mirada desafiante que parecía advertirle de que pisaba terreno resbaladizo.

-Y tú estás muy guapa hoy.

-Buenos reflejos.

-Lo digo en serio. Nunca digo cosas que no pienso.

Lo dijo con tal contundencia que a Ellie no le quedó duda que no bromeaba, de que no estaba simplemente coqueteando, sino de que estaba constatando un hecho.

-Lo tendré en cuenta. Y mientras tanto, estaba pensando que a lo mejor te apetecía quedarte a cenar. Amy volverá enseguida, y así puedes contarle lo de Fogatón.

-Me parece muy buena idea.

Ben la ayudó a preparar la cena: pastel de carne, puré de patatas y calabacines.

Cuando Amy estuvo lista para irse a la cama, Ben fue al dormitorio con ellas y se sentó al borde de la cama.

-¿Dónde estábamos?

-Rosalinda no estaba prisionera -dijo Amy con impaciencia.

-¡ Ah sí! Ya me acuerdo...

-¿Te has olvidado porque eres viejo? Mi abuela se olvida de las cosas porque es vieja.

Ben y Ellie se miraron con tristeza.

-No, no me olvidé porque sea viejo. Sólo bromeaba fingiendo no acordarme. Y ahora volvamos con lo de Rosalinda. Nuestro héroe el caballero Blanco encontró la mazmorra vacía. Se ocultó en las sombras y escuchó a unos guardianes hablando sobre cómo habían trasladado a Rosalinda el día anterior.

-¿Adónde?

-Al castillo del conde Peorquemalo.

Ellie intentó ahogar una carcajada.

-Estás haciendo ruidos, mamá -le reprochó Amy, muy seria.

-Lo siento -dijo Ellie intentando mostrar seriedad-. Continúa, Ben.

-Pues bien, al castillo de Peorquemalo lo llamaban Todofoso, porque estaba rodeado de un foso enorme que hacía imposible atacarlo. Y el castillo lo guardaba un dragón, llamado Fogatón. El caballero Blanco recordó que se rumoreaba que había un fantasma en

el castillo Todofoso y eso le dio una idea. Pero lo primero era el dragón.

Ben se detuvo un momento.

-Sigue -dijo Amy acurrucándose en la almohada y abrazando a su recién lavado Rabú.

-El caballero Blanco se aseguró que todos sus hombres tuvieran sus armaduras de combate preparadas para la batalla, incluidos los cascos. Mientras tanto, en el castillo Todofoso, Rosalinda estaba utilizando los utensilios de su costurero para quitarle una espina de la pata al dragón. Así que los dos se hicieron amigos. Incluso le puso un apodo cariñoso. Lo llamaba Llamitas en vez de Fogatón.

Ellie se volvió a reír y Amy volvió a lanzarle una mirada recriminatoria.

-Al dragón le caía muy bien Rosalinda, porque era capaz de mirar en su interior y darse cuenta de que debajo de su aspecto fiero y su boca lanzallamas, era un buen tipo. Y aunque a ella le resultaba difícil, cuanto más tiempo pasaban juntos, más confiaba en él.

-¿Y qué pasa con el caballero Blanco? -preguntó Amy bostezando.

-Estaba muy ocupado planeando el rescate de Rosalinda. Te lo cuento la próxima vez.

-Puedes darnos a mí y a Rabú un beso de buenas noches.

Amy estiró los brazos para ofrecerle su peluche y luego se incorporó para darle un fuerte abrazo y le dio un beso en la mejilla.

Al verlo, a Ellie se le encogió el corazón. Cuando Ben se fue, arropó a Amy, le entregó su recién lavada manta de gatitos y le dio un beso. Tuvo que parpadear para evitar que las lágrimas rodaran por sus mejillas.

-Hasta mañana, cariño.

Apagó la luz y, dejando la puerta entreabierta, regresó al salón con Ben.

Él estaba muy serio y ella intentó bromear.

-Has hecho de Fogatón todo un héroe.

Ben no sonrió.

-Hiciste bien en rechazar mi ayuda. No debería haberte ofrecido dinero tan torpemente.

Ellie no se esperaba que él volviera a sacar el tema.

-Me alegro de que estés de acuerdo.

-No se trata de que esté de acuerdo. Lo que quiero decir es que debería haberte pedido que te casaras conmigo.

Capítulo 6

-¿CÓMO? Lo que acababa de oír no podía ser cierto.

-He dicho que debería haberte pedido que te casaras conmigo.

-De ninguna manera. Es un disparate.

-¿Por qué no? Si estuviéramos casados, podría ayudarte más con Amy, para asegurarme que no os falte de nada.

-Ya te lo he dicho. No soy Rosalinda. No necesito que ningún caballero venga a rescatarme.

-¿Qué tiene de malo ser rescatada?

-Significa que dependes totalmente de otra persona para estar bien.

-Así que es una cuestión de confianza.

-Mira, sé que tus intenciones son buenas. Y sé que eras un buen amigo de mi hermano...

Ben no estaba seguro de haber sido tan buen amigo.

-... pero te conozco desde hace muy poco.

-Eso tiene solución. Si nos casamos, podré cuidar de las dos. Estaréis protegidas. Nunca más os tendríais que preocupar por el dinero.

-Mi única preocupación sería estar casada.

-¿Y por qué sería eso una preocupación? -preguntó Ben.

-Se nota que nunca has estado casado.

-No soy como tu ex marido, yo no huyo de las responsabilidades.

-Nosotras no somos responsabilidad tuya, ¿no te das cuenta?

Pero lo eran. Su amigo moribundo le había pedido que cuidara de Ellie y aquélla era la forma perfecta de conseguirlo.

-Mira, ya sé que le prometiste a mi hermano que cuidarías de nosotras, pero estoy segura de que no se refería a que te casaras conmigo.

-Nunca lo sabremos.

-Lo que sí sé es que no quiero casarme. Ya he estado casada y no funcionó.

-Mucha gente fracasa con su primer matrimonio, y eso no les impide volver a casarse -dijo Ben en el tono que usan los hombres cuando hablan con una mujer a la que consideran poco razonable.

-Yo no soy gente. Yo soy yo.

-Y yo soy yo, no el sinvergüenza de tu ex. Yo no voy a hacerte daño como él.

-Ni siquiera te conozco.

-¿Qué es lo que quieres saber? Me gustas, te gusto, me gusta Amy y yo le gusto a ella. Eso es lo único que hay que saber.

-Eso no tiene importancia.

-La mayoría de la gente que está a punto de casarse cree que lo es -

afirmó Ben.

-Nosotros no estamos a punto de casarnos.

-¿Quiere eso decir que quieres un noviazgo más largo?

-Quiero decir que no me pienso casar contigo. ¿Qué ganas tú casándote conmigo?

-Estás dando a entender que yo no puedo hacer algo sólo por generosidad, sino que debo de tener alguna razón oculta para ello.

-¿La tienes?

-No.

Ben sintió que estaba mintiendo. Sí que tenía un motivo oculto: el sentimiento de culpa lo empujaba a querer mejorar las vidas de Ellie y Amy. Ella no sabía la razón, y él quería que fuera así. Aquel peso en su conciencia era sólo suyo.

-Tú no quieres casarte conmigo.

-Pues acabo de decirte lo contrario

-Mira, lo sé todo sobre el código de honor de los marines, y sé que haces todo esto por la memoria de mi hermano. Pero no creo que eso fuera lo que él pretendía. De verdad. La gente debería casarse por amor.

-¿Y tú? -a Ellie se le paró el corazón. ¿Estaba intentando decirle que la quería?-. ¿Tú no quieres casarte con alguien a quien ames?

-El amor no me sirvió de nada la primera vez.

-A eso me refiero. Esta vez hay algo más entre nosotros. Un objetivo común.

-¿Cuál?

-Darle a Amy una vida mejor.

-¿Estás insinuando que mi hija ha tenido una mala vida hasta ahora?

-Sólo quería decir que, trabajando juntos los dos, podemos hacer más por Amy que tú sola.

-Prefiero trabajar sola.

-No entiendo por qué tienes que ser siempre tan testaruda.

-Porque si no lo fuera, me pisotearías como un tanque. Y ya he tenido bastante en esta vida. No me gusta que vengas aquí con ínfulas de líder, diciéndome cómo vivir mi vida. Ya he intentado explicarte cómo me siento, pero no me escuchas.

-Eres tú la que no escucha. Estás tan traumatizada por lo que te ha ocurrido que estás dispuesta a arriesgar tu futuro antes que afrontar la situación de una forma lógica y racional.

-Yo no soy la que está siendo irracional, sino tú. ¡Acabas de pedirle que se case contigo a una persona a la que apenas conoces! ¿Puede haber algo más irracional?

-Sí: rechazar ayuda cuando te la ofrecen, sin ver más allá de tus narices.

Ese último comentario le recordó peligrosamente a su ex marido y Ellie se enfureció.

-Perdóname por tener mi opinión y decirla. Sé que está fatal no obedecer órdenes. Pero es que yo no soy así. Así que creo que será mejor que te vayas -dijo ella.

-Claro, tú toma la salida fácil en vez de pensar las cosas.

-Tú no quieres hablar, quieres convencerme. Mejor dicho, quieres obligarme a hacer lo que tú quieres, y eso no va a pasar. Así que vete. Y llévate esto.

Le tiró su camiseta. Él la agarró justo antes de que le diera en la cara.

-Perfecto. Nos vendrá bien un tiempo separados. Quizá te haga entrar en razón.

Ellie sintió ganas de cerrarle la puerta de un portazo, pero no quería despertar a su hija. ¿En qué estaba pensando aquel hombre? Ella no estaba buscando marido. El anterior ni siquiera había aparecido para las vistas del divorcio.

No. Otro marido no iba a solucionar sus problemas, sino a empeorarlos.

-Me he enterado de que tú y Mister Tío Bueno estuvisteis juntos en la lavandería anoche -se apresuró a insinuar Cyn según entró por la puerta de La Taberna de Al-. Y de que él estaba semidesnudo.

-Eso no fue así.

-¿No estaba sin camiseta?

-Bueno, sí...

-Porque tú misma se la arrancaste de su sexy cuerpo.

-No. Habíamos estado haciendo la colada.

-¡Madre mía! ¡Un apuesto marine que encima lava! Estoy enamorada.

-Muy bien, pues entonces cásate tú con él.

-¿Casarme? Un momento... ¿Te pidió que te casaras con él?

-¿Qué? -preguntó Latesha uniéndose a ellas-. ¿De qué estáis hablando?

-Mister Tío Bueno le ha pedido a Ellie que se case con él.

-¡Anda ya! Me enteré de que te lo llevaste casi desnudo a la lavandería, pero no podía imaginar que hubiera campanas de boda.

-Porque no las hay -dijo Ellie con seriedad-. Lo rechacé.

-¿Qué? -peguntó Latesha con los ojos muy abiertos-. ¿Estás loca?

-Loca habría estado si le hubiera dicho que sí. Ben se siente responsable de mí, porque le prometió a mi hermano que cuidaría de

mí. Por eso me lo pidió.

-Si no hay nada entre vosotros, ¿qué hacía contigo medio desnudo en la lavandería?

-Se le derramó un refresco encima y me ofrecí a lavarle la camiseta.

-¡Anda ya! Un tío bueno que te ayuda con la colada. ¿Por qué no te lo quedas, chica?

-Porque apenas lo conozco.

-Pensaba que Earl ya lo conocía bien y te dijo que era un buen tío.

-Me tiene lástima. Por eso me lo pidió.

-¿Te atreves a decirme que no hay nada de química entre vosotros?

Ellie se ruborizó.

-¡Aja! -sonrió Cyn triunfante-. Lo sabía.

-La química no lo es todo.

-Puede que no, pero para mí es muy importante.

La llegada de su jefe las interrumpió.

-¿No tenéis nada mejor que hacer, chicas? -preguntó JayJay-. Moved el trasero, los clientes esperan.

Latesha y Cyn se apresuraron a obedecer, pero JayJay se interpuso en el camino de Ellie, impidiéndole unirse a ellas.

-Tú no. A mi oficina. Quiero hablar contigo.

-¿Qué pasa con los clientes que esperan? Sólo había dos personas en el local, pero Ellie no tenía ganas de hablar a solas con su jefe. Arrastraba las palabras, por lo que se dio cuenta de que había empezado ya a beber. Y eso que apenas eran las dos de la tarde.

-Si quieres mantener este trabajo, será mejor que no utilices esa lengua tan afilada tuya, a no ser que sea para besarme.

Ellie siguió a JayJay a regañadientes a su pequeño despacho. Estaba muy desordenado. Los papeles se apilaban en su escritorio y las paredes estaban cubiertas de calendarios con fotos de mujeres de pechos enormes. JayJay fumaba mucho, así que una bruma azulada llenaba la habitación. Eso, mezclado con el olor a aftershave barato y cebollas estuvo a punto de revolverle el estómago a Ellie.

Pero lo que realmente la ponía enferma era su mirada lasciva. Hasta ese momento había conseguido mantener las distancias con él, pero algo le decía que los tiempos de evitar sus manazas habían terminado.

-Siéntate.

-Estoy bien -dijo ella.

-He dicho que te sientes -insistió él con aspereza.

Ellie se sentó y él lo hizo en la esquina de su escritorio, de manera que la silla de Ellie quedó justo entre las piernas abiertas de él.

-Desde que empezaste a trabajar aquí, siempre te has comportado como si estuvieras por encima de los demás.

-Siento mucho haberle dado esa impresión -dijo ella con toda cortesía.

-Creo que no me muestras el respeto que se le debe a un jefe. Una mujer como tú, abandonada por su marido, con una niñata delicada a la que criar, debería estar más agradecida de que se le permita trabajar aquí.

JayJay tomó entre sus dedos un mechón de pelo de ella.

Ellie trató de controlar un escalofrío de repulsión y se apartó de él todo lo que pudo.

-Sí que lo agradezco.

-Pues que se note -dijo tomándole la barbilla-. Muéstrame tu agradecimiento. Eres una mujer guapa. Tienes muchas virtudes...

JayJay acercó la mano al pecho de Ellie, pero ella lo apartó y se levantó de un salto.

-Esto no es un comportamiento apropiado, señor Lange.

-¿Lo dices porque estoy casado? No te preocupes. Mi mujercita no se enterará. Ojos que no ven...

-Lo digo porque es usted mi jefe. Esto se llama acoso sexual y es un delito.

-¿Crees que me preocupa? Mi hermano es el jefe de policía. Si yo le digo que te insinuaste, será a mí a quien creerá. Así que no uses ese tono tan estirado conmigo. Estoy harto de tus aires de superioridad. Tienes dos opciones: puedes corregirte y ser más amable con JayJay o puedes ponerte a buscar otro trabajo.

Mientras decía esto, JayJay la había agarrado entre sus brazos. Ellie trató desesperadamente de escaparse de aquellas manos y de aquella boca maloliente. Él la agarraba con tal fuerza que estaba segura de tener moratones.

-¡Suéltame!

-Me gustan las mujeres con carácter -susurró babeando junto a su mejilla.

La agarró por el cuello y ella instintivamente, recordando un curso de autodefensa gratuito que había hecho en la biblioteca, le retorció los dedos de la mano, levantó la rodilla y le golpeó en su zona más vulnerable. Acto seguido le pisó un pie con toda su fuerza.

Sus gritos fueron tales que Earl irrumpió en el despacho para ver qué pasaba.

-¿Qué está pasando? ¿Estás bien? -preguntó el barman mirando A Ellie.

-¿Por qué la miras a ella? -gritó JayJay-. Esa zorra acaba de

atacarme. Creo que me ha roto un dedo.

Llama a la policía, voy a presentar una denuncia por asalto.

-No creo que quieras eso -afirmó Earl-. ¿Que pensará la gente si se entera de que te ha pegado una chica?

-Tienes razón. No presentaré cargos. Pero estás despedida -añadió mirando a Ellie con ojos llenos de rabia-. Agarra tus cosas y desaparece de mi local inmediatamente.

-Pero jefe...

Earl iba a protestar, pero Ellie lo detuvo poniéndole una mano en el hombro. De ninguna manera podía seguir trabajando en aquel sitio después de lo ocurrido. Tenía que encontrar otro trabajo.

Era una mujer fuerte. Se las arreglaría.

-Lo siento, pero no necesitamos más gente por el momento.

Ellie había oído eso con más o menos las mismas palabras toda la tarde. Había visitado todos los restaurantes de la ciudad. La sección de empleo del periódico local tampoco era prometedora. Para todo se requería una experiencia o unos estudios que ella no tenía.

Pasó a recoger a Amy a casa de Frenchie un poco antes de lo habitual.

-¿Va todo bien, ma chére? -preguntó Frenchie, algo preocupada.

Ellie esperó a que Amy estuviera entretenida guardando sus juguetes antes de contestar.

-Tuve un encontronazo con JayJay en el trabajo. Me ha despedido.

Frenchie dejó escapar algunas palabrotas en francés y en español.

-¿Qué vas a hacer ahora?

-Encontrar otro trabajo.

Pero eso era más fácil de decir que de hacer. Para empeorar las cosas, Amy estaba disgustada porque Ben no había ido.

-¿Por qué no puede contarme el cuento esta noche? -preguntó haciendo pucheros.

-Porque esta noche está muy ocupado.

-¿Vendrá mañana a contármelo?

-Creo que no -dijo Ellie dando unas palmaditas en el colchón-. Vamos, te leeré Cenicienta.

-No quiero Cenicienta. Quiero el cuento de Rosalinda y Fogatón.

-¿Qué tal si te hago un dibujo de Rosalinda y Fogatón?

-Quiero que venga Ben.

Ellie finalmente consiguió calmarla, pero le costó mucho tiempo y energía. Y en los dos días siguientes, las cosas no mejoraron. Ellie hizo un cuaderno con los dibujos que había hecho de los personajes de Ben, pero, a los ojos de Amy, no era lo mismo.

Las cosas empeoraron todavía más cuando Chiqui, el Toyota,

murió entre estertores. Se quedó sin batería. Ellie no tenía suficiente dinero en el banco para comprar una nueva y su tarjeta de crédito estaba agotada. Se sentía exhausta por todas las preocupaciones y la falta de sueño, pero no podía descansar. Tenía que conseguir un trabajo rápidamente. Había tocado a todas las puertas durante la semana y nada. Si no encontraba algo pronto, tendría que solicitar el subsidio de desempleo.

Para colmo, Amy se levantó acatarrada aquella mañana. Había pasado toda la mañana somnolienta y de mal humor. Ellie no estaba segura de si era por el catarro o porque echaba de menos a Ben.

En mitad de la noche, cuando Ellie oyó aquel sonido, ni siquiera sabía dónde estaba. El dolor de cuello y el olor a tinta le recordó que se había quedado dormida en la cocina, sobre la página de ofertas de empleo del periódico.

Volvió a oír el sonido. Una tos sorda que aterrorizaba a los padres de los niños con asma.

Ellie corrió al cuarto de Amy. La congestión nasal de la niña había empeorado hasta convertirse en un ataque de asma. Al ver que ninguno de los remedios normales funcionaba, Ellie llamó a urgencias. Veinte minutos más tarde, estaba en la sala de urgencias del hospital rellenando los formularios, tratando de contener un ataque de pánico. Desde que no tenía trabajo, tampoco tenía seguro médico. La niña estaba en buenas manos, pero su situación era preocupante. El viaje en ambulancia había sido muy duro. Ellie tuvo que ser fuerte por Amy, ocultar sus temores ante su asustada hijita.

No había nada peor que ver a su propia hija sufrir sin poder hacer nada.

Ellie había tocado fondo. Tuvo que explicar que no tenía seguro y que no tenía medios para pagar la atención que Amy estaba recibiendo. Sin trabajo, sin coche y sin nada, le costaba ver la luz al final del túnel.

Cuando fue siendo consciente de la seriedad de la situación, estuvo a punto de venirse abajo. Llevaba días durmiendo mal por culpa de las preocupaciones. Una vez de niña, recibió un golpe muy fuerte con un bate de béisbol. Así era como se sentía en esos momentos: mareada, como si la sangre estuviera abandonando su cuerpo...

-¿Se encuentra bien, señora? -preguntó la enfermera, preocupada-. ¿No se irá a desmayar?

Ellie sintió entre brumas cómo un brazo fuerte la rodeaba y la recostaba en un fuerte pecho masculino.

-Yo te sujeto.

La profunda voz de Ben resonaba en sus oídos.

-Todo va a salir bien.

-¿Có... cómo supiste que estábamos aquí?

-Frenchie me llamó. Vio la ambulancia. Yo le había dado mi número de móvil para casos de emergencia.

Ellie sabía lo que tenía que hacer. Había ocasiones, y ésa era una de ella, en las que rendirse no significaba perder. A veces, era la única forma de sobrevivir.

-Si tu oferta de matrimonio sigue en pie, mi respuesta es sí.

Capítulo 7

-¿ESTÁS segura? -dijo Ben, rodeándole la nuca con su enorme mano. Ellie asintió con la cabeza.

-No lo lamentarás. Te lo prometo.

Ben la abrazó para darle seguridad. Ellie no podía hablar. La emoción la embargaba.

Sí, era una mujer dura e independiente. Pero no era ningún delito tener a alguien que la ayudara.

Cerró los ojos unos segundos intentando recuperar las fuerzas y, al hacerlo, oyó vagamente a Ben informándole a la enfermera de que él se hacía responsable de los costes. Después, la acompañó gentilmente a una esquina tranquila de la sala de espera.

Ellie se puso en pie de un salto cuando el doctor regresó poco después.

-Amy está mejor -dijo-. Pueden verla ya.

Sólo habían sido unos minutos sin tener a su pequeña en brazos, pero a Ellie se le antojaron una eternidad.

-Ve tú. Yo te espero aquí.

-¿Es usted Ben? -preguntó el médico-. Si lo es, creo que a Amy le vendría muy bien verlo. Estaba intentando decir su nombre.

-¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Ben mientras el doctor los conducía por un laberinto de pasillos desde urgencias a una sala de consulta.

-El ataque de asma lo ha provocado la congestión del catarro. El asma afecta a las vías respiratorias, éstas están rodeadas por unos músculos y, cuando Amy tiene un ataque de asma, éstos se contraen. Son músculos sobre los que no tenemos control, por eso no sirve de nada pedirle al cliente que se relaje o que se calme. Sólo la medicación hace que se detengan los espasmos y que se vuelvan a abrir las vías respiratorias.

Ben miró a la chiquilla, tan pequeña y tan frágil en la cama del hospital, y lo tranquilizó pensar que Ellie y Amy nunca volverían a estar solas. A partir de entonces él las cuidaría. Pasara lo que pasara.

Porque aquella mujer y su hija habían calado en su alma y se habían convertido en parte de él.

-¡Eh, hermano mayor! ¿Te acuerdas del favor que me debes?

Habían pasado unos días desde que Ellie aceptara convertirse en su esposa, y había llegado el momento de contárselo a su familia.

-No -contestó Striker al otro lado del teléfono móvil.

-Me voy a casar.

-¿Cómo has dicho? Debe de haber alguna interferencia porque, ¡qué gracia!, habría jurado que has dicho que te ibas a casar.

-Exacto. Eso es lo que he dicho.

Striker tenía la habilidad de mantener la calma en casi cualquier situación, y ésa era una de las cosas que más le habían servido durante su servicio en los marines.

-¿Se lo has dicho a mamá y a papá?

-Se me había ocurrido que se lo podías contar tú.

-Mala idea.

-¡Vamos! A ti se te da mejor hablar, y además los astros parecen estar siempre de tu parte. No muchos pueden presumir de haber estado besando a su futura esposa en un sótano mientras que un tornado pasaba por encima de vuestras cabezas.

-Puede que yo sea mejor con las palabras, pero a ti siempre te ha gustado demasiado ser el patrón de los desamparados. Siempre trayéndote a casa perritos abandonados. ¿Se trata de eso? ¿Por eso te casas con esa mujer? ¿Te lo has pensado bien?

-Hice una promesa, Striker. No puedo echarme atrás.

-Ahora eres un marine con dinero, Ben. Muchas mujeres estarían encantadas de aprovecharse de esa circunstancia.

-Ellie no es así. Ella no quería casarse al principio. Tuve que convencerla. Le prometí a mi amigo John que cuidaría de ella. Se lo debo.

-Así que todo se debe a tu sentimiento de culpa. Ésa no es una buena base sobre la que fundar un matrimonio.

-¿Sólo llevas casado un año y ya te crees un experto?

-No hace falta ser un experto para ver que te estás buscando problemas al pedirle a alguien que no quieres y que no te quiere que se case contigo.

El silencio de Ben fue muy significativo.

-¿Hay algo más que quieras contarme? ¿Te has enamorado de esa mujer?

-Deja de llamarla esa mujer. Se llama Ellie.

-¿Te has enamorado de Ellie?

-Eso no sería muy inteligente.

-¿Por qué?

Ben quería a su hermano, pero no podía confiar en él. Striker no sabía que el sentimiento de culpa lo estaba comiendo por dentro. No se lo podía decir a nadie. Le dirían que era normal, que era el típico sentimiento de culpa del superviviente. Pero él sabía que no era así. Revivía todos los día aquel momento en sus pesadillas.

-Por nada. Sólo llamaba para pedirte que le dieras la noticia a mamá y a papá. Van a hacer preguntas que yo no quiero contestar.

-¿Cuándo os casáis?

-Lo vamos a hacer más o menos en secreto.
-Eso ya lo veremos -dijo Striker con una carcajada.
Su madre fue mucho más directa.
-¡De ninguna manera!
-Mamá, queremos una boda tranquila.
-Pues que lo sea, pero de ninguna manera pienso perderme la boda de mi hijo.
Ben reconoció la firmeza en la voz de su madre, muy alejada de su suave tono habitual. A otros podía engañarlos con sus dulces maneras, pero bajo esa apariencia había una mujer de gran fiereza. Angela King Kozlowski tenía que ser fuerte para poder haber sido la esposa de un marine y criar a cinco hijos. Ben y sus hermanos habrían hecho cualquier cosa por ella.
-Estaremos en Carolina del Norte en dos días -dijo Angela-. Tu padre se muere de ganas de estrenar su caravana. Y ahora cuéntame algo de Ellie. Estoy impaciente por conocer a la muchacha que le ha robado el corazón a mi hijo. ¿Te quiere tanto como te mereces?
Ben no sabía qué contestar. No quería que sus padres supieran que era un matrimonio de conveniencia ni que pensaran que Ellie se casaba con él por interés.
-Ellie es maravillosa -dijo por fin-. Es fuerte y firme como tú. Pero también tiene un buen corazón. Es muy buena madre. Amy tiene cinco años y tiene asma, pero es una chiquilla estupenda.
-Parece que las dos te han conquistado.
Ben tenía la sensación de que su madre tenía razón.
Ellie no estaba segura de cuándo había perdido las riendas de sus planes de boda. Ella y Ben tenían intención de casarse en el juzgado, algo rápido y sin celebraciones. Pero Cyn había pasado por su casa aquella mañana a verla, y cuando se lo contó se escandalizó.
-¿En el juzgado del condado? ¡De ninguna manera! Tengo un primo lejano que tiene una capilla para bodas. Está a una hora al norte de aquí. Sería perfecta.
-No queremos nada de lujos, y queremos hacerlo este fin de semana.
Cyn llamó al primo y en pocos minutos todo estaba arreglado.
-Hubo una cancelación para este sábado, así que ya está.
Latesha se unió a ellas y las dos mujeres empezaron a hacer planes de boda entusiasmadas.
-Así que está decidido: Latesha y yo, como damas de honor, iremos vestidas de color violeta. Y Amy llevará las flores. La capilla pone la música y las flores.
-La boda es pasado mañana. ¿Qué vamos a hacer con el vestido de

novia?

-No necesito vestido de novia. Puedo llevar un traje beige que tengo...

-De ninguna manera -dijo Cyn horrorizada-. No pegaría nada con nuestros vestidos de damas de honor.

Latesha y yo los compramos el año pasado en unos saldos. Te dije que les sacaríamos partido -añadió mirando a Latesha.

-Tengo la solución -dijo Frenchie, que había llegado hacía poco rato-. Tengo un vestido que sería perfecto. Lo compré en París hace muchos años. Ahora vuelvo.

Al poco regresó con una bolsa.

-Pruébatelo -dijo abriendo la cremallera.

-No, no puedo.

-Tienes que hacerlo -dijo Frenchie empujando suavemente a Ellie hacia el dormitorio.

El vestido le quedaba perfectamente. Era de satén de color marfil, ajustado en los lugares adecuados. El escote era cuadrado y elegante y por detrás era muy abierto.

Las mujeres llamaron a la puerta.

-Pasad.

Latesha, Cyn y Frenchie entraron a trompicones en la habitación.

-¡Oh, es perfecto!

Cyn sacó un joyero de una bolsa de plástico.

-Tengo justo lo que necesitas.

Escogió un collar de amatistas y se lo puso a Ellie.

-Va con pendientes a juego. Aquí los tienes.

-Pareces una princesa medieval. Muy bien, Frenchie -Cyn y Latesha chocaron los cinco con Frenchie.

-Parece que Cenicienta está lista para su boda el sábado.

-Un abrazo de grupo -propuso Latesha.

-No arrugues el vestido -advirtió Cyn mientras las cuatro se unían para abrazarse.

Ellie parpadeó para evitar que las lágrimas inundaran sus ojos.

-¿Os he dicho alguna vez lo agradecida que estoy por tener amigas tan increíbles como vosotras?

Se separaron y todas necesitaron pañuelos de papel para secarse las lágrimas.

-Ya basta de llorar -dijo Cyn-. ¿Cuándo viene la familia de Ben?

-Se supone que llegan mañana por la tarde. Cenaremos todos juntos en el asador.

-¿Cómo son sus padres?

-Ben dice que son muy agradables

-¿Tiene hermanos? -preguntó Cyn.

-Muchos.

-Supongo que estarán todos casados.

-Sólo uno está casado. Los otros tres son solteros. Y todos marines.

Cyn sonrió y se frotó las manos.

-Pero no sé cuántos van a venir a la boda -explicó Ellie—. Es posible que no puedan escaparse para ese día. Sé que Striker viene, pero es el casado. Ben cree que Rad vendrá, pero no está seguro sobre los gemelos

-¿Has oído, Latesha? ¡Gemelos! Uno para mí, y otro para ti.

-Yo ya he encontrado un buen hombre -anunció Latesha.

Cyn enarcó las cejas.

-¿Quién? ¿Desde cuándo?

-Desde hace pocos días. Earl.

-Muy interesante. Ahora hablamos de lo vuestro -añadió volviendo su atención a Ellie-. ¿Sabes que lo de los gemelos es hereditario?

Eso podría haber ocurrido en un matrimonio normal, pero Ben y Ellie ya habían dejado claro que la suya sería una unión de conveniencia. La conversación había tenido lugar en una sala de espera vacía, poco después de que ella hubiera aceptado la proposición.

-Puedes estar tranquila, esto sólo es un matrimonio de nombre -había dicho él-. No es necesario que durmamos en la misma cama al principio.

¿Qué significaba eso? ¿Que más adelante sí iban a compartir cama?

-No quiero que te preocupes por eso. ¿Lo entiendes?

Ella había dicho que sí. Pero aún recordaba lo calientes que estaban sus manos al contacto de sus dedos helados. Su presencia imponía seguridad.

Pero no podía enamorarse de él. Había química entre ellos, pero no podía perder el control de la situación. Tenía que permanecer alerta para proteger su corazón. Una cosa era confiar en él para que cuidara de ella y de su hija y otra muy distinta era confiarle sus más íntimos secretos, emociones y temores.

Bastante miedo le daba ya sentir que se estaba aprovechando de la generosidad de Ben. No iba a complicarlo todo más enamorándose.

Aquello no tenía sentido. Ése era el problema. Se sentía muy confusa.

Sintió que las voces de sus emocionadas amigas se amortiguaban hasta parecer un sonido lejano. Ellie se tuvo que repetir a sí misma que lo que iba a hacer estaba bien.

-No quiero llevar un vestido -dijo Amy cruzándose de brazos y poniéndose seria como sólo un niño de cinco años sabía hacerlo-. Quiero llevar mi disfraz de princesa.

Amy se había recuperado bien de su ataque de asma, pero Ellie seguía observando atentamente su respiración.

-Estoy muy guapa con mi disfraz de princesa, ¿a que sí, Ben?

Amy se acercó a Ben y se apoyó sobre él mientras levantaba la vista para mirarlo a la cara.

-Claro que sí, princesa Amy. Estás preciosa.

Ellie estaba demasiado nerviosa para seguir insistiendo y, además, se les hacía tarde.

Ben la había advertido de que sus padres creían que era un matrimonio por amor. Y ésa era una de las razones por las que estaba tan alterada. Cuando conoció a la madre de Perry, ésta la acusó de robarle a su hijo. Perry se limitó a reír y a decir que le encantaba que sus mujeres favoritas se pelearan por él. El resto de la velada fue aún peor.

Para tener más seguridad en sí misma, se había puesto su único vestido bueno, un sobrio modelo de color granate. Se había arreglado el pelo con rizador y se había sujetado los bucles con un pasador que Frenchie le había regalado la Navidad pasada.

-Mamá está muy guapa, ¿verdad, Ben?

-Está fabulosa.

La mirada ardiente de Ben era la prueba de que no mentía. Pero lo único que le preocupaba en ésos momentos eran los padres de él, y si se darían cuenta de que su ropa no era nueva y estaba algo pasada de moda.

Ben estaba fantástico. Llevaba una chaqueta deportiva, con camisa azul y pantalones de color caqui. Por primera vez parecía un marine con dinero.

Cada vez estaba más nerviosa, así que cuando por fin llegaron al asador, Ellie tuvo la tentación de darse la vuelta y volver a su casa.

-Mami, me estás estrujando la mano.

-Lo siento, cielo.

Ben rodeó a Ellie por el hombro con su brazo.

-Relájate. Les vas a caer muy bien.

No pudo decir nada más, porque los padres los estaban esperando en la puerta. La madre tenía el pelo corto y castaño y unos vivaces ojos verdes. El padre tenía el pelo aún más corto que Ben y una amable sonrisa.

Ellie les tendió la mano.

-Encantada de conocerlos, señor y señora Kozlowski.

-Llámame Angela -dijo la madre apretándole la mano con delicadeza-. O mamá, como prefieras. Ben ya me ha dicho que tus padres murieron cuando eras pequeña. Tuvo que ser muy difícil para ti. Y siento mucho lo de tu hermano.

Angela le dio un abrazo. Un abrazo de verdad, no uno de cortesía. Ellie tuvo que parpadear para detener un aluvión de lágrimas.

-Pero ahora tienes una nueva familia. Ya sé que nada puede sustituir lo que has perdido, pero espero que nos abras un hueco en tu corazón. ¿Y quién es esta preciosa princesita?

-Soy la princesa Amy y el año que viene empiezo la escuela. Me he dejado el casco en casa -añadió como disculpándose.

-Ben ha sido quien le ha hablado de cascos. Le ha estado contando cuentos para dormir.

-¿Sobre marines en combate? -preguntó Angela perpleja.

-No -dijo Amy poniéndose de puntillas, disfrutando de ser el centro de atención-. Sobre Rosalinda y el caballero Blanco.

-Y sobre Fogatón el dragón y un duque llamado Peorquemalo -añadió Ben.

El padre de Ben se echó a reír y le dio una cariñosa palmada en la espalda a su hijo.

Ellie no tenía mucha experiencia en padres. No había conocido al suyo y el de Perry había fallecido cuando él era un adolescente, pero Stan Kozlowski hizo todo lo posible para que se sintiera cómoda. No era un hombre de muchas palabras, pero lo que decía, lo decía en serio. También tenía un sentido del humor seco, parecido al de Ben.

La cena se desarrolló con normalidad. Ellie se sintió a gusto todo el tiempo hasta que Angela la acompañó para ir al baño. En ese momento se le ocurrió pensar que quizás Angela hubiera estado fingiendo su amabilidad delante de los otros, y que aprovecharía la ocasión para arrinconarla y decirle lo que pensaba.

Ellie fue capaz de mantener la compostura mientras se retocaba el pintalabios. Angela puso su bolso en la encimera de los lavabos y se retocó también los labios.

-Confío plenamente en el buen juicio de mi hijo, porque es muy bueno calando a las personas, pero tengo que confesarte que estaba un poco nerviosa acerca de ti. Pero ahora que te conozco me siento mucho mejor. Me has causado muy buena impresión.

-¿De verdad?

-Pareces sorprendida.

Y lo estaba. Ellie estaba acostumbrada a que la gente se hiciera ideas equivocadas sobre ella.

-¿Qué te ha contado Ben de mí? -le preguntó. ¿Habría mentido

sobre ella? Por eso quizás le había caído bien. ¿Por eso no la acusaba de ser una buscafortunas, de casarse con Ben por su dinero?

-Me ha dicho que eres maravillosa, que eres fuerte y firme pero de gran corazón. Que tienes una vena testaruda e independiente. Que eres una gran madre. Y que le recordabas a mí.

-No sé qué decir...

-No tienes que decir nada. Sólo tienes que cuidar de Ben. Es tan bueno con los demás que a veces se nos olvida que él también necesita amor. Tú eres madre, tú sabes lo que una se preocupa por sus hijos.

Ellie asintió.

-Pues eso no cambia cuando se hacen mayores. Pero no puedo decírselo a ellos. Se creen que son invencibles. Son marines, es parte de su trabajo.

-Lo sé.

Las dos mujeres se sonrieron en el espejo.

-Sí, creo que vas a ser muy feliz con Ben -dijo Angela.

-Tu hijo es un hombre muy especial.

Angela sonrió con orgullo y le dio un rápido abrazo a Ellie.

-Será mejor que volvamos antes de que mi hijo y mi marido vistan de camuflaje a esa hija tuya tan adorable para que tenga algo a juego con el casco.

-¿No es esto más divertido que una cena de ensayo? -preguntó Cyn-. La boda va a ser muy sencilla, con lo que hemos ensayado en el apartamento es suficiente.

-Me preocupa más lo que vayáis a hacer esta noche -comentó Ellie desde el asiento de atrás-. ¿Por qué me habéis puesto una venda en los ojos? ¿Por qué no queréis decirme a dónde vamos? Me estoy mareando.

-Ya casi llegamos -dijo Latesha frenando el coche-. Pero no te quites la venda todavía.

-¿No estaremos en el Boys que hay junto a la carretera interestatal? -preguntó Ellie por enésima vez.

-Por supuesto que no.

La ayudaron a salir del coche.

-¿Dónde estamos? -repitió Ellie.

-En un sitio donde podemos pasarlo muy bien.

-Cuidado con donde pones el pie. ¡Uy! Se me había olvidado que no puedes ver nada.

Cyn a un lado y Latesha al otro la guiaron hasta el interior del local.

-Ya te puedes quietar la venda.

-¡Ta-chán!

Los ojos de Ellie tardaron un par de segundos en adaptarse a la luz. Sólo entonces se dio cuenta de que un foco de luz apuntaba a un tipo casi desnudo que daba vueltas por el escenario al ritmo de Do Ya Think I'm Sexy de Rod Stewart.

-¡Me dijisteis que no íbamos a un Boys! -¡Mentimos! -exclamaron las dos al unísono. -¡Sentaos, no me dejáis ver! -chilló una señora de mediana edad detrás de ellas.

-¡Es la señora Aronson, la farmacéutica! -dijo Ellie consternada.

-Vamos -dijo Cyn agarrando del brazo a Ellie-, Frenchie y Angela nos están guardando un sitio.

-¿Angela? No es posible...

-Sí. Tu futura suegra es toda una señora. Has tenido mucha suerte, amiga.

Ellie sintió deseos de esconderse bajo las sillas, pero cualquiera sabía lo que podía haber en el suelo de un lugar así. Sus amigas la empujaron hasta los asientos de primera fila, donde un grupo de mujeres se disputaba el honor de meter billetes en el tanga del stripper.

-Lo siento. Lo siento -repetía Ellie una y otra vez a la gente que empujaban.

-¡Aquí estáis! Os habéis perdido mucho -dijo Frenchie.

-Creía que te ibas a quedar con Amy esta noche.

-De eso se encargan Ben y su padre.

-Yo creía que había una despedida de soltero para Ben -dijo Ellie.

-Sólo lo dijimos para que tú accedieras a tener una despedida de soltera.

-Ben es demasiado inteligente para meterse en una despedida de soltero -dijo Angela-, pero si a sus hermanos se le ocurriera cualquier locura, Amy será su coartada.

-Siento mucho que te hayas visto obligada a esto...

Angela le dio unas palmaditas en la mano.

-Nadie me ha obligado. Ya sabía en lo que me metía. Pero no se lo digas a mi marido. Es posible que no lo entendiera.

Ellie no sabía qué decir ni dónde mirar, pero cuando el nivel de decibelios de la sala fue subiendo con los gritos de las mujeres, se dio cuenta de que un tío bueno vestido de policía se había subido al escenario y miraba a la multitud con fingida seriedad, como advirtiéndoles de que debían poner fin a aquel alboroto.

Dos segundos después se había quitado la camisa y los pantalones de un solo tirón.

-¡Sí! -chilló Cyn-. Me encantan los hombres sin uniforme.

Capítulo 8

ALA MAÑANA siguiente, a Ellie le pareció que la habitación temblaba, y por unos momentos se preguntó si no estarían sufriendo un terremoto. Cuando por fin consiguió abrir los ojos, lo primero que vio fue la carita radiante de su hija.

-Despierta, despierta, mami. Que nos casamos hoy.

Ellie miró la radio despertador de su mesilla Apenas eran las seis de la mañana. Dejó escapar un gruñido e intentó taparse la cabeza con la sábana. Gracias a las locas de sus amigas, Ellie había vuelto a casa pasadas las dos de la mañana.

-Vamos, mamá, date prisa -dijo Amy tirándole de la sábana.

Al olor del café, Ellie se incorporó y abrazó a la niña.

-¿Quién es este torbellino que hay en mi cama?

-No soy un torbellino, soy la princesa Amy.

Incapaz de resistirse ni un momento más, siguió el olor del café hasta la cocina, y allí se encontró con una flamante cafetera nueva con el café listo y humeante. Había una nota:

Me imaginaba que Amy se levantaría al amanecer y que tú ibas a necesitar una gran taza de café para sobrevivir la mañana. Programé la cafetera para las seis.

Que lo disfrutes,

Tu futuro marido.

PD La cafetera es mi regalo de bodas para ti.

Ellie se sirvió con ansiedad un tazón y le añadió leche y azúcar. Mientras le ponía un cuenco con sus cereales favoritos a Amy, se dio cuenta que tenía muchas cosas por las que estar agradecida. Su hija estaba respondiendo muy bien al tratamiento.

Y Ben. ¿Cómo no iba a estarle agradecida? Era difícil no enamorarse de un hombre capaz de programarle la cafetera la misma mañana de su boda.

Pero aquel matrimonio se basaba en cosas prácticas, no en el romanticismo. Pero como los padres de él no lo sabían, Ellie había tenido que fingir ser una novia radiante normal, henchida de amor por su prometido. Cada vez se le hacía más difícil tener presente que la inminente boda no era del todo real. Tenía que mantener fría la cabeza, ser realista.

Cyn, Latesha y Frenchie aparecieron en su puerta a las ocho de la mañana. El tiempo volaba cuando se tenían tantas cosas que hacer, maquillaje, manicura...

-Creo que deberíamos ponerte unas uñas acrílicas oradas -dijo Cyn.

-Yo creo que deberías usar estos postizos tan bonitos -dijo Frenchie sacando del bolso una cajita.

-Yo creo que un esmalte normal es suficiente.

Cyn levantó la mano de Ellie para verla mejor, como si fuera la prueba de un delito.

-Pero a tus uñas les falta glamour.

-A mí me parece que están bien así.

Ellie quería llevar el pelo suelto, pero Latesha la convenció de que se recogiera algunos mechones. Ellie se miró en el espejo de cuerpo entero que Frenchie había traído de su apartamento y estuvo de acuerdo con ella.

El collar de amatistas con sus pendientes a juego y el vestido de satén de color marfil le quedaron perfectos.

-Estás preciosa, ma chére. Todas estáis muy guapas -añadió mirando a Cyn y Latesha, que llevaban sus vestidos violetas a juego.

-¿Y yo qué? -preguntó Amy, tirándole a Frenchie del vestido.

-Tú eres la más guapa de todas -dijo Frenchie.

Amy sonrió. Estaba adorable con un vestido lila que habían comprado a toda prisa el día anterior en el centro comercial.

-Muy bien -dijo Frenchie dando una palmada-, que todo el mundo se quite los vestidos y se ponga la ropa de viaje. Y cuidado con no estropear ni el peinado ni el maquillaje.

Los padres de Ben pasaron a recoger a Ellie y a Amy a las diez. Las tres amigas los siguieron en el coche de Latesha. Ben y sus hermanos los esperaban en la capilla.

O al menos, así estaba planeado. Ellie sabía que los marines daban mucha importancia a los planes.

-Nos hemos perdido -dijo Ben mirando a su hermano mayor, furioso-. No me lo puedo creer. Nos has perdido aquí en medio de ninguna parte.

-Cálmate -dijo Striker.

-¿Que me calme? ¡Voy a llegar tarde a mi boda!

-¿Desde cuándo eres tan histérico?

-¿Y tú desde cuándo eres tan idiota?

-¡Eh! Que no fue idea mía tomar ese atajo.

-¡Sí que fue idea tuya! -exclamó Ben.

-Eh... es posible que tengas razón -sonrió Striker. -Déjate de bromitas. Tenemos que llegar a la capilla.

-Y llegaremos. En cuanto encontremos un lugar en este carretera de mala muerte donde se pueda dar la vuelta.

-Será mejor que lo encontremos en menos de cinco minutos. O tendremos que darle la vuelta a este coche nosotros mismos. Teníamos que haber venido en mi coche y debería haber conducido yo. Así no podrías haberme convencido de meterme por aquí.

-¿Queréis dejar de gritar? -se quejó su hermano Rad, que iba en el asiento de atrás-. Estoy intentando echar una cabezadita.

Ben le lanzó una mirada que habría hecho temblar a la mayoría de los hombres. Pero Rad no era como la mayoría de los hombres.

-Sigue durmiendo, hermanito -dijo Striker-. Está todo controlado.

-Mentiroso -dijo Ben-. No sé cómo te aguanta tu mujer.

-Kate ha querido ir con papá y mamá para conocer a la novia con más tiempo. Tenía una vista en el juzgado de familia, así que no pudo venir hasta ayer por la noche.

-Una pena que se perdiera la despedida de soltera de Ellie -dijo Rad-. Me han dicho que fueron a un Boys.

-¿Quién te ha dicho eso? -preguntó Ben incrédulo.

-Mamá.

El coche dio un bandazo.

-¿Mamá? -repitió Striker totalmente asombrado.

-Sí. Oí cómo hablaba de eso con Ellie esta mañana. Al parecer, las damas lo pasaron en grande anoche. Tengo que reconocer que estoy deseando conocer a tu novia, Ben.

-Estaba desando conocerte -Kate Kozlowski iba sentada con Ellie en el asiento de atrás del coche-. Siento mucho no haber podido venir antes, pero tenía un caso muy importante y no podía posponerlo.

-Kate es fiscal y trabaja en servicios para la infancia en San Antonio -explicó Angela con orgullo.

-Me han dicho que tú y Striker os casasteis el año pasado. ¿Hacía mucho que os conocíais?

-Estaba enamorada de él desde que era adolescente -dijo Kate con una sonrisa.

Estupendo. Kate conocía a Striker desde años antes de casarse. Además, Kate era una de esas rubias elegantes de buena familia. Justo al contrario que Ellie.

¿Cómo era posible que la madre de Ben no hubiera tenido un ataque de rabia al conocerla a ella, acusándola de interesada?

Angela había dicho que confiaba en el buen juicio de Ben, pero, ¿acaso no veía aquella mujer que Ellie estaba fuera de lugar entre ellos? Una niña que ha crecido en casas de acogida, madre soltera con un matrimonio fracasado a las espaldas... ¿Cómo era posible que no se mostrara más desconfiada? Stan y Angela se estaban comportando como los suegros perfectos. Y Kate, aunque acababa de llegar, también era muy amable con ella. ¿Por qué estaban haciéndole sentirse tan bien acogida?

Porque eran gente buena y decente. No eran de esas personas que convierten sus vidas en un desastre tal, que tienen que recurrir a un

matrimonio de conveniencia para salir de él. No eran de esas personas que van a casarse a una cursi capilla nupcial, sino de los que se casan en su iglesia de toda la vida, rodeados de cientos de invitados.

Ben tampoco había mostrado síntomas de nerviosismo ante la perspectiva de casarse con ella. No se habían visto mucho la semana anterior. En vez de pasar tiempo juntos para conocerse mejor, Ellie había sido secuestrada casi a diario por Cyn y Latesha para ultimar planes de boda.

-Ya casi hemos llegado -anunció Angela.

Ellie intentó tragar saliva y sufrió un ataque de tos.

-¿Quieres a Rabú? -dijo Amy ofreciéndole su peluche.

Por eso se casaba Ellie con Ben. Por Amy. Para asegurarle una vida mejor. No debía olvidarlo. Con suerte, eso evitaría que saliera huyendo de la capilla.

-Te dije que llegaríamos a tiempo -le dijo Striker a Ben mientras esperaban los dos juntos a la novia delante de la capilla.

Ben había decidido no ponerse su uniforme azul por temor a que a Ellie le recordara demasiado el reciente funeral de su hermano, así que llevaba un traje negro, camisa blanca y corbata granate. Striker y Rad levaban trajes similares.

-Llegar cinco minutos antes que la novia no es mucho tiempo.

-Ella nunca lo sabrá -sonrió Striker con picardía-. No estarás tan nervioso porque te lo estás pensando mejor, ¿eh? ¿No estarás a punto de hacer algo que vayas a lamentar?

Ben miró a su hermano, furioso.

La música empezó a sonar y Amy apareció por el pasillo.

-Qué niña más bonita. ¿De quién ha sido la idea del casco?

-Mía -sonrió Ben con orgullo.

Amy se acercó a los primeros bancos y saludó con la mano a Ben, sonriente.

Ben apenas se fijó en Cyn y Latesha, que avanzaban por el pasillo. En ese momento cambió la música y apareció Ellie. Nada más verla, sintió como si una granada de mano hubiera estallado en su corazón. Estaba fabulosa. Era como una diosa.

Miró a Amy y se sintió culpable por pensar ciertas cosas acerca de su madre. Aquél era un matrimonio de conveniencia, no había sitio para la lujuria, para sentirse fascinado por aquella boca, aquellos ojos, aquel cuerpo...

¿Estaría nerviosa? Parecía que sí. Le daba la impresión de que sus pasos eran cada vez más cortos e indecisos.

¿No se iría a echar atrás?

Ellie lanzó una mirada a Amy, con su casco, y supo

inmediatamente quién era el culpable. La chiquilla le había insistido a Ben que quería parecer un marine.

Pero Ellie no parecía estar enfadada. Y las manos no le temblaban cuando llegó junto a Ben y se dieron la mano.

Ellie le sonrió y Ben supo que todo saldría bien.

-Ha sido una boda preciosa -dijo Angela. La cena tuvo lugar en restaurante cercano. Sólo eran once los comensales.

-¿Acaso no ha sido así mejor que ir al juzgado? -preguntó Cyn-. Sé que tenías miedo de que el sitio fuera demasiado cursi, pero mi prima ha hecho un buen trabajo.

-Es cierto.

-¿Me has perdonado ya por dejarle llevar casco a Amy? -preguntó Ben a Ellie acercándose a su oído.

Ellie asintió con la cabeza. Al sentir la mano de Ben en el hombro sintió calor y temblores en el estómago. No había podido comer apenas. Se quedó mirando el anillo de oro que llevaba en el dedo. Ben le había preguntado si tenía alguna preferencia y ella sólo le pedido dos cosas: que fuera sencillo y que no fuera demasiado caro.

Él no había seguido sus instrucciones al pie de la letra. El anillo tenía una fila de brillantes. Ellie no podía apartar los ojos de su mano.

¡Estaba casada! Tomó su copa de vino y se bebió lo que quedaba de un trago.

-No podemos bailar hasta que vosotros lo hagáis -dijo Latesha.

A Ellie le vino a la mente la imagen de ella y Ben «haciéndolo» entre sábanas de satén y tuvo que volverse a llenar la copa.

-¡Eh! ¿Que cuándo vais a iniciar el baile Ben y tú?

-¿Bailar? ¡ Ah, bailar! Aquí no hay suficiente espacio.

-Claro que sí. Allí hay una pequeña pista de baile.

-No se van a callar hasta que lo hagamos -dijo Ben, poniéndose de pie y tendiéndole la mano-. Vamos. Baila conmigo.

-No hay música.

Unos segundos más tarde, una melodía instrumental romántica llenó el salón. Consciente de que resistirse era inútil, Ellie aceptó la mano de su marido.

-Va a ser la primera vez que bailemos juntos -dijo ella en voz baja.

-Pues hagamos que sea algo memorable.

El vestido de satén era tan fino que Ben podía sentir el cuerpo de Ellie pegado al suyo. Apoyó la mano izquierda en su cadera con los dedos extendidos para poder disfrutar de una mayor área de contacto. Se dedicó a hacer sensuales círculos con el pulgar, rozando alternativamente la tela del vestido y su piel desnuda.

-¿Te he dicho que estás preciosa hoy?

-Tú también. Guapo, quiero decir. Eres demasiado masculino para ser precioso. Deja de reírte. Ya sé que lo que he dicho es una tontería.

-No me río por eso.

-¿Entonces te ríes de lo mal que bailo?

-No. Supongo que no estoy tan bueno como los tipos que viste ayer en escena.

-¿Cómo te has enterado? -preguntó Ellie, a punto de tropezar.

-Rad oyó a mi madre contándoselo a Kate.

-¿Lo sabe Kate?

-Sí. ¿Pasa algo?

-Es que ella es tan elegante y parece tan educada...

-Kate creció con mucho dinero, pero no con muchas manifestaciones de cariño de sus padres.

-Al menos tenía padres.

-Y tú ahora también. Mi madre hablaba en serio cuando te dijo que querían ser tu familia.

-No puedo creerme lo amables que están siendo conmigo. No puedo creerme que no me hayan tomado por una interesada desde el principio.

-Supongo que porque les dije que tuve que convencerte para que quisieras casarte.

-Pero eso podía haber sido una estratagema mía.

-¡Claro! Seguro que eres una maestra en el arte del engaño.

Ellie no sabía si sentirse insultada o aceptarlo como un halago.

-No me malinterpretes -continuó Ben-. Creo que eres muy buena ocultando tus emociones cuando quieres. Como cuando ese tipo te estaba molestando en La Taberna de Al. Seguro que tenías ganas de tirarle la cerveza a la cara, pero no lo hiciste.

-Terminaron despidiéndome de todas formas.

-Nunca me has contado lo que pasó allí.

Ella negó con la cabeza. No era algo que le apeteciera recordar.

-Está bien, no tienes que contármelo ahora si no quieres. No quiero obligarte a hacer nada que no quieras.

Y eso era parte del problema. Ellie quería hacer cada vez más cosas con Ben, cosas relacionadas con el sexo y el amor, con noches de boda y lunas de miel. Pero el había dejado claro que ése no era el objetivo de su matrimonio.

-No me lo puedo creer.

Ben miró las llamativas luces de neón del Motel Campanas de Boda.

Mientras Ben y Ellie bailaban, el resto de invitados se había marchado sigilosamente por la puerta de atrás.

«No os preocupéis por nada», decía la nota que Angela les había dejado en la mesa. «Frenchie se queda con Amy esta noche. Vuestros hermanos se han ocupado de encontraros una suite nupcial para esta noche. Y vuestras amigas os han dejado allí una maleta con vuestras cosas. Nos volvemos a Pine Hills. Una limusina os traerá de vuelta mañana. Nuestros mejores deseos para la primera noche del resto de vuestras vidas… con mucho cariño, Angela y Stan».

Junto a la nota encontraron un sobre con la llave de la suite Amantes Ardientes.

-¡Menuda emboscada! -exclamó Ben desde la puerta del restaurante-. Se han llevado todos los coches. Por eso mi hermano insistió en que viniéramos en el suyo. Tendría que haber sospechado que tramaba algo. Podríamos llamar a la limusina para que viniera hoy.

-¿Y herir los sentimientos de tu familia? -dijo Ellie.

-Ya me gustaría a mí herir a mis hermanos, y no hablo de sus sentimientos. Les encantan las bromas.

-¿Volvemos dentro? Me está entrando frío.

Ben se quitó la chaqueta rápidamente y se la puso sobre los hombros.

Subieron a la habitación del hotel, Ben abrió la puerta con la llave y a tientas encontró el interruptor de la luz.

-¡Vaya! -exclamó con una carcajada-. Parece que nos han reservado las cursilerías para la luna de miel.

La habitación estaba exageradamente decorada con una enorme cama en forma de corazón con su colcha roja y almohadas de piel de leopardo. Había espejos en el techo y lámparas de lava en las mesillas de noche.

-Y aquí está la maleta.

La maleta no estaba bien cerrada y todo su contenido cayó al suelo. Ben recogió del suelo un camisón de seda y encaje muy sexy.

-Me caen bien tus amigas.

-¿Ah, sí? Pues esto es para ti -dijo ella enseñándole unos shorts también de seda con un estampado de corazones sonrientes.

-Podría haber sido peor. Podrían habernos metido tangas en la maleta -dijo Ben.

-Puede que lo hayan hecho.

-Condones comestibles, pintura para el cuerpo de chocolate, aceites afrodisíacos… —fue diciendo él según iba sacando las cosas.

-Artículos de broma -dijo Ellie volviéndolo a meter todo en la bolsa.

No había sillas, así que se sentó en la cama. No tardó en levantarse

dando un respingo. La cama vibraba.

-¿Estás bien?

Ellie asintió.

-Estoy un poco preocupada por Amy. No he tenido tiempo de decirle buenas noches. Quizás debería llamar...

-Estaba dormida en el regazo de Frenchie cuando bailábamos. Y Frenchie tiene tu número de móvil, ¿no?

-Pero a lo mejor no quiere interrumpirnos.

-¿Crees de verdad que Frenchie pondría a Amy en peligro no llamándote?

-No. Es que nunca he pasado la noche sin ella, excepto cuando ha estado hospitalizada, e incluso entonces pasaba la mayor parte de la noche en la silla junto a su cama.

-Quería hablar contigo acerca de Amy. Creo que éste es un buen momento. Siéntate.

Ben se sentó en la cama y se levantó de un salto.

-¿Qué demonios...?

-Bienvenido a nuestra cama vibratoria -dijo ella, señalando una nota que había junto al cabecero de la cama.

-Tiene que haber alguna forma de apagarla. Ve a cambiarte Si quieres, mientras me encargo de esto.

-¿A cambiarme?

-A no ser que tuvieras pensado dormir con ese vestido.

Ellie negó con la cabeza. Pero tampoco tenía ganas de ponerse el sexy camisón que le habían dejado sus amigas.

Ben pareció adivinar lo que estaba pensando. Seguramente, en el baño habrá algún albornoz. Si el baño era como el resto de la suite, era más probable que hubiera una negligé transparente. Pero para su alegría, Ben tenía razón. El albornoz la tapaba de sobra a ella y a su camisón.

Salió del" baño y se encontró con que Ben se había puesto los shorts de corazones.

-Es que hacía mucho calor -se justificó.

Ellie no podía creer lo guapo que era. Cyn tenía razón cuando decía que era demasiado guapo para ser verdad. Su cuerpo delgado pero musculoso... desde el sugerente vello que desaparecía bajo la cintura de los shorts hasta sus piernas, tan masculinas.

-No sé cómo, he encendido las «llamas del amor» de la chimenea y ahora no puedo apagarlas.

Mientras Ben se encargaba de eso, Ellie se dio cuenta que había una botella de champán puesta en hielo. Tenía la boca seca, así que rompió el sello de aluminio y se dispuso a sacar el corcho.

-Déjame hacerlo a mí -se ofreció él. Ben descorchó la botella con facilidad y sirvió champán para los dos.

-¡Por una noche de bodas memorable! Bebieron un sorbo de la copa.

-He arreglado la cama, así que creo que ya podemos sentarnos con tranquilidad. Como te estaba diciendo, quería hablar contigo sobre Amy.

Ellie sintió que las rodillas le flaqueaban así que se sentó. Después de llenar de nuevo su copa de champán.

¿Era su imaginación o Ben parecía un poco nervioso? Quizás fuera la extraña luz que proyectaban las bombillas rojas de la lámpara de araña del techo.

-Quería saber que te parecería que yo la adoptara. Ya sé que tiene un padre. Pero no ha mostrado nunca interés por ella, y no parece que eso vaya a cambiar. Ya sabes que Kate es fiscal y se dedica a estos temas. Seguro que ella podría asesorarnos o remitirnos a algún fiscal de este estado que lleve estos temas.

-No sé qué decir…

Apenas sabía qué pensar teniéndolo a él así medio desnudo sentado a su lado.

-Dime que pensarás en ello. También he estado pensando en dónde vamos a vivir. Mi permiso se acaba en pocos días y tengo que regresar al campo LeJeune. Está a casi una hora de Pine Hills. ¿Qué te parecería vivir un poco más cerca? Podríamos alquilar una casa y la podríamos decorar como tú quisieras. Pero sé lo mucho que quieres a tus amigas, así que si te parece mal, siempre podemos buscar un sitio en Pine Hills. ¿Qué dices?

-¿Que qué digo? —repitió Ellie dejando en la mesilla la copa de champán con mano temblorosa.

Posó su mano sobre el hombro de él y lo tumbó en la cama.

-Digo que me beses, Ben.

Capítulo 9

A ELLIE no le dio tiempo a ver la sorpresa en los hermosos ojos de Ben, porque en menos de un segundo, él estaba haciendo lo que ella le había pedido.

La estaba besando. No, era más que eso: la estaba poseyendo con creciente avidez.

No hubo tiernos preludios, sino pasión desatada desde el primer instante, desesperación y felicidad.

Un deseo fuera de control mezclado con los efectos del alcohol se apoderó de Ellie. Ben le hacía desear cosas que hacía años que no deseaba, cosas que se había jurado que nunca volverían a confundirla.

Él mordisqueaba sus labios con suavidad y saboreaba la deliciosa curva de su labio superior con la lengua. Ella estaba tumbada encima de él, aprisionada por la fuerza de los brazos de Ben, que la rodeaban por la cintura. De alguna manera, el albornoz se había abierto. Sus caderas descansaban en las caderas de él, y aquella proximidad dejó claro a Ellie lo mucho que la deseaba. Se deslizó sobre él, para sentir el contacto de sus muslos desnudos.

Excitada por esa suave fricción, acarició con sus manos aquel pecho musculoso. Los besos continuaron cada vez más encendidos y no se detuvieron en ningún momento, a pesar de que las manos de los dos estaban ocupadas explorando el cuerpo del otro. Él era tan fuerte, su cuerpo era tan firme... Sin embargo, fue él quien sintió un escalofrío cuando ella le pasó los dedos por los pezones.

Entre jadeos, Ben tumbó a Ellie boca arriba para acariciarle a su vez los pezones con los pulgares. El tacto de la seda del camisón magnificaba su sentido del tacto. Ellie sacó los brazos del albornoz, liberándose definitivamente de él.

Él la recompensó apartándole con los labios los finos tirantes del camisón. Con los dedos hizo descender el suave tejido por los hombros, hasta que sus pechos quedaron desnudos bajo el calor de su mirada.

Desde que tuvo a su hija, Ellie se sentía insegura sobre su cuerpo. Tenía estrías donde antes no las había. Pero Ben no le dio tiempo a pensarlo. Parecía adorarla. Tomando sus pechos en las palmas de las manos, sus labios recorrían y rodeaban aquella tierna carne hasta terminar en la rosada punta. Su lengua la acariciaba con deseo e impaciencia.

Ellie entrelazó sus dedos en los cabellos de él y arqueó la espalda. Sentía sacudidas de placer en lo más profundo de su cuerpo. Se movía como en un sueño inducido por el alcohol. Se olvidó de lo que era la prudencia. De repente, lo único importante para ella era aquel placer

salvaje.

Sin apenas tiempo para recuperar el aliento, él realizó el mismo ritual erótico en el otro pecho, con el mismo efecto.

Nadando en un mar de sensaciones placenteras, Ellie fue haciendo descender sus manos por la espalda de Ben, hasta sobrepasar la cintura de los shorts de seda. Sintió escalofríos sólo de pensar que podía hacerle perder la compostura, igual que él había hecho con ella.

Con un gruñido de placer, él se dio la vuelta y los dos quedaron tumbados de lado, cara a cara. Volvieron a besarse con recobrada impaciencia.

Ben deslizó los dedos por detrás de la rodilla de ella y la subió para hacer que le rodeara la cadera con su pierna. Estaban tan unidos en aquel abrazo que Ellie podía sentir la excitación de Ben contra su piel.

Por eso quedó absolutamente estupefacta cuando Ben, súbitamente, se apartó de ella, se levantó de la cama y se marchó de la habitación.

Ellie se quedó mirando la puerta del cuarto de baño confusa. ¿Habría ido a buscar protección? Los condones seguían en la maleta...

Y entonces oyó el ruido del agua de la ducha. Sin estar segura de lo que pasaba, se colocó el camisón y volvió a ponerse el albornoz. De repente, las llamas de la chimenea no parecían sentirse en la habitación. Tuvo frío.

Pero sintió más frío aún cuando Ben volvió del baño envuelto en una toalla. A pesar de lo sexy que estaba, parecía muy distante.

-Lo siento. Ha sido un error. No debería haber ocurrido. Y no volverá a ocurrir.

Su voz era cortante. Sus ojos, que hacía apenas unos instantes ardían de pasión, reflejaban sólo firmeza.

-Le echaremos la culpa al alcohol -añadió.

Recogió del suelo sus pantalones y su camisa y regresó al baño para vestirse.

Un error. ¿Qué más podía decir aquel hombre para dejar claro que no estaba interesado en hacer el amor con ella? Pero estaba claro que había respondido físicamente cuando ella se abalanzó sobre él, en lo que Ben interpretó como una pasión provocada por el alcohol.

Lo malo era que la culpa no había sido del alcohol, sino de sus sentimientos. Y era evidente que esos sentimientos no eran correspondidos. Él no buscaba un matrimonio normal y había dejado claro que no tenía pensado acostarse con ella.

Ellie se abrochó el albornoz con fuerza, se metió en la cama y se tapó hasta la barbilla.

Cuando Ben volvió del baño y la vio acurrucada bajo las sábanas

de aquella enorme cama se sintió como un estúpido. Había notado el dolor y la decepción en sus ojos.

Él sentía lo mismo, pero no podía hacer nada para cambiar la situación. Le había dejado claro que no quería presionarla para practicar el sexo.

Y Ellie no había sido ella misma aquella noche. Había bebido mucho, y sólo un canalla se habría aprovechado de una mujer en esas circunstancias.

Así que Ben, aunque le había resultado muy difícil, había puesto fin a sus abrazos enardecidos para no aprovecharse de la situación. Su cuerpo, sin embargo, aún no se había recuperado, a pesar de la larguísima ducha fría que se acababa de dar.

Miró la figura de Ellie bajo las sábanas con remordimiento. ¡Sí que había empezado bien a cumplir su promesa de cuidar de ella y no hacerle daño!

En ese momento Ellie se apartó la colcha de la cara, se incorporó y lo miró con rabia.

-Yo no soy de las que se oculta de sus errores. ¿Y ahora qué?

Ellie le acababa de robar otro pedazo de su corazón. Así era ella, siempre firme y valiente, nunca adoptaba una postura victimista.

-Sólo hay una cama -añadió ella.

-Ya me he dado cuenta. Pero creo que es lo bastante grande para los dos. Tu puedes dormir debajo de las sábanas y yo encima. He llamado a la limusina y va a pasar a buscarnos a las siete, así que será mejor que durmamos algo.

-Bien.

Ellie se volvió a tumbar, dándole la espalda. Ben se tumbó vestido en la otra punta de la cama. Sin dejar, de mirar a las burbujas de la lámpara de lava, Ben pensó que aquella debía de haber sido la noche de bodas más apta para todos los públicos que había vivido aquella suite.

-Mami, te he echado de menos -dijo Amy dándole un fuerte abrazo.

-Yo a ti también, mi cielo.

-Y Rabú también te ha echado de menos. Y a Ben también.

-No esperaba que regresarais tan pronto -dijo Frenchie.

Ellie sonrió sin dar explicaciones.

-¿Leíste con Frenchie el libro con dibujos que te hice sobre Rosalinda?

-No sabía que hacías dibujos para mis historias -dijo Ben.

-Mamá me los hizo cuando dejaste de venir a contarme la historia esos días. Rosalinda necesita que vaya alguien a rescatarla.

-También podría salvarse ella sola -sugirió Ellie.

-O podría salvarla Fogatón -dijo Amy.

-Lo averiguarás esta noche -intervino Ben-, cuando te cuente el próximo episodio.

-¿Qué es un episodio?

-Es una parte. Por ejemplo, la próxima parte de la historia.

-¿Cuándo te vas a dormir, Ben? -preguntó Amy-. ¿Vas a dormir con mamá?

-Sí, claro.

No podía decir otra cosa, con Frenchie allí.

-Pero puedo seguir yendo a tu cama cuando me entre miedo, ¿verdad, mamá?

-Verdad.

-Estupendo -dijo Amy sonriendo a Ben.

Ben esperó a que Frenchie se marchara y Amy estuviera echando su siesta para volver a tratar el tema.

-¿Has pensado en lo que te dije anoche?

-¿Lo de que no repitiera el error de echarme en tus brazos? -preguntó Ellie malinterpretándolo-. El mensaje estaba clarísimo. No te preocupes, no volverá a ocurrir.

-No quise decir eso.

-Pues fue lo que dijiste.

-No pretendía disgustarte.

-Ya lo sé. Fue culpa mía. Dejaste muy claro en qué consistía nuestro matrimonio.

-Creía que era ése el tipo de matrimonio que tú querías.

-¿No era eso lo que tú querías también? -replicó ella.

-Yo quiero lo que tú quieras.

Aquella conversación era circular, y Ben se sintió frustrado. No podía decir lo que de verdad quería, porque sólo soñar con ser feliz junto a Ellie, ya le parecía traicionar a su amigo Johnny.

Ben llevaba meses albergando un oscuro secreto que no le dejaba dormir. Sufría constantes pesadillas sobre los últimos minutos de la vida de Johnny.

Sabía que tenía que contárselo a Ellie, confesárselo todo, pero hacerlo podía significar perderla. Y eso él no iba a poder soportarlo. Así que seguiría sufriendo en silencio sin compartir sus secretos, ni sus deseos...

Aunque había sido difícil, había sido capaz de poner fin a aquel momento de pasión durante su noche de bodas porque quería hacer lo correcto, cumplir su promesa. Odiaba haber sido débil y haberse dejado arrastrar por el deseo que crecía en su interior. Él no rompía sus promesas.

Y en el caso de Ellie, no se trataba sólo de sus promesas a Johnny.

Ellie le había dejado muy claro que no quería un marido, que sólo había aceptado casarse por Amy. Por eso tenía que mantenerse centrado, y no dejarse distraer por el recuerdo de los exuberantes labios de Ellie recorriendo su cuerpo. No podía permitir que se repitiera lo ocurrido la noche anterior.

-¿Has pensado en lo que te dije de mudarnos? Podría dormir en el sofá algún tiempo, pero...

-Eso no es una solución definitiva. Supongo que lo mejor sería...

Por un breve instante, Ben se preguntó si Ellie iba a invitarlo a dormir en su cama.

-... hablar con alguna agencia inmobiliaria para que nos encuentre una casa más grande. Mi contrato aquí se acaba el mes que viene, así que lo mejor será que empecemos a movernos. Mañana llamo a alguien.

-Muy bien. Eso será lo más razonable. Ben seguía autoconvenciéndose de las ventajas de aquella decisión cuando se sentó en la cama de Amy para continuar con su historia de Rosalinda y el caballero Blanco.

Amy estaba adorable, con su pijama rosa de gatitos abrazada a Rabú, mirando a Ben con sus enormes ojos castaños llenos de admiración. Sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Él no se merecía aquello.

-Mira los dibujos que ha hecho mamá -dijo Amy incorporándose para mostrarle el libro.

Era una serie de dibujos a lápiz reunidos en una carpeta de anillas. La última era del castillo, con Rosalinda y el dragón Fogatón de fondo.

-Son buenos -dijo Ben.

Ellie se ruborizó.

-Gracias. Son sólo bocetos, cualquiera podría haberlo hecho.

-Yo no.

-Bueno, a mí no se me habrían ocurrido los personajes, así que supongo que hacemos un buen equipo.

-¿Qué hace Rosalinda ahora? -preguntó Amy.

-¿Te acuerdas de dónde la dejamos?

-Estaba tomando el té con Fogatón.

-Eso me lo he perdido -dijo Ellie frunciendo el ceño.

-Fue la noche de tu despedida de soltera -intervino Ben-. Sigamos. El día después de la fiesta del té, un guarda del castillo Todofoso vio un grupo de gente que se acercaba. Cuando estuvieron más cerca se dio cuenta de que eran unos monjes que llevaban un burro. Dijeron que habían ido para liberar al castillo de su fantasma. El jefe dijo que

se llamaba Fray Jarra y su ayudante era Fray Malta.

A Ben cada vez le gustaba más ver la expresión de Ellie mientras contaba sus historias. Sus reacciones lo llenaban de placer. Había muchas cosas de ella que le producían placer.

-El conde Malón y el conde Peorquemalo accedieron a que los monjes instalaran su equipo de cazar fantasmas. Mientras toda la gente del castillo presenciaba el exorcismo, Fray Jarra desapareció sin que nadie se diera cuenta. Porque resulta que Fray Jarra no era otro que el caballero Blanco disfrazado. Cuando llegó a las bodegas se dio cuenta que estaban muy vigiladas, así que probablemente era allí donde tenían oculta a Rosalinda. Los centinelas se negaron a abandonar sus puestos para ir a ver el exorcismo, así que el caballero Blanco les enseñó una caja de forma muy extraña. Cuando los centinelas se inclinaron para verla mejor, cayeron al suelo casi de inmediato por efecto del cloroformo.

-¿Qué es cloformo? -preguntó Amy con dificultad.

-El cloroformo es un gas que hace que la gente se quede dormida profundamente.

-¿Tan profundamente como en La Bella Durmiente?

-Supongo que sí. Pero esta vez fue por una buena causa. El caballero Blanco pudo así quitarles las llaves y entrar en las bodegas. Cuando lo vio, Rosalinda casi se desmayó de la emoción...

-¿Cómo dices? -interrumpió Ellie-. Rosalinda no es de las que se desmayan.

-Desmayarse no es ningún delito -replicó Ben.

-Pero Rosalinda no tiene miedo del dragón, así que no se va a desmayar ahora.

-Está bien -aceptó Ben con resignación-. El caballero Blanco entró en la bodega y Rosalinda...

-Lo estaba esperando con Fogatón -dijo Ellie entusiasmada con su ocurrencia-, porque ahora son amigos. Y como el dragón no conocía al caballero, estuvo a punto de achicharrarlo con su aliento de fuego. Pero Rosalinda se metió entre los dos y le salvó la vida al caballero Blanco.

-¡Eh! -protestó Ben-. Se supone que ella no tiene que salvar al héroe.

-¿Y por qué no? -intervino Ellie.

-Porque es misión de él salvarla a ella.

-Pero a lo mejor a ella no le gusta quedarse sentada sin hacer nada.

-Pues a lo mejor a él no le gusta que le hagan sentir que no se le necesita.

-A lo mejor Fogatón los salvó a los dos -sugirió Amy-. Es un dragón

bueno, pero, ¿cómo van a hacer para salir los tres de allí? ¿Se los lleva Fogatón en el lomo volando?

-Supongo que eso lo sabremos la próxima vez -sonrió Ben.

-Eso está bien, dejar al público con la miel en los labios -dijo Ellie.

Lo mismo podía decirse de lo ocurrido con Ben la noche anterior.

-Creo que la próxima casa es justo lo que buscáis -dijo la mujer de la inmobiliaria una semana más tarde.

Era de esas personas entusiastas con las que daba gusto trabajar, pero Ellie seguía impaciente por encontrar casa nueva. Ben llevaba noches durmiendo en el sofá, levantándose antes de que Amy se despertara para que la niña no se diera cuenta.

Lo oía dar vueltas por la sala de estar sin que ella pudiera hacer nada, y mientras, los sueños de Ellie eran cada vez más tórridos y ardientes; no podía dejar de dar vueltas entre las sábanas tratando de no ceder a aquella pasión reprimida.

-¿Qué te parece? -preguntó la agente.

La pregunta devolvió a Ellie a la realidad.

-Suelos de madera, como querían. En una zona seca. Muy luminosa, recién pintada, tres dormitorios, cocina amplia, recién reformada, aire acondicionado, y es un buen barrio con excelentes escuelas. Además, está muy cerca de Camp LeJeune. ¿Qué te parece?

-Me parece muy bien, pero quiero que Ben la vea también.

Ellie lo llamó al móvil que él le había comprado.

-Si te gusta y se adapta a las necesidades de Amy y tuyas, me parece bien. Confío en ti. Dile que nos la quedamos -le dijo Ben al teléfono.

Aquella confianza conmovió a Ellie.

-Nos la quedamos.

-Estupendo. Iré rellenando todo el papeleo. El dueño piensa regresar, así que el contrato sólo lo podemos hacer de dos años. ¿Es eso un problema?

-No.

Ellie no podía imaginarse a Ben durmiendo en el tercer dormitorio durante los dos años siguientes.

-Hay varias familias de marines que viven en este barrio -explicó la agente.

Ellie conoció a algunas a la semana siguiente, cuando ella y Cyn se acercaron a dejar algunas cajas y productos de limpieza.

Ben se había ocupado del viejo Toyota. Como ella se negó a aceptar un coche nuevo, él lo había llevado a que lo repararan a fondo y le dieran una mano de pintura, y había quedado como nuevo.

Una mujer las saludaba con la mano desde la otra acera. Tendría

unos treinta años, el pelo rubio y una amable sonrisa.

-Bienvenidos al barrio. Me llamo Trudy. Al parecer, también sois familia de marines.

-Así es. Soy Ellie... Kozlowski.

-¿Kozlowski? ¿Como Ben Kozlowski? -preguntó la mujer.

-Sí. Es mi marido.

-¡Vaya! Las chicas que van por el club de oficiales van a llevarse un disgusto.

Era extraño. Hasta ese momento, había estado tan obsesionada con su propio pasado sentimental, que no se había parado a pensar en el de Ben.

-Así que a Ben se le daban bien las mujeres, ¿eh? -preguntó Cyn-. Cuéntanos más.

-En realidad era más su hermano Striker el que tenía fama de conquistador. Y el otro hermano, Rad, tiene ese aire misterioso. No es que Ben no haya tenido compañía femenina. Al parecer, le gustaba salvar a damas en apuros.

-¿En serio? ¿Y eso?

-La hermana de uno de sus hombres tenía un trastorno alimenticio y él le buscó ayuda. La hermana de otro tenía un problema con las drogas y él consiguió que la aceptaran en un programa de rehabilitación...

-Siento mucho tener que interrumpirte, pero tenemos mucho trabajo -dijo Ellie bruscamente.

Aquellas historias la hacían sentirse como una más de las buenas obras de Ben.

-Lo entiendo. Si necesitáis algo, no tenéis más que llamarme.

-Gracias.

-Parece que es su patrón de conducta habitual -murmuró Ellie, ya de vuelta en la casa.

-Es un hombre bueno -puntualizó Cyn.

-¿Es que no te das cuenta? -dijo Ellie irritada-. El tipo es conocido por ayudar a las hermanitas en apuros de sus hombres. Yo soy sólo otra de sus obras de caridad.

-Perdona, pero Ben sólo se ha casado contigo.

Oír anécdotas sobre Ben haciendo de buen samaritano sólo reforzaba su sensación de estar aprovechándose de él: Además, tenía la impresión de que Ben se estaba arrepintiendo de haberse casado. No decía nada, pero daba la impresión de estar muy preocupado por algo. Él insistía en que estaba bien, pero su mirada parecía perdida a veces.

Al oír a Trudy hablando de Ben se había dado cuenta de lo poco

que sabía de él. Conocía a su familia y algo de su infancia, pero nunca hablaba de su vida como marine. Ni siquiera le había contado cómo conoció a su hermano.

Quizás no fuera lo más sano psicológicamente, pero los dos evitaban hablar de Johnny.

-¡Ellie! -dijo Cyn moviendo la mano para que ella centrara la mirada perdida.

-Perdona. Sólo estaba pensando.

-En Ben, ¿no? ¡Ah...! ¡Los recién casados!

Aquella tarde, Ellie regresó a la casa que habían alquilado con otro montón de cajas. Cyn se había ido a trabajar, así que fue sola.

Ben había quedado con su hermano Rad y otros amigos marines para que los ayudaran a hacer la mudanza de los pocos muebles de Ellie aquel fin de semana. Al parecer, lo único que Ben aportaba a la nueva casa era una cama grande.

A Ellie le sorprendió ver el coche de Ben aparcado en el camino de la entrada, hasta que se dio cuenta de que eran más de las seis. Esperó a que Ben apareciera en cualquier momento para ayudarla con las cajas, pero no había ni rastro de él.

Quizás estuviera en el patio trasero.

En las semanas anteriores, Ellie había intentado devolverle el favor cuidando de él, pero él le había dicho que llevaba a lavar y planchar sus uniformes a una lavandería, así que no la necesitaba para eso. Lo único que podía hacer por él era cocinar.

Eso la hacía preguntarse en qué estaba ella contribuyendo a ese matrimonio. ¿Estaba Ben más serio porque se había dado cuenta de lo desigual que era su relación?

Su madre le había recomendado que le diera mucho amor, pero, ¿cómo podía hacer eso si él le había dejado claro que no estaba interesado en ella de esa manera?

Por las noches, Ellie se desvelaba recordando sus besos y sus abrazos.

A veces podía haber jurado que la atracción era mutua. Pero, si eso era cierto, ¿por qué no la quería a su lado? Aunque él parecía haber levantado un muro de contención entre ellos, bajo la superficie había algo profundo, doloroso y apasionado.

Debería haberse sentido aliviada de que su relación fuera sólo platónica, pero estaba preocupada. La falta de sueño había acentuado las líneas de expresión del rostro de Ben. Él decía que era por el sofá y que dormiría mejor en la nueva casa.

Ojalá fuera cierto. Le horrorizaba la idea de estar arruinando la vida de Ben.

La puerta del dormitorio de Ben estaba abierta. Estaba dormido en su cama.

Ellie dejó la caja que llevaba en el suelo y se coló en el dormitorio, incapaz de resistir la tentación de ver cómo estaba. Se levantaba y se iba muy temprano, así que nunca había tenido la oportunidad de verlo así, tranquilo y vulnerable.

Pero no estaba tranquilo; con los puños apretados, golpeaba la cabeza contra la almohada.

Era evidente que estaba sufriendo una pesadilla.

-Ben -lo llamó sentándose al borde de la cama-, despierta...

Él abrió los ojos de golpe, la agarró y la atrajo hacia sí con fuerza mientras miraba de un lado a otro, como tratando de detectar algún peligro.

-Soy yo. Tenías una pesadilla.

Ben la soltó y se sentó en la cama, tapándose la cara con las manos. La adrenalina corría por sus venas, y todos sus sentidos estaban en alerta. Apenas podía retener más que unos vagos recuerdos de su recurrente pesadilla.

Su unidad estaba siendo atacada. Una repentina ráfaga de fuego cruzaba el cielo de la noche.

-¡Permaneced agachados! -gritaba él a sus hombres.

Pero John no había obedecido sus ordenes, y se había lanzado sobre Ben. Éste pudo sentir cómo el cuerpo de su amigo se convulsionaba por el impacto de una bala.

Y entonces los disparos cesaron tan repentinamente como habían empezado.

Ben sintió la cálida sangre de Johnny resbalando entre sus dedos. Había intentado detener la hemorragia, frenéticamente.

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

El viento disipó las nubes y la luna iluminó la escena. Entonces Ben pudo ver el rostro de su amigo y lo entendió todo. Había detenido aquella bala para salvarle a él la vida.

Capítulo 10

-¿Ben?

Al escuchar la respiración de Ellie, se dio la vuelta a regañadientes. El dolor que vio en su rostro casi acabó con él.

-Lo siento. No debería haberte molestado -dijo ella bajándose de la cama-. No volverá a ocurrir.

-Sí que volverá a ocurrir -dijo él, agarrándole una mano-. Tengo esa pesadilla una y otra vez.

Ellie se dio cuenta de que quería abrirse a ella.

-¿Estás bien?

-Claro que sí -contestó él automáticamente-. Yo siempre estoy bien.

-No tienes que ser siempre así, siempre en tu papel de soldado listo para una misión de rescate. A veces puede que seas tú quien necesite algo de ayuda. No es ningún pecado. ¿Quieres hablar de ello?

-La verdad es que no.

-Muy bien. Pues entonces sigue respirando hondo, eso va bien.

-Es como si estuvieras hablando con Amy -murmuró Ben.

-Habla conmigo, Ben. Sé que algo va mal. ¿Te arrepientes de haberte casado conmigo?

-¿Qué te hace pensar eso? -preguntó él sorprendido.

-Muchas cosas. Por ejemplo, que no quieras ni tocarme.

-Sí que quiero, lo deseo demasiado. Pero te prometí un matrimonio de conveniencia, y yo siempre mantengo mis promesas.

-¿Por eso te alejaste de mí la noche de bodas?

-Sí.

Ella tuvo la sensación de que no estaba siendo totalmente sincero.

Ben apartó la mirada. ¿Cómo podía explicarle que se estaba enamorando de ella, de su fuerza y su valor? No había ninguna esperanza de que ella le correspondiera, pues era responsable de la muerte de su hermano.

-¿Es por lo que dije sobre el matrimonio? -preguntó ella.

-No tiene nada que ver contigo. Es culpa mía.

-¿El qué?

-La muerte de tu hermano.

Por fin la terrible de verdad salía de sus labios como en una explosión.

-¿De qué estás hablando? Me dijiste que tú no habías sido el que disparó.

-Y no fui yo. Pero debería haberle cubierto la espalda como él cubrió la mía.

-¿Te sientes culpable porque tu estás vivo y él no?

-No es eso.

-¿Pues qué es entonces?

-Cuando empezaron los disparos, ordené a todo el mundo que se mantuviera agachado. Estábamos en un simulacro de entrenamiento en el desierto. Se suponía que nadie estaba usando municiones de verdad. Pero tu hermano John no se mantuvo agachado, sino que saltó sobre mí. ¿Entiendes? Tu hermano murió porque recibió un disparo que estaba destinado para mí.

-¿Crees que no conozco a mi hermano? ¿Crees que no te conozco a ti? Si hubieras podido, tú también habrías arriesgado la vida para salvarlo a él. Así son los marines.

-No lo entiendes...

-Sí que lo entiendo -lo interrumpió ella poniéndole un dedo sobre los labios-. Sé que no podemos devolverle la vida -continuó conteniendo las lágrimas-, y sé que él no querría que te estuvieras culpando de esta manera. Así que intentemos utilizar la lógica con este tema, ¿de acuerdo?

Su boca sensual se curvó en un amago de sonrisa.

-Si los disparos venían de la oscuridad -continuó Ellie-, no es posible que John se diera cuenta de que uno de ellos iba hacia ti. Tú mismo has dicho que los disparos llovían en todas direcciones. ¿Lo has pensado?

-No, la verdad es que no.

-Pues piénsalo. No sabemos si él te salvó la vida premeditadamente. ¿Eso es lo que te ha estado reconcomiendo por dentro? ¿Que él muriera en tu lugar?

Ben asintió con la cabeza, incapaz de articular palabra.

-¿Fue eso lo que él te dijo antes de morir?

-No, pero pude verlo en sus ojos...

-¿El qué?

-Que me quería -dijo Ben con la voz temblorosa.

-Quizá fuera algo que no estaba en vuestras manos, en la de ninguno de los dos.

Ben no podía creerse que Ellie, en lugar de culparlo, lo consolara.

-¿Por qué haces esto? ¿Por qué no me condenas ni me insultas? ¿Por qué no me echas de tu vida? -preguntó, desesperado.

-Ya llevas condenándote tú solo demasiado tiempo, Ben. Ya es hora de que te perdones.

Ellie tomó el rostro de Ben entre sus manos y lo obligó a mirarla.

-¿Eres capaz de perdonarme? -dijo él con la voz entrecortada por la emoción.

-No tengo nada que perdonarte, Ben. Deja que te lo demuestre.

Lo besó. Sólo quería demostrarle sus sentimientos, pero en cuanto

sus labios se unieron, la química que había entre ellos provocó una combustión.

Ben la tumbó en la cama mientras la besaba con un apetito insaciable. La intensidad de las confusiones y las emociones que acababan de compartir se reflejaron en aquel abrazo. Los muros de contención se vinieron abajo, desaparecieron las barreras y quedaron los dos desnudos con su verdad. Ellie supo que aquel hombre era suyo y ella de él.

Una vez más, ella le abrió su corazón, pero esa vez, Ben no la rechazó, sino que le demostró con sus besos cuánto la necesitaba, cuánto la deseaba. Su lengua jugaba con la de ella, sus dientes mordisqueaban con suavidad su labio inferior.

La sensualidad de sus besos fue en aumento, mientras la boca de Ben buscaba la de ella en un turbulento afán por unir sus almas.

Ella no estaba segura de en qué momento él se quitó la camiseta. Quizá se la quitara ella, o quizás fuera una operación conjunta, como cuando entre los dos desabotonaron los botones de su blusa.

Ben le abrió el broche delantero del sujetador y lo apartó para poder mirar sus pechos con anhelo. Acarició con ternura los rosados pezones con las yemas de los pulgares. Ellie le puso la mano en la nuca y lo atrajo hacia sí, tratando de acercar su boca a la de ella. Él se hizo de rogar, y besó la base del cuello con fruición para ir descendiendo lentamente hasta alcanzar sus pezones. El contacto de su lengua, cálida y húmeda, hizo que Ellie arqueara la espalda hasta separarla de la cama, tales eran las oleadas de placer que recorrían su cuerpo.

Al darse cuenta del placer que producía en ella, él se tomó su tiempo y continuó besándola y lamiéndola hasta que Ellie tembló de deseo.

Ella quería tocarlo, acariciar y explorar cada centímetro de su cuerpo. Se revolvió bajo él y fue besándolo en las costillas, ascendiendo hasta llegar a sus pezones, en su deseo de hacerle que él acababa de hacerle a ella. Mientras tanto, deslizó las manos hacia abajo y le agarró los glúteos por encima de los calzoncillos.

-¿Estás segura de que es esto lo que quieres?

Ben enterró la cabeza, en los cabellos de ella, y Ellie sintió cómo temblaba.

-Estoy segura de que tú eres lo quiero -susurró ella contra su pecho desnudo.

Después de eso, no hubo tiempo para más palabras. En rápida sucesión los dos se quitaron la ropa interior, Ben deslizó la mano por el muslo de Ellie hasta alcanzar el lugar que ambos deseaban alcanzar.

Él acarició la carne cálida y acogedora antes de separar los delicados pliegues y sentir lo preparado que estaba aquel cuerpo para recibir al suyo. Sus caricias se fueron haciendo más rítmicas y llevaron a Ellie a nuevas cotas de placer. Era como si los dedos de él transmitieran vibraciones que llegaban hasta lo más profundo de su útero.

-Ahora -jadeó ella agarrándole el trasero.

Él colocó su cuerpo en posición. Entró en ella suave y sensualmente. Una ráfaga de calor y sensualidad fue inundando su cuerpo mientras el suave miembro se fue deslizando en ella, llenándola. Con un grito de alegría lo rodeó con las piernas, haciendo que se hundiera aún más en su cuerpo.

Él gimió de placer y el corazón de Ellie tembló. Con un férreo autocontrol, Ben prolongó aquel delicioso momento. Sus suaves movimientos la iban enloqueciendo hasta que, como en una espiral ascendente se acercó a la cima de la pasión, a un éxtasis que iba más allá de las sensaciones físicas. Era como si ella lo absorbiera como parte de su ser mientras se consumía entre los temblores de su climax. Poco después él la siguió, echando la espalda para atrás y, con un gesto de satisfacción masculina en su rostro, gritó su nombre.

Más tarde, tumbada junto a él, escuchando los latidos de su corazón, Ellie reflexionaba sobre lo que Ben le había confesado.

No sabía por qué su hermano había hecho lo que había hecho aquella desafortunada noche, pero sabía que John amaba la vida y no la habría malogrado innecesariamente. Su instinto le decía que una fuerza superior había entrado en juego aquella noche.

Ese mismo instinto le decía que se había enamorado locamente de su marido.

Curiosamente, aquello ya no le parecía una idea tan descabellada, sino que la llenaba de alegría.

-¿Por qué sonríes? -murmuró él.

-Por ti. ¿Y tú?

-Por ti.

Los hoyuelos de Ben enmarcaban una sonrisa traviesa mientras, lentamente, se volvía a colocar encima de ella.

-¿Hasta qué hora puede quedarse Frenchie cuidando de Amy?

-Dijo que no tuviéramos prisa.

-Entonces, tomémonoslo con calma -dijo él antes de hacer el amor con ella otra vez.

-Me muero de hambre -dijo Ellie. Cuatro días más tarde, estaba con Latesha y Cyn en un restaurante italiano a medio camino entre Pine Hills y su nueva casa. Hacía calor para el mes de abril. O quizá fuera la presencia de Ben en su vida lo que mantenía para ella la

temperatura elevada.

Sonrió al evocar los recuerdos íntimos de los últimos días. En medio de la actividad frenética de la mudanza, se las habían arreglado para sacar algún tiempo para ellos y, desde luego, habían hecho gran uso de la cama de Ben. Y no porque se hubieran limitado a hacer el amor en la cama. Habían estado a punto de ahogarse en la ducha dos veces.

Ellie se ruborizó sólo de recordarlo.

-Me sorprende mucho que uno de tus primos no tenga un restaurante -bromeó Latesha, dirigiéndose a Cyn-. Parece que son los dueños de todo lo demás.

-Pues la verdad es que fue mi primo Vinnie el que me habló de este sitio. Quería que viniera a verlo, por si le daba por expandir su negocio. Mientras tanto, me ha nombrado gerente del videoclub.

-¡Toma ya! -exclamó Latesha, y levantó la mano para que chocaran los cinco.

-Enhorabuena -dijo Ellie abrazándola.

-Con el aumento de sueldo, ya no tengo que trabajar en La Taberna de Al.

-Y yo cuando me enteré de que Cyn se iba... ¿Para qué iba a seguir allí aguantando la estupidez de JayJay? Earl y yo nos fuimos también. Y cuando el dueño se enteró de que todos nos habíamos ido en masa, vino a hablar con nosotros. Le contamos lo mal que iba todo y cómo te despidió a ti después de insinuarse contigo.

-¿Y qué dijo el dueño?

-El señor Culligan se disculpó por el comportamiento de JayJay y lo despidió.

-¿De verdad?

-Sí, sí, pero espera, hay más. ¿Adivinas a quién ha nombrado el señor Culligan nuevo gerente?

-¿A ti?

-¿A mí? De ninguna manera -rió Latesha-. Yo no quiero tantos problemas. ¡A Earl!

-¡Eso es genial!

-Lo sé, pero la cosa es que ahora Earl es mi jefe, y bueno, hay algo entre nosotros...

-Son pareja -explicó Cyn burlona-. Estoy rodeada de parejas. Primero tú y ahora Latesha.

-No lo digas como si estuviera sola. Lo sé todo sobre el bailarín de striptease con el que te estás viendo.

Cyn sonrió, jugueteando con la pajita de su bebida. Sus uñas de color lila hacían juego con su vestido y con la amatista que llevaba de

colgante.

-Ya os he dicho que me gustan los hombres de uniforme. Hablando de eso, Ellie, no has parado de sonreír ni un momento. ¡Vamos! Cuéntanoslo todo.

Ellie se encogió de hombros.

-¿Qué puedo decir? Mi vida de casada es cada día mejor.

-¿De verdad? Vamos, cuéntanos más.

-Diré sólo que tenía razón: es «demasiado bueno para ser verdad».

-¡Menuda diablesa estás tú hecha!

-¿Por qué? ¿Qué he dicho?

-No es lo que has dicho, es cómo lo has dicho.

-¿Cómo?

-Como una mujer que sabe que su marido está bueno porque lo ha catado y lo sabe de primera mano. Por cierto, ¿te gustó el camisón rojo que te regalamos para la noche de bodas? O, mejor dicho, ¿le gustó a Ben?

-Para ser sinceros, no le quedaba muy bien -dijo ella con malicia.

Cyn le tiró la cajita de sacarina a la cara.

-¡Vaya! Te veo mucho mejor que la semana pasada, cuando estabas angustiada por la reputación de Ben.

-¿Qué reputación? -preguntó Latesha-. Earl habló de él con sus amigos marines y yo no sabía nada.

-Al parecer, tenía cierta afición a ayudar a damas en aprietos, lo que llevó a Ellie a creer que se había casado con ella por amabilidad.

-¿Estás de broma? -saltó Latesha-. El tipo estaba loco por ti desde el principio, cualquier persona con medio cerebro se habría dado cuenta.

-Excepto nuestra Ellie. ¿Qué es lo que ha cambiado? ¿Ha sido ese armatoste tan grande que tiene?

Ellie y Latesha se quedaron tan impresionadas que estuvieron a punto de echar por la nariz el refresco que estaban bebiendo.

-¿Qué pasa? -dijo Cyn con tono inocente-. Me refiero a la cama, ¿qué creíais vosotras, pervertidas?

Ellie le tiró de vuelta la cajita de la sacarina.

-Ya está bien, vosotras dos -dijo Latesha-. Vais a conseguir que nos echen de aquí. Será mejor que cambiemos de tema. ¿Qué tal está Amy? ¿Cómo lleva la mudanza?

-No está muy contenta de que Frenchie ya no viva al lado. Hoy está con ella.

-Tampoco os habéis mudado a otro estado. Sólo son veinte minutos, diez por la autopista.

Se quedaron un momento en silencio mientras el camarero les

servía la comida.

-Muy rico todo -dijo Cyn con los ojos cerrados-. Deberíamos venir más a menudo.

-Vamos a hacer un brindis -dijo Latesha levantando su refresco-. Por nosotras. Para que encontremos lo que buscamos.

-Y que cuando lo encontremos, no esté casado -añadió Cyn.

Ellie sonrió, regocijándose con la idea de que ya había encontrado lo que buscaba. Y se llamaba Ben.

-¿Qué rumor es ése de que ahora juegas con muñecas Barbie? -preguntó Rad burlón a su hermano en el bar de la base de los marines.

Ben se daba cuenta de que era su deber de hermano tomarle el pelo.

-¿De qué estás hablando? Si te refieres a la muñeca de Amy, no es para tanto.

-Te estás ablandando, hermanito.

-Todavía puedo ganarte a los dardos -dijo Ben.

-Sólo porque yo me dejo.

-Sí, ya.

-¿Te ayudo con la mudanza y es así como me lo agradeces? -preguntó Rad.

-Te pagué dos pizzas y un pack de seis cervezas. ¿Qué más quieres?

-Tu agradecimiento.

-Ten cuidado, empiezas a hablar como Striker. Por cierto, ya sabes que espera un hijo, ¿verdad?

-Sí, me llamó ayer para decírmelo. ¿Le has dado algún consejo? Al fin y al cabo, ahora eres el padre de Amy.

-Sí, y es una niña estupenda. Aunque es muy exigente.

Desde la noche en la que Ellie y él habían regresado de su luna de miel, Ben estaba intentando ponerle un final a su cuento de Rosalinda, el caballero Blanco y Fogatón, pero Amy había rechazado con firmeza todo lo que se le ocurría. Estaba empezando a sospechar que la niña quería que ese cuento continuara para siempre.

-¿Y cómo van los planes de adopción?

-Bien de momento. Hemos contratado un abogado que nos recomendó Kate y hemos empezado con los pasos preliminares.

-Eso está muy bien. Pero, ¿se puede saber qué hace un hombre felizmente casado aquí conmigo en vez de estar en su casa con su adorable esposa, su hija y sus barbies?

-¿Es que un hombre sólo puede tomarse una cerveza con su hermano si algo va mal?

-No lo sé. No estoy casado, dímelo tú.

-Las cosas van demasiado bien -dijo Ben.

Sabía que desde que había hecho el amor con Ellie por primera vez, las cosas habían ido excepcionalmente bien, excepto por una cosa. No estaba seguro de lo que ella sentía por él. Tenía esperanzas, creía... pero no lo sabía. Ella no le había dicho que lo quería.

-No sabía que eso era posible -replicó Rad.

-Es como cuando estás en una misión y todo va según lo previsto, pero tienes esa sensación en el estómago que te dice que algo va a pasar.

-¿No te sentirás culpable todavía por lo que le pasó a tu amigo?

-No, Ellie y yo lo hemos hablado. Estoy bien.

-Me alegro mucho.

Ben era un marine, así que no estaba acostumbrado a hablar de sus sentimientos, ni siquiera a mostrarlos. Por eso le resultaba tan difícil sincerarse con Ellie.

Rad lo entendía. Expresar sentimientos tampoco se le daba bien, así que le dio una palmadita en el hombro para transmitirle su comprensión.

-Si necesitas hablar...

-Sí, gracias -contestó Ben.

-Lo digo en serio, si necesitas hablar con alguien...

-Llama a Striker -dijeron los dos al unísono, riendo para disimular que se sentían incómodos por haber revelado demasiadas intimidades-. A cobro revertido.

-¿Qué te parece tu habitación nueva? ¿Te gusta?

Amy asintió.

-Es muy grande. Me gusta el castillo de las cortinas. ¿Puedo ir a jugar con Mandy?

Mandy era la niña de tres años de la casa de al lado. Amy, al sentirse mayor que ella, la había tomado ajo su protección. Eso le había dado mucha confianza en sí misma.

-Sí, cielo. Mandy y su madre te esperan.

Ellie se sentía tan feliz aquellos días que tenía tentaciones de pellizcarse. Parecía que por fin había dejado atrás los malos tiempos. Todavía tenía que solucionar algunas cosas, pero por primera vez en mucho tiempo era optimista sobre su futuro y sobre sus sueños de tener una familia.

En ese momento llamaron a la puerta.

-¿Te has olvidado de algo...? -dijo, pensando que sería Amy.

Las palabras se le helaron en los labios al reconocer a la persona que estaba en el umbral de la puerta.

-Hola, cariño -dijo Perry, su ex marido-. ¿Me has echado de menos?

Capítulo 11

ELLIE se agarró al marco de la puerta. No tenía miedo de Perry, sólo estaba sorprendida de verlo después de tanto tiempo.

-¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo me has encontrado?

-Tranquila, cielo -dijo con su encantadora sonrisa habitual.

Su rostro estaba bronceado y parecía estar en buena forma física. Llevaba puesto un polo de marca del mismo azul que sus ojos.

-¿Te parece bonito saludar así a tu marido después de tanto tiempo.

-Ex marido. ¿Cómo me has encontrado?

-¿No me vas a invitar a entrar?

Ella titubeó. No quería verlo invadiendo su espacio.

-A no ser que quieras airear nuestros trapos sucios aquí en la puerta, donde todo el mundo puede oírnos -añadió él.

Perry se dio la vuelta y saludó a una mujer que había salido a recoger el correo de su buzón. Ellie lo dejó pasar.

-¿Qué es lo que quieres?

-¿Qué te hace pensar que quiero algo? -replicó él mientras se colaba en el interior de la casa, examinándolo todo.

-Te conozco.

-A lo mejor sólo quiero ver a mi hija. Hace mucho que no la veo.

A Ellie le hirvió la sangre de rabia.

-¿Dónde has estado? ¿Por qué no has mantenido el contacto con ella? Como dejar de pagar la pensión de la niña no era bastante, tenías que olvidarte también de sus cumpleaños.

Perry se encogió de hombros y sonrió.

-Sabes que no soy bueno con las fechas.

-No eres bueno para nada -dijo ella.

-¿Y dónde está Amy?

-En casa de una amiga.

-Estupendo. Así podemos hablar a solas.

Ellie se cruzó de brazos intentando contener su ira.

-Aún no me has dicho cómo me has encontrado.

-Le diste tu nueva dirección a mi madre -dijo él.

-¡Entonces ella sí sabía dónde estabas todo este tiempo!

-No todo el tiempo, pero la llamaba de vez en cuando para ver cómo iban las cosas.

-Para pedir dinero, querrás decir.

-Me parece percibir cierta hostilidad de tu parte. Es una pena. Con lo bien que parece que te van las cosas, deberías estar más contenta. Tienes una casa muy bonita.

-¿Qué quieres?

-Es evidente que la vida te sonríe últimamente -dijo mientras agarraba una manzana de un frutero-, y me alegro mucho. De verdad. Mi madre me dijo que te habías casado.

-Así es. Y él estará de vuelta enseguida, así que será mejor que vayas al grano.

-También me dijo mi madre que él tiene dinero.

-Es sólo un marine.

-Un marine con dinero, no te molestes en mentir, Ellie. Me he enterado de que ha heredado varios millones de dólares. Dadas las circunstancias, me parece justo que compartas un poco de tu buena fortuna conmigo.

-¿Por qué?

-Porque si no lo haces, puedo hacerte la vida muy difícil de diversas maneras. Empezando por la adopción de Amy. Puedo conseguir que el proceso se alargue durante años.

-¿Por qué ibas a hacerlo? ¿Ahora quieres hacerte pasar por un buen padre?

-No tiene nada que ver con ser un buen padre.

-Tienes razón -replicó Ellie, conmocionada por lo evidente de esas palabras-. Lo único que te interesa es lo que tú quieres. Siempre ha sido así.

-Si no me das lo que quiero, puedo causarte muchos problemas. Y no sólo con Amy. Ese nuevo marido tuyo, ¿te ha dicho alguna vez que te quiere? La cara de Ellie lo decía todo.

-Me lo imaginaba. He oído que es el típico buenazo que siempre dice la verdad. No puede mentir, así que no te puede decir que te quiere si no es verdad.

Ellie empezó a sentir pánico y a creer que Perry era capaz de cumplir sus amenazas de hacerle la ida imposible.

-¿Qué quieres? -repitió ella.

-Ya te lo he dicho. Quiero compartir contigo tu buena fortuna. Dame el dinero que necesito y así todo el mundo estará contento.

Ellie sospechaba que Perry iba a disfrutar intentando arruinar la felicidad que ella había conocido junto a Ben. Sabía que cumplía sus amenazas. Y sabía lo convincente que su ex podía ser diciendo mentiras. Era muy capaz de complicar la adopción de Amy al máximo, y eso no era bueno para la pobre niña, que necesitaba estabilidad y un padre de verdad.

Ellie se sintió tentada de ceder a sus exigencias.

-¿Cuánto necesitas?

-Unos cien mil dólares sería suficiente.

Ellie enmudeció unos instantes. ¿Había sido ese hombre siempre

tan malvado? Había habido un tiempo en el que había sido mejor de lo que era entonces, pero los muchos años de pensar sólo en sí mismo habían terminado por ahogar cualquier rastro de generosidad en él, si era capaz de vender a su hija por unos miles de dólares.

La entristeció pensar que el hombre del que se había enamorado, con el que había tenido una hija, ya no existía.

Si cedía ante él, terminaría volviendo por más.

-¿Qué pasa? ¿Crees que tu felicidad no vale ese dinero? -insistió Perry.

-Olvídate.

-Estás cometiendo un grave error.

Su dulce sonrisa adoptó un gesto amenazador.

-Pienso convertir esa adopción en una pesadilla.

-Inténtalo -dijo Ellie-. Yo tengo plena confianza en nuestra abogada. Con tus antecedentes, no tienes nada que hacer.

-Puedo decirle al tribunal que he cambiado, que me arrepiento de mis errores y que quiero convertirme en un buen padre para Amy. Te lo advierto, Ellie, lo más inteligente es que escuches mi oferta. No sólo con la adopción, también puedo contarles cómo me...

-Puedes contarle todas las mentiras que quieras. Ben no te creerá.

-Tienes toda la razón. No voy a creer a un embaucador antes que a la mujer a la que amo.

Era Ben, que había aparecido por la puerta en ese momento.

Ellie apenas tuvo tiempo de digerir que le había declarado su amor por primera vez. Ben se acercó a Perry a grandes pasos y éste retrocedió rápidamente.

-Creo que ya es hora de que te vayas -dijo Ben con su voz de marine, acostumbrada a exigir obediencia-. Permíteme que te muestre la salida...

-Ben...

Ellie quería evitar a toda costa que Ben se metiera en una pelea con Perry. Sólo complicaría las cosas para el proceso de adopción. Se desplomó en el sofá. Le temblaban las rodillas. No podía creer que Perry hubiera tenido el valor de aparecer por allí pidiendo dinero. ¿Por qué no volvía Ben? ¿Por qué tardaba tanto? Como si la hubiera oído, Ben reapareció en aquel instante.

-¿Qué ha pasado? -preguntó, preocupada.

-Perry me ha hecho su oferta. Esta vez ha bajado el precio.

-¿Y qué le has dicho?

-Que le pidiera a su abogado que se lo pusiera por escrito y se lo enviara a nuestra abogada.

-¿Vas a pagarle?

-Voy a asegurarme que no vuelva a tener ocasión de aprovecharse de vosotras nunca más.

-¿Cómo supiste que era él?

-Me lo dijo Amy.

-¿Amy sabía que estaba aquí?

-Lo vio en el coche por la ventana cuando llegó. Salió corriendo a recibirlo y vio que estaba hablando contigo. No le gustó lo que oyó, así que le pidió a la madre de Mandy que me llamara.

-¿Dónde está ahora?

Ellie se puso casi histérica sólo de pensar que la niña hubiera descubierto algo de la cruda realidad sobre su padre.

Ben le puso una mano sobre el hombro y se sentó junto a ella en el sofá.

-Tranquilízate. Sigue en casa de Mandy y está bien. No se ha enterado de nada. Así que vengo aquí a toda prisa y me encuentro con que te has ocupado de todo sola y no me necesitas para que te salve.

-No necesito que me salves, sólo necesito que me quieras.

-Y te quiero -dijo Ben dándole un beso en los labios-. ¿No te he dicho cuánto todavía?

-No -contestó ella con voz temblorosa, pero con una sonrisa en los labios-. Pero adelante, dímelo.

-No hasta que me digas lo que tú sientes por mí -dijo él acariciándole la mejilla.

-Creo que empecé a enamorarme de ti cuando apareciste en La Taberna de Al y le dijiste a aquel tipo que me quitara las manos de encima. Y luego fuiste robándome el corazón poco a poco con los cuentos que inventabas para Amy. Pero, ¿sabes qué fue lo definitivo?

-No. ¿Qué?

-Que me regalaras la cafetera y la programaras para que me despertara con café reciente el día de mi boda.

Él sonrió abiertamente y sus sexys hoyuelos iluminaron su rostro.

-Así que ésa es tu debilidad, ¿eh? Tendré que recordarlo. Te quiero, Ellie, y te querré siempre. Nunca lo olvides.

Ben acercó sus labios a los de ella y la besó.

-Me rindo -dijo Ben horas más tardes sentado en la cama de Amy.

-Los marines no se rinden -le recordó Amy.

-Cuando la historia terminaba con Rosalinda y el caballero Blanco huyendo a lomos de Fogatón, no te gustó. Cuando terminó con el conde Peorquemalo en una mazmorra tampoco te gustó.

-Por no hablar de aquel final en el que una unidad entera de marines tomaba el castillo Todofoso -intervino Ellie desde el otro lado de la cama.

-Es verdad -asintió Ben-. La he terminado de mil maneras y nunca estás contenta con el final. A lo mejor deberías inventarte tú el final.

-Está bien -dijo Amy-. Yo creo que se dicen que se quieren, adoptan a Fogatón y luego comen pastel y viven felices para siempre.

-¿Eso es todo? ¿Sin que haya algún rescate espectacular?

-Ya se han salvado el uno al otro, Ben -dijo Amy con gran madurez.

Ben le lanzó una sonrisa a Ellie.

-De tal palo, tal astilla.

Amy se incorporó en la cama.

-Porque tú nos quieres, ¿verdad, Ben? -preguntó con impaciencia.

-Verdad.

-Genial. Entonces ahora somos una familia.

-Sí -afirmó Ben con los ojos llenos de amor-. Somos una familia.

-Entonces, ¿cuándo vamos a tener un dragón? -preguntó Amy.

Un año después...

-¿Estás lista para tu boda de cuento? -le preguntó Latesha a Ellie en la sacristía de la iglesia.

-Sólo vamos a renovar nuestros votos en nuestro primer aniversario.

-Es una gran idea -dijo su cuñada Kate-. Estás guapísima, por cierto, como Cenicienta.

-¿Sabes quién está guapísimo? Tu bebé.

Kate había tenido un bebé, Sean, hacía cinco meses.

-Y Amy opina lo mismo -continuó Ellie-. No le quita el ojo de encima. Le ha dicho a Ben que quiere que nosotros tengamos un bebé.

-¿Y qué ha dicho Ben?

-Que estamos trabajando en ello -dijo Ellie con una sonrisa radiante.

-Chicas, ¿estáis listas? -preguntó el padre de Ben a través de la puerta cerrada-. Ya es la hora.

Los padres de Ben se habían convertido en una verdadera familia para ella. Aquel día, Stan iba a acompañarla al altar. Iba contra la tradición, pero no le importaba. Lo importante aquel día era celebrar su amor.

Ellie se miró por última vez en el espejo. El vestido, con un corpiño de escote palabra de honor sobre faldas de tul francés, habría sido la envidia de cualquier princesa. Ellie se tocó el rostro, como si no pudiera creer que aquella imagen del espejo era ella. Después se dio la vuelta para mirar a sus damas de honor: Frenchie, Cyn, Latesha y Kate.

-Muy bien, chicas. Ha llegado la hora de nuestra gran entrada.

A diferencia de la última vez, cuando Ellie estuvo a punto de salir

huyendo de aquella capilla, aquella vez estaba segura de su amor por Ben y de que era correspondida. Ben había adoptado a Amy definitivamente hacía poco más de una semana, así que aquel día la celebración era doble. Amy, que ya tenía seis años, llevaba un bonito vestido de princesa y un dragón de peluche junto con su cesto de flores. Le seguían gustando mucho las aventuras de Rosalinda y el caballero Blanco.

Ellie sonrió a Stan y le dio el brazo. Luego miró a Ben, que la esperaba al final del pasillo junto al altar con sus hermanos, Rad y Striker, y los mellizos, Steve y Tom. Al igual que Steve, todos vestían el uniforme azul de los marines.

La iglesia estaba llena de familiares y amigos. Ellie sólo pudo contener las lágrimas hasta que vio a Amy, que se acercó a ellos en el último momento.

-Se salvan el uno al otro. Y me salvan a mí -le explicó Amy al pastor.

En ese momento, Ben se agachó, la tomó en brazos y la abrazó.

Al renovar sus votos, Ellie se maravilló de cómo su amor por Ben no había hecho más que crecer en el último año.

-Puedes besar a tu esposa -dijo el pastor.

Ben le sonrió antes de besarla. Aquella sonrisa seguía teniendo la capacidad de detenerle el corazón.

La multitud les aplaudió y los numerosos marines que había entre los invitados gritaron hurras en su recorrido de salida de la iglesia.

A la salida los esperaba un grupo de seis oficiales. A las órdenes de Rad, se colocaron en dos filas de tres, frente a frente con las espadas en alto formando un arco.

Mientras atravesaba el arco junto a su marido, Ellie susurró una oración por su hermano, que había estado con ella en espíritu.

La cena fue en un club de campo cercano. Los magnolios florecían al otro lado de las enormes cristaleras. A la llegada de Ben y de Ellie, la orquesta tocó el himno de los marines. Los blancos manteles de las mesas habían sido decorados con banderas de Estados Unidos, escudos de los marines y rosas rojas.

Amy afirmó después que lo que más le había gustado fue cuando Ben y Ellie cortaron la tarta nupcial con la espada de Ben.

Latesha, a su vez, dijo que lo mejor para ella fue cuando consiguió hacerse con el ramo, porque Earl le pidió matrimonio a los pocos minutos.

De lo que Rad estaba seguro era de lo que había sido el peor momento. Lo tenía que haber visto venir, pero no fue así. Todos los hermanos Kozlowski solteros estaban presentes cuando Ben tiró la liga

de Ellie como si de un tirachinas se tratara. Apuntaba a los mellizos, pero éstos se agacharon a la vez, y Rad, que se creía seguro detrás de ellos, se había encontrado con la liga en los ojos.

-Parece que ya sabemos quién va a ser el próximo -dijo uno de los mellizos con una sonrisa.

Cathie Linz - Serie Hombres de honor 2 - Amor y honor (Harlequín by Mariquiña)